



**TRABAJO DEL HOGAR, MOVILIDAD SOCIAL Y ESTIGMA: UNA MIRADA
AUTO-ETNOGRÁFICA**

Tesis presentada al
Departamento de Antropología de la Universidad de las Américas Puebla
en cumplimiento de los requisitos del Programa de Honores
y obtener el grado de Licenciatura en Antropología Cultural

Por

Mayte Berenice Vázquez Moreno

Departamento de Antropología,
Universidad de las Américas Puebla
Junio 2021

Dra. Alison Elizabeth Lee
Presidente

Dra. Séverine Durin
Secretaria

Dra. Laura Elena Romero López
1er vocal

Sta. Catarina Mártir a 22 de junio de 2021

AGRADECIMIENTOS

Me siento profundamente feliz al momento de escribir estas palabras y no encuentro otra manera para empezar que no sea agradeciendo a mi familia. Agradezco a mi padre y madre por la infinita paciencia que me han demostrado y por apoyarme en todas las decisiones que he tomado a lo largo de estos cinco años. Mamá, gracias por acompañarme en mi camino, por intentar comprenderme y crecer a mi lado. Agradezco a mi hermana, hermano, sobrina y sobrino por llenar mi vida de felicidad. Del mismo modo, agradezco inmensamente a mis tías y tío, gracias por dejarme entrar a sus vidas y escribir sobre éstas, cada una y uno de ustedes ha impactado mi vida de maneras muy bellas. Este trabajo se los debo a ustedes. Les amo, y el amor que sentí por parte de ustedes en este proceso fue precioso. Y aunque ya no me acompaña en el plano físico, me gustaría agradecer a mi abuela, ¡no te imaginas cuanto te extrañé escribiendo esto, espero que te guste saber que ando escribiendo sobre ti!

Igual de importante fue el apoyo del Departamento de Antropología de la UDLAP. Agradezco a la Dra. Alison Lee por ser una guía empática, gracias por tratar a tus alumnas con ese cariño y respeto que tanto hace falta. Agradezco enormemente a la Dra. Laura Romero por todo el apoyo personal y académico, por saber orientarme cuando me sentía muy confundida. A los Doctores Martin Larsson y Guillermo Paleta, gracias por el interés que mostraron por mi formación académica y por impulsarme a explorar lo desconocido. Por supuesto, las palabras se quedan cortas para agradecer la compañía de la Dra. Séverine Durin. Gracias por recibirme, escucharme, guiarme, y, sobre todo, por compartir tu lado humano conmigo.

A otra persona sumamente importante de agradecer es a “Laura”, gracias por todos los años que hemos compartido. Gracias por mostrar interés en mi tesis, gracias por todas las tardes que pasamos conversando sobre ésta y todas las opiniones que compartiste conmigo. Del mismo modo, el acompañamiento de mis amigas a lo largo de mi carrera me hace sentir dichosa, agradezco a Emilia,

Julie, Mariana, Isa, Valeria, Elena, Alinna, Milena y a Violeta por todas las risas, discusiones y abrazos compartidos, que hermoso contar con su apoyo. Asimismo, agradezco a todas y todos mis compañeros de carrera que mostraron interés en mi investigación, sus preguntas y palabras siempre me hicieron sentir que el esfuerzo valía la pena. Por último, agradezco a todas las personas, algunas incluso desconocidas para mí, que mostraron curiosidad y emoción por leer este trabajo.

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	4
LISTA DE ILUSTRACIONES	10
INTRODUCCIÓN	11
Antecedentes e interés en el tema	11
Objetivo general y secundarios	13
Marco teórico	14
Trabajo del hogar y trabajo doméstico	14
Giro afectivo	16
Movilidad social	17
Estigma	19
Metodología	20
¿Por qué auto-etnografía?	22
¿Desde dónde escribo?	22
Estructura de la tesis	24
CAPITULO I. LA RELACIÓN ENTRE LAS PRÁCTICAS DE OCULTAMIENTO Y LAS EMOCIONES NEGATIVAS QUE EXPERIMENTAN LAS TRABAJADORAS DEL HOGAR	26
1.1 Las trabajadoras como lo despreciable: imaginarios sociales sobre las trabajadoras del hogar	28
Homogenización de las trabajadoras: indígenas y <i>pobres</i>	28

La clase trabajadora como insignificante	29
Los malos modales y la falta de educación	30
La sexualización	32
Trabajadoras explotables	33
1.2 Sentimientos que afirman jerarquías	34
Vergüenza	34
Deferencia y maternalismo	36
Inferioridad	38
Asco y desprecio	38
Soledad y aislamiento	39
1.3 Desentramando las prácticas de ocultamiento	40
1.4 Trabajadoras devenidas empleadoras: la continuidad de la cultura de la servidumbre	42
La cultura de la servidumbre	43
CAPÍTULO II. SER CLASE TRABAJADORA Y LA NATURALIZACIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO	46
2.1 Mi familia y yo: filiación en vía materna	49
2.2 La vecindad de Santiago y la casa propia: recuerdos de una movilidad social ascendente en la ciudad de Puebla	50
2.3 Liliana: las responsabilidades de ser la hija mayor	56
2.4 Jazmín: trabajo del hogar y escolarización	60
2.5 Magnolia: un primer acercamiento al estigma	63
2.6 Margarita: cambios en los valores en torno a la educación de las mujeres	67

2.7 Una nota sobre Geranio	71
2.8 Mayte: el entrenamiento para contratar	72
2.9 ¿Por qué es importante saber la historia de mi familia?	75
CAPÍTULO III. ¿QUIÉNES SON LAS MUJERES ADECUADAS PARA EL EMPLEO DOMÉSTICO?	78
3.1 Alteridades.....	79
3.2 Liliana: “No me gustaba, pero, no había de otra”	81
3.3 Jazmín: La educación como el único motor para la movilidad social	88
3.4 Magnolia: entre familia no es trabajo, es ayuda	95
3.5 Margarita: Tratos discriminatorios durante el ejercicio laboral.....	102
3.6 Mayte: La división internacional del trabajo reproductivo	112
3.7 Dime con quien trabajas y te diré quién eres	118
3.8 Ni gatas ni sirvientas, mujeres con sueños y metas.....	120
CAPÍTULO IV. MATRIMONIO Y CUIDADOS ENTRE FAMILIARES	123
4.1 ¿Casarnos nos hace mujeres?	124
4.2 ¿Cómo cambió tu vida después de casarte?	126
4.3 El cuidado como deber familiar	131
4.4 Cuidado entre familiares remunerado.....	133
4.5 La relación antagónica entre el matrimonio y el trabajo del hogar.....	136
4.6 El valor de la labor reproductiva	139

CAPÍTULO V. SER EMPLEADORA Y LAS PRÁCTICAS DE OCULTAMIENTO	141
5.1 Ser trabajadora del hogar como indicador de tu posición social	143
5.2 ¿Orgullosa de ser trabajadora?	154
5.3 “Trátame como quieres que te traten” de trabajadoras a empleadoras	158
5.4 Reproducción de estereotipos	163
5.5 Reflexiones finales: las trabajadoras no son parte de la familia	165
CONCLUSIONES	168
BIBLIOGRAFÍA	176

LISTA DE ILUSTRACIONES

Figura	Página
1. Árbol genealógico en vía materna.....	44
2. Mapa de la ciudad de Puebla en 1975.....	50
3. Mapa de la ciudad de Puebla en 1975.....	79
4. Mapa de la ciudad de Puebla en 1975.....	86
5. Mapa de la ciudad de Puebla en 1975.....	88

INTRODUCCIÓN

Antecedentes e interés en el tema

Me gusta bailar. En especial, disfruto mucho bailar cumbia. Desearía bailar tan bonito como mi tía Liliana o primo Carlos, pero sólo sé dos o tres pasos, lo suficiente para seguir a alguien. Mirando atrás, me arrepiento de todas las veces que mis tías y tíos insistían en sacarme a bailar y yo me rehusé, si hubiera aceptado probablemente bailarían tan bien como ellos.

La cumbia es la música con la que crecí, es la que mi mamá ponía para hacer ejercicio, para limpiar la casa, y era la estrella en las fiestas familiares. A pesar de tenerle tanto cariño, fingía que no me gustaba. Y yo sé que sueno bastante dramática, como si admitir mi gusto fuera algo valiente o digno de reconocimiento, pero, creciendo, entre mis amistades y conocidos no era un género disfrutable, era algo para burlarse, era la música “de los nacos”, entonces prefería esconder mi gusto.

Al escribir esto, doy cuenta de diferentes aspectos de mi vida y familia, que, aunque nadie me haya dicho explícitamente que los debía ocultar, lo hago. Como mi íntima relación con el trabajo del hogar. A pesar de ser algo tan cercano y tangible en mi familia, rara vez me encontraba reflexionando sobre éste. Y fue así hasta que, de pronto, en el invierno del 2019 me encontré limpiando casas a cambio de una remuneración económica en Copenhague, Dinamarca.

Le empecé a prestar atención y caí en cuenta de mi efímera identidad como trabajadora del hogar. Luego, recordé una historia que mi mamá contaba de vez en cuando. Era sobre “una señora con quien trabajaba”, Andrea, quien, sin importar cuantas veces su

hijo escupiera la papilla, se la regresaba a la boca. Siempre que describe esa historia lo hace con un gesto de desagrado porque le incomodaba presenciar eso. A través de esa historia, sin nombrarse como tal, mi mamá hablaba sobre su experiencia como trabajadora del hogar. Posteriormente, recordé más cosas, no sólo de mi madre, también de mis tías y abuela.

Noté que todas ellas habían sido trabajadoras del hogar en algún punto de su vida. Que de repente lo mencionaban, pero, como si fuera algo que estaba prohibido hablar. Aquí cabe señalar que mis familiares no son las únicas que callan esta experiencia, yo también lo hago. El silencio que rodea nuestras experiencias es lo que encaminó esta investigación.

Antes de decidirme por escribir sobre mi familia pensé en cambiar el tema de investigación más que un par de veces. Sentía que no aportaría algo relevante a la discusión en torno al trabajo del hogar, o que no era un tema lo suficientemente ambicioso para mí. Era un tema que me interesaba ciertos días, otros, lo olvidaba. No obstante, después de realizar una estancia de investigación en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, unidad Noreste, durante el verano del 2020, entendí que ese desinterés que me atacaba ciertos días en realidad era fingido. Quería distanciarme lo más posible del tema para no encarnarme en él. Sin embargo, bajo la dirección de Séverine Durin escribí una serie de textos auto-etnográficos sobre mi experiencia como trabajadora del hogar en Copenhague.

Ahí, admití lo que tanto me aterraba articular: “quiero escribir una tesis sobre trabajo del hogar porque fui trabajadora del hogar por 5 meses en Copenhague, y me da una vergüenza inmensa admitirlo”. Aceptar que mi experiencia me causaba vergüenza me provocaba aún más pena. Pensaba que, como estudiante de antropología, no debería sentirme así, porque esa vergüenza revelaba que en realidad despreciaba el trabajo, entonces todo lo que decía sobre valorizarlo y visibilizarlo eran puras mentiras.

Decidí indagar más en mi vergüenza, y me percaté de la compleja relación que une al trabajo del hogar con mi historia personal y familiar. Creciendo, sólo conocí a mis familiares como empleadoras, pero también escuchaba breves menciones sobre sus experiencias “trabajando en casas”. Las experiencias de mis familiares son completamente diferentes a la mía, pero, coinciden en algo: no las hablamos abiertamente.

En el caso de mi mamá y dos de sus hermanas, el trabajo del hogar fue un medio para continuar sus estudios, lo cual, a largo plazo, influyó en su movilidad social. Debido a esto, me interesa indagar en los motivos del ocultamiento de esa experiencia. Así que la pregunta que me propongo responder es: ¿por qué mis familiares no hablan sobre sus experiencias como trabajadoras del hogar? La explicación que yo propongo es que, el ocultamiento es un mecanismo de reafirmación de su posición social como empleadoras y no trabajadoras.

Objetivo general y secundarios

Así pues, con un tema de investigación identificado, me surgieron diferentes preguntas, ¿por qué es algo que sólo compartimos con gente de confianza? ¿Por qué yo solo lo puedo hablar con trabajadoras del hogar y no con mis amistades y conocidos? ¿Por qué mis tías no lo comparten con trabajadoras del hogar que han empleado? ¿Por qué dejaron el empleo al momento de casarse? A partir de estas preguntas decidí que el objetivo general de mi investigación es analizar las prácticas de ocultamiento de empleadoras de trabajadoras del hogar que lo fueron antes de casarse.

Para lograr lo anterior, me propuse describir en qué circunstancias se desempeñaron como trabajadoras del hogar. Asimismo, analizar sus experiencias como trabajadoras del

hogar para mostrar el imaginario social a su respecto. Por último, identificar las emociones que mis familiares que emplean trabajadoras del hogar asocian con su pasado como trabajadoras del hogar.

Marco teórico

Trabajo del hogar y trabajo doméstico

Cuando uso el término trabajo doméstico, me refiero a las tareas de cuidado necesarias para la reproducción, como lo son la limpieza, atención y cariño (Durin, De la O, y Bastos 2014, 27). Así pues, la mercantilización de este ha sido denominado empleo doméstico, no obstante, este término conlleva una carga discriminatoria y reafirma las jerarquías entre trabajadora y empleadores. Para cuestionar y salir de esa dinámica, opto por llamarle trabajo del hogar (Durin 2017, 26). Prosiguiendo, el trabajo del hogar ha sido una de las principales fuentes de empleo para las mujeres, especialmente para aquellas que pertenecen a la clase obrera (Durin 2017, 51). De acuerdo con diferentes autoras (De la Hidalga Rios 2017; Camus and De la O 2014; Cuéllar-Gutiérrez 2020), esto se debe a la división de la labor reproductiva. Federici explica la labor reproductiva como:

Servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día. Es la crianza y cuidado de nuestros hijos- los futuros trabajadores- cuidándoles desde el día de su nacimiento y durante sus años escolares, asegurándonos de que ellos también actúen de la manera que se espera bajo el capitalismo (2013, 55).

Es decir, es el trabajo que hace a la fuerza de trabajo. Del mismo modo, Federici explica que la labor reproductiva es asignado y naturalizado en las mujeres. Similar a esto,

Hochschild presenta el concepto de trabajo emocional, definido como el “inducir o reprimir algún sentimiento para generar un estado mental placentero en los demás, como el sentirse cuidado en un lugar agradable y seguro” (2012, 7). Al igual que la labor reproductiva, las mujeres son consideradas como las responsables del trabajo emocional.

Hochschild argumenta que el entrenamiento para realizar las tareas de cuidado y del hogar no es reconocido socialmente, y parte de su construcción es hacerlo parecer sencillo (2012). Agregado a esto, Gutiérrez-Rodríguez argumenta que el trabajo doméstico conlleva una carga negativa, pues es visto como un trabajo no especializado y natural, así que cuando una mujer emplea a otra para que realice este trabajo, se libera de la carga negativa, pero sigue reforzando la heteronormatividad, donde la mujer es la única responsable de los deberes domésticos y el hombre rara vez se involucra en estos (2013, 125). Salazar-Parreñas contribuye a estas discusiones con la idea de la división internacional de la labor reproductiva. Este fenómeno ocurre cuando mujeres del Norte Global se insertan al mercado laboral formal y deciden emplear a otra mujer para que realice su labor reproductiva por ellas. Las mujeres empleadas usualmente provienen del Sur Global, quienes, en ocasiones, migran sin sus familiares, responsabilizando a otra mujer de sus tareas de cuidado. Esta división precariza aún más el empleo doméstico, pues las mujeres con menos ingresos son las que se quedan en el Sur, realizando la labor reproductiva de las mujeres que migraron al Norte (2015). Así es como se van conformando cadenas globales de cuidados, donde mujeres del Sur Global cuidan de los hijos y hogares en el Norte Global, mientras otras mujeres del Sur –muchas veces mujeres mayores como lo son sus madres- cuidan de sus hijos en ausencia de su madre (Hochschild 2016)

Giro afectivo

Ahora bien, cuando recién había decidido que el trabajo del hogar sería el tema de mi tesis, lo que me interesaba era explorar la complejidad y ambigüedad de las relaciones entre empleadoras y trabajadoras, inspirada en la relación que mi familia había mantenido con Laura, quien ha laborado en casa de mis padres alrededor de ocho años. A partir de ahí, consideraba que las emociones eran un aspecto crucial por investigar y analizar, sin embargo, el tema fue cambiando hasta convertirse en lo que es hoy. Por un momento, pensé que las emociones ya no eran de relevancia para mi investigación, no obstante, después de nombrar la vergüenza que yo siento, decidí mantener a las emociones como un eje central de la investigación.

Abordo a las emociones desde el giro afectivo, corriente teórica que reconoce que las emociones no son individuales ni meramente cognitivas; tienen configuraciones históricas y geográficas particulares, y que la forma de sentir y expresarlas dependen de un saber socialmente condicionado (Sabido Ramos 2011, 37), es decir las emociones son social, cultural e históricamente condicionadas (Abramowski y Canevaro 2017, 15). Siguiendo esta línea de pensamiento, Mora argumenta que las emociones que sentimos y expresamos están condicionadas para adecuarse a diferentes escenarios sociales y nos ayudan a interpretar nuestra realidad (Mora 2005, 13). En la misma línea que Mora, Cuéllar-Gutiérrez argumenta que las experiencias afectivas varían según la estratificación social (2020, 263)

Del mismo modo, es valioso investigar al trabajo del hogar desde esta corriente teórica porque, cuando se contrata a la persona, no sólo se compra su fuerza de trabajo, también se compra su personalidad para moldearla de acuerdo a las expectativas y necesidades de la familia empleadora (Ayse 2007, 22). Asimismo, un elemento importante

de mi hipótesis, es la vergüenza asociada al ocultamiento de la experiencia. Sabido Ramos argumenta que la vergüenza impulsa la continuidad de asimetrías sociales, considerando que es un sentimiento que se detona cuando alguien incumple una norma social. Agregando a esto, la autora recalca que los motivos que la detonan son variados y “dependerán tanto de nuestros códigos culturales y nuestra posición social como de la evaluación que hagamos de nosotros mismos frente a la mirada de los demás (2020, 300).

Movilidad social

La movilidad social, según Patricio Solís, se refiere “en qué medida una sociedad permite que las personas cambien de posición social, sin privilegios, ataduras o lastres derivados de sus orígenes sociales” (2018, 13). Dentro de su estudio, él hace una diferenciación entre movilidad ocupacional y movilidad económica. Solís usa diferentes formas de categorizar el desplazamiento dentro de la movilidad ocupacional, para los propósitos de mi estudio, yo usaré las denominadas “manuales” y “no-manuales” (Rodríguez-Rocha 2018). Así pues, una persona puede experimentar movilidad ocupacional pasando de una ocupación manual -como el ser obrero, chofer, mesero- a una no manual -oficinista, profesor, gerente-.

El estudio de Solís hace hincapié que experimentar movilidad ocupacional no siempre implica movilidad económica. La segunda la define basándose en los ingresos económicos de una persona. A pesar de que una persona dejó una profesión manual, puede seguir obteniendo el mismo ingreso económico, o incluso menos. Entonces, se puede experimentar una movilidad social ascendente obteniendo un empleo con prestigio social, a pesar de que los ingresos económicos sean denominados como bajos (Rodríguez- Rocha 2018).

Solis menciona que para estudiar la movilidad social intergeneracional es preciso ubicar las décadas en las que las personas estudiaron y comenzaron a laborar. A pesar de que su estudio se concentra únicamente en la Ciudad de México, en la década de los sesentas se experimentó en todo el país un crecimiento económico abundante: “La ampliación de la estructura productiva, particularmente en el sector industrial, ofrecía oportunidades de inserción laboral en el empleo manufacturero a una amplia gama de trabajadores, tanto nativos como migrantes rurales” (Solis 2018, 30). Esto implica que en ese entonces experimentar ambas movilidades de manera ascendente era común. Sin embargo, después de la década de los ochenta con las crisis económicas y la liberalización del mercado, el escenario cambió, los salarios decayeron, reduciendo el ingreso de los hogares (*Ibid*, 31).

A pesar de lo anterior, en la actualidad siguen existiendo casos de movilidad social intergeneracional. Si bien, el estudio de Solis es mayormente cuantitativo, dedica un capítulo a un análisis cualitativo de la percepción que ciertos sujetos de estudio tienen sobre la relación entre escolarización y movilidad social. En síntesis, la mayoría de los sujetos percibe a la educación formal como el principal motor para la movilidad social, específicamente, la educación formal privada, pues ahí se pueden encontrar importantes redes de personas que facilitan encontrar un empleo prestigioso y bien remunerado.

Para analizar cómo cambian las percepciones, dividió a los sujetos de estudio en cuatro grupos:

El tipo 1 corresponde a aquellos que no experimentaron movilidad social ascendente. Los tipos 2 y 3, por su parte, representan a aquellos entrevistados que experimentaron movilidad social ascendente, pero difieren en que mientras el tipo 2 no reporta cambios en niveles de vida, sino sólo en estatus ocupacional, el tipo 3 sí experimentó cambios de nivel de vida y de estatus ocupacional. El tipo 4 representa a aquellos que no experimentaron cambios, pero heredaron sus ventajas de origen familiar y mantuvieron niveles y estatus ocupacionales de alta jerarquía (2018, 192).

Aun considerando las diferencias entre los cuatro grupos, se encontraron muchas similitudes en cuanto a su percepción. En todos, se encontró un deseo porque sus descendientes alcanzaran mayores grados de estudio con la esperanza de que esto les asegurará una movilidad ocupacional que resultara en movilidad económica ascendente. Rocha lo explica de la siguiente manera “Las percepciones y expectativas de logro educativo que los padres les transmiten a sus hijos dependen de la posición de origen social como de las percepciones de su propia experiencia vital (190)”. Si bien, la mayoría mostró un interés por que sus hijos e hijas estudiaran, hubo quienes, basados en sus experiencias negativas en el sistema educativo, no alentaban a sus hijos a estudiar, pues no lo consideran como algo trascendente. Aun así, se encontró una idealización aquellas cosas que ciertas personas carecieron, como una educación en el sector privado”.

El vínculo que las personas encuentran con la escolarización y la movilidad social es de suma importancia para mi estudio, después de todo, mis familiares fueron trabajadoras del hogar para poder pagar sus estudios, con la esperanza de que esto les otorgara una movilidad ocupacional y económica.

Estigma

Considerando lo anterior, intento explicar la vergüenza sentida a través del concepto de estigma. Goffman define al estigma como “un atributo en una persona profundamente desacreditador” (2006, 13). Estos atributos pueden ser visibles o invisibles, o sea, posibles de ocultar o inevitables de mostrar. Cuando se identifica el atributo estigmatizador de una persona, esta deja de ser vista como tal y es reducida al atributo, es decir, el estigma es

deshumanizante. Goffman argumenta que el ser considerado normal trae grandes gratificaciones, lo cual implica que las personas usualmente encubren algo para ser vistas como tal (2006, 93).

Aliraza Javaid propone que todos corremos el riesgo de encontrarnos estigmatizados en las diferentes interacciones humanas en las que participemos, ya sea sintiéndonos un poco incómodos o severamente humillados por alguien más, cuando se descubre nuestro atributo estigmatizante (2019, 74). Sabiendo esto, las personas desarrollan estrategias para evitar que el atributo negativo sea conocido, en su caso, Javaid lo describe como evitar que “el estigma se extendiera, se propagara en mi familia cercana y extendida. Para ayudar a contrarrestar mis estigmas de ser queer y soltero, la única opción era casarme y construir una familia nuclear heterosexual” (2019, 83). Es decir, el estigma impacta de tal manera que, en ocasiones, ocultamos partes altamente significantes de nuestras vidas.

Metodología

Llevé a cabo mi trabajo de campo en la ciudad de Puebla, mi lugar de origen y residencia. Esto resultó conveniente debido a la contingencia sanitaria decretada por la pandemia de COVID-19. A causa de esto, las interacciones con mi familia materna se vieron reducidas, por lo cual, la mayoría de la información presentada aquí se obtuvo a través de una entrevista formal que realicé a cada una de mis tías, tío y madre. Las guías de entrevista giraban en torno a cuatro aspectos, infancia, experiencias como trabajadoras del hogar, matrimonio y sus experiencias como empleadoras. Es necesario aclarar que todos los nombres presentados aquí son pseudónimos, la única persona que aparece con su nombre real soy yo.

A pesar de lo anterior, tuve la oportunidad de realizar observación participante en las ocasiones en las que mi familia decidía reunirse a comer. Otra forma de observación era a través de un grupo de Whatsapp conformado por mis tías, y primos del lado materno. Ahí, más de una vez empezaron conversaciones sobre las labores domésticas, trabajo del hogar y trabajadoras del hogar.

Aun cuando la interacción con mi familia materna se vio limitada, llevé un diario de campo. En él, no sólo anotaba lo que se conversaba en las comidas familiares, también era un espacio de reflexión para mí, donde escribía sobre las veces en las que mi tema de tesis salía en conversaciones, y como, usualmente, mentía o no daba la información completa sobre el tema de ésta, ya que no tenía ganas de conversar sobre las razones por las cuales me interesa el tema. Otra herramienta muy útil para este trabajo fueron mis recuerdos de la infancia y adolescencia, los cuales fueron usados para desencadenar conversaciones y presentar ejemplos.

Hacer trabajo de campo con mi familia presentó múltiples beneficios, como el poder hacer las entrevistas en persona y acudir a reuniones. Aquí cabe mencionar que la entrevista con mi tío se realizó de manera virtual, y él no estuvo presente en las comidas familiares, por medidas de cuidado durante la pandemia. A inicios de la pandemia, mi madre y yo tomamos la misma decisión que mi tío. Sin embargo, después de seis meses sin ver a sus hermanas, mi mamá decidió que otra manera de cuidarse a ella misma era reanudando el contacto con ellas, siempre tomando en cuenta las otras medidas de cuidado recomendadas, desde ahí, yo la empecé a acompañar a las comidas.

¿Por qué auto-etnografía?

Decidí recurrir a la auto etnografía debido a que mi interés en el tema nace desde mi propia experiencia como trabajadora del hogar y la dificultad que encuentro para hablar sobre el tema. Después de admitir mi sentir, negativo, por fin pude formular una investigación que me apasionaba y consideraba que podía aportar algo relevante a la discusión. Considerando lo anterior, Jara Holliday (2018) propone que la teoría se alimenta y crítica desde las vivencias diarias, asimismo, Brown-Vincent apoya la noción de que la teoría debe estar basada en nuestras experiencias vividas (2019, 111). Boylorn y Orbe proponen a la auto-etnografía como volver la mirada etnográfica hacia el interior sin olvidar la necesidad de la mirada externa. Es una forma de situar la vivencia personal para señalar posiciones de privilegio y exponer momentos de vulnerabilidad (2016, 17). Aliraza Javaid contrarresta las críticas a la auto-etnografía, de que es un metodología autoindulgente y poco rigurosa, diciendo que ésta “requiere que uno preste atención, a las relaciones sociales a nivel micro, cómo se producen, al tiempo que alude a las estructuras sociales a nivel macro que dan forma a cómo tiene lugar un encuentro social a nivel micro. Presta atención a las maneras en que la alienación y la exclusión se experimentan y se sienten en el nivel cotidiano de la interacción social” (2019, 79).

¿Desde dónde escribo?

Decidí hacer trabajo de campo con mis familiares no sólo por la accesibilidad que representó durante la pandemia. También, porque considero que explorar sus historias contribuye a problematizar aún más el trabajo del hogar. Como lo menciona Aura Cumes, el hogar y la

familia no son ajenos a la sociedad, la producen y reproducen (2014, 206), así que, qué mejor manera para analizar el estigma que rodea al trabajo del hogar que desde mi nicho familiar, donde puedo detenerme, cuestionar y analizar ciertas enseñanzas que me han dado respecto al tema. Cuando tomé esta decisión, asumí que sería fácil debido a que ya las conocía y soy cercana a ellas, sin embargo, pronto descubrí que este no era el caso. Realizar trabajo de campo con mi familia también resultó, en ocasiones, incómodo, triste, y hubo más de una vez que me sentí como una intrusa en la vida de mis familiares.

Renato Rosaldo menciona que el investigador tiene múltiples identidades y que es necesario investigar desde diferentes posiciones, y no sólo limitarse a una (2000, 195). En mi caso, a la hora de interactuar con mi familia soy más que sólo una hija y sobrina. Para mi mamá, quien me considera como desapegada a la familia, fue inesperado el repentino interés que mostré por sus vivencias pasadas, pero, como conoce mi experiencia en Copenhague, no le resultó incomprensible.

Mis tías me describirían como “muy estudiosa” porque saben que mi madre fue exigente en cuanto a mi desempeño académico. Aunque mi interés también las tomó por sorpresa, lo validaron por mi formación académica. En resumen, las diferentes identidades que tengo ante mi familia me permitieron acceso a diferente información. Tal vez mis tías, no le contarían aspectos negativos de su experiencia a la Mayte ingenua, pero a la Mayte estudiosa sí, por el compromiso y entusiasmo que siempre he mostrado por mi formación académica.

A partir de ese último punto, me surge una duda. Javaid menciona que uno de los dilemas éticos de usar la auto-etnografía es la “necesidad de protegernos como escritores”, cuando hablamos de nuestros recuerdos dolorosos y momentos íntimos, nos vulneramos ante

los lectores. En el caso de Javaid, él temía que su texto trajera deshonor y pena a su familia (2019, 81). En el caso de mi familia, los recuerdos como trabajadoras del hogar no son considerados explícitamente como dolorosos, pero, el ocultarlos ha sido una forma de protección, y han encontrado diferentes motivos para hacerlo. ¿Qué pasa entonces, cuando sus recuerdos son expuestos aquí? Si bien, yo igualmente encuentro difícil y abrumador hablar sobre mi experiencia, si la abordo desde el lado académico, me resulta más sencillo conversar. Pero ¿qué hay del caso concreto de mi madre, quien ha mencionado que no le gustaría que mi padre se enterara?

Estructura de la tesis

A lo largo de esta tesis se explora cómo ex – trabajadoras del hogar que ahora emplean a trabajadoras del hogar, viven con el estigma que rodea a este empleo. Lo que se intenta demostrar es que para estas cinco ex-trabajadoras, más que una profesión, dicho empleo representa una posición social de la cual constantemente intentan alejarse, ocultando sus experiencias como trabajadoras del hogar. En la tesis se demuestra cómo la construcción y pertenencia a una clase social es relacional y está en constante amenaza. Así pues, la tesis cuenta con seis capítulos, además de la presente introducción.

En el primer capítulo, presento una discusión teórica sobre las emociones negativas que experimentan las trabajadoras del hogar en su ejercicio laboral. Hablo sobre la relación de éstas con las prácticas de ocultamiento y el vínculo que existe con la cultura de la servidumbre. En el segundo capítulo, presento a mi familia materna, enfocándome en mi madre, sus hermanas y yo. El capítulo se limita a describir sus infancias hasta el momento en el que empezaron a laborar en casas a cambio de una remuneración económica, esto con el

propósito de contextualizar la época en la que vivieron y exponer las razones por las cuales el trabajo del hogar fue la opción más viable para cumplir sus planes de vida.

En el tercer capítulo, describo las diferentes experiencias laborales que las cinco tuvimos en las casas donde nos empleamos. La intención de este capítulo es discutir sobre los imaginarios sociales que existen sobre las trabajadoras del hogar, basándome en mi experiencia y la de mis familiares. Asimismo, discuto cómo, para nosotras, el ser trabajadora del hogar representa una posición social, a la cual, constantemente, intentamos demostrar que no pertenecemos.

En el cuarto capítulo discuto cómo el matrimonio formó parte del camino de movilidad social ascendente que mis familiares recorrieron. La pregunta que lo rodea es ¿por qué mis familiares sólo trabajaron en casas siendo solteras? De igual manera, presento cómo el matrimonio implicó nuevas responsabilidades para mi madre y sus familias, y cómo, a partir de esto, se formaron nuevas responsabilidades y cadenas de cuidado entre hermanas, las cuales en ciertas ocasiones eran remuneradas y en otras no. Aquí entra en debate la diferenciación entre “ayuda” y “trabajo”.

El quinto capítulo está enfocado en las prácticas de ocultamiento a las que mis familiares y yo recurrimos. Un elemento muy importante para discutir y entender estas prácticas es, mencionar las emociones que evoca el hablar sobre nuestras experiencias como trabajadoras del hogar, considerando lo anterior, problematizo los sentimientos de orgullo y vergüenza que tanto fueron mencionados. Por último, presento mis conclusiones.

CAPITULO I

LA RELACIÓN ENTRE LAS PRÁCTICAS DE OCULTAMIENTO Y EMOCIONES NEGATIVAS QUE EXPERIMENTAN LAS TRABAJADORAS DEL HOGAR

Por unos cuantos meses del 2020 regresé a vivir a casa de mis padres, ahí, una de las actividades que compartía con mi madre era ver la retransmisión de una telenovela llamada *Avenida Brasil*. Mi mamá me platicaba que una de las supuestas razones de su éxito es que retrata “la realidad de Brasil”. Si bien, considero que es imposible retratar la realidad de un país, me parece asertivo que uno de los temas centrales de la telenovela son las relaciones entre trabajadoras del hogar y sus empleadoras. La heroína de la telenovela finge provenir de una familia de clase trabajadora para emplearse en casa de la villana principal, y así vengarse de ella por motivos personales. Ahora bien, la villana es una mujer que experimentó movilidad social ascendente por casarse con un jugador de fútbol, es representada como una persona egoísta y manipuladora, y que no muestra consideración alguna por el personal que trabaja en su casa. Como parte de su venganza, la heroína comienza a chantajear a la villana, logrando un aumento de salario para ella y las demás trabajadoras del hogar que laboran en la residencia. A partir de esto, una de las trabajadoras decide contratar a otra mujer para que la apoye con los deberes domésticos de su casa. Esto es presentado de manera cómica, y mi papá lo recalcó con ironía “la sirvienta empleando a otra sirvienta”.

Avenida Brasil está plagada con estereotipos sobre la movilidad social y las trabajadoras del hogar. Uno de los aspectos que me parece importante rescatar de la telenovela es que presenta al trabajo del hogar y ser clase trabajadora como algo indeseable.

La maldad de la villana recae en su pasado como clase trabajadora, las dificultades que esto presentó y su aversión por ser vinculada con su pasado. De todas las empleadoras representadas en la telenovela, ella es la que peor trata a las trabajadoras. Al final regresa a ser *pobre* y a realizar tareas domésticas, casi como un castigo. Otro aspecto importante de la telenovela es que normaliza el tener servicio doméstico y lo presenta como algo a lo que se debe aspirar. Esta aspiración es parte de la cultura de la servidumbre, donde las desigualdades sociales son percibidas como naturales (Ray y Qayum 2009). No obstante, en la telenovela, cuando se muestra a una trabajadora empleando a otra mujer para que realice sus deberes domésticos, es motivo de risa porque rompe con las expectativas de clase que estructuran la telenovela.

Al momento de ver la telenovela aun no tenía bien definido mi tema de investigación, pero ahora, haciendo un recuento de ésta, me surgen múltiples preguntas e incomodidades. Me hace notar una paradoja que rodea al trabajo del hogar: es un empleo que en materia legal y de regulación es altamente invisibilizado, no obstante, está presente en los imaginarios de la cultura popular, es más, las trabajadoras del hogar son personajes recurrentes en telenovelas, sin embargo, su representación usualmente está basada en estereotipos, entonces yo me pregunto ¿Cómo se sentirán al verse ridiculizadas en la tele? ¿Qué se siente ser el chiste de la trama? O en el caso de *Avenida Brasil* ¿qué se siente ser representada como lo indeseable?

Me parece importante indagar en los imaginarios y representación del trabajo del hogar para entender ciertos sentimientos que provocan en mí misma y mis familiares, asimismo, considero que pueden iluminar sobre las razones por las cuales ocultamos nuestra experiencia. Y más allá de mi familia, aportar a la reflexión sobre las emociones de las

trabajadoras del hogar en relación con la forma en que son percibidas y representadas. Así que el propósito de este capítulo es delimitar teóricamente mis estudios de caso. Hago una revisión bibliográfica sobre ciertas emociones negativas que experimentan las trabajadoras del hogar. De la misma manera, presento diversos estereotipos e imaginarios sociales que existen sobre éstas. Por último, discuto sobre la relevancia de estudiar los casos de las empleadoras que experimentaron movilidad social ascendente y pasaron al rol de empleadoras.

1.1 Las trabajadoras como lo despreciable: imaginarios sociales sobre las trabajadoras del hogar

En Dinamarca, una de las razones por las cuales me incomodaba mucho decirles a mis compañeros de dormitorio que era trabajadora del hogar era porque me sentía como un estereotipo andante. Es decir, me incomodaba incluirme en el imaginario social que yo tengo de las trabajadoras del hogar. Un imaginario social es “una especie de ‘banco’ de todas las imágenes posibles, pasadas, presentes y por venir, este término recubre igualmente el proceso dinámico a partir del cual esas imágenes son producidas mentalmente, retenidas y transformadas [...]” (De la Hidalga Rios 2017, 24). En esta sección, me enfocaré en los imaginarios sociales sobre las trabajadoras del hogar que las impactan de manera negativa.

Homogenización de las trabajadoras: indígenas y *pobres*

Goldsmith comenta que uno de los mitos más comunes que existen en torno a las trabajadoras del hogar es que todas son mujeres indígenas que apenas saben hablar castellano (1998, 92).

En primer lugar, cabe señalar que sólo una minoría de trabajadoras del hogar hablan una lengua originaria, no obstante, la problemática de esta imagen yace en que perpetúa la etnización y racialización del trabajo del hogar. A partir de esto, se usa trabajadora del hogar como sinónimo de indígena, lo cual es discriminatorio, pues se encasilla a las mujeres indígenas en un nicho laboral (Durin 2017, 66), propagando la idea de que estas mujeres simplemente existen para servir.

Esta imagen, además de ser discriminatoria, perpetúa la colonialidad del trabajo. Gutiérrez Rodríguez argumenta que el trabajo del hogar se sigue llevando a cabo bajo un orden colonial, donde se asigna a las mujeres no-blancas como las responsables de la labor reproductiva (2010, 3). Camus y De la O (2014) coinciden en esto, discutiendo sobre la colonialidad tapatía, las autoras proponen que las mujeres empleadoras entrevistadas anhelaban el orden colonial, en donde se asignó el empleo doméstico a las personas indígenas y afrodescendientes.

De manera simultánea, Blanco Abellán debate sobre la percepción que empleadoras mexicanas de Tapachula tienen sobre las trabajadoras del hogar guatemaltecas en esa zona. Descubrió que, en ocasiones, las empleadoras no hacen distinción entre las que son indígenas y quienes no lo son, aún más, usan guatemalteca como sinónimo de indígena (2014, 207). Peor aún, para ellas igualan el ser guatemalteca con ser *pobre* y analfabeta.

La clase trabajadora como insignificante

Me parece pertinente hacer un pequeño señalamiento sobre esta percepción de la clase obrera, que en los imaginarios discutidos representa a las personas *pobres*. Skeggs argumenta que, en general, las representaciones de la clase trabajadora son negativas, proyectándola como

algo “que se debe dejar atrás y que no tiene valor” (2004, 78). Ella resume la representación en tres palabras: exceso, desperdicio y asco. Lo que encuentro muy valioso del análisis de Skeggs es que discute cómo estos tres aspectos son visualizados en las mujeres pertenecientes a esta clase. El exceso en el cuerpo de una mujer de clase trabajadora se lee como vulgaridad, lo cual conduce a su hipersexualización, es vista como un ser sin control de sí misma y sus deseos sexuales (2004, 79). El exceso se conecta con el desperdicio a través de sus hábitos de consumo, la clase trabajadora es hedonista e irresponsable, incapaz de administrar su dinero y así, repete el ciclo de pobreza (2004, 81). Por otro lado, el asco es el resultado del exceso y desperdicio de ésta clase, asociarles con el asco es una manera de marcar diferencia, al mismo modo que afirmar que es sucia y por eso debe permanecer contenida y alejada (*ibid*).

Estas representaciones califican a la clase trabajadora como un problema a resolver de la sociedad. No obstante, las imágenes esencializan a las personas pertenecientes a esta clase, lo cual implica que son irreparables. Skeggs apunta a esta paradoja diciendo que hay un deseo por controlarla, sin embargo, ésta es vista como incontrolable, y esto representa una amenaza (2004, 81). En resumen, incomoda a aquellas personas que no se consideran pertenecientes a la misma.

Los malos modales y la falta de educación

De la Hidalgo (2017) discute los imaginarios negativos que existen porque, de acuerdo con ella, son mecanismos para marcar las diferencias entre empleadora y trabajadora. Para definirse a sí misma y acertar su posición social, la empleadora necesita definir a la trabajadora y distinguirse de ella. Hecha esta salvedad, De la Hidalgo pone a la luz la asociación de las trabajadoras del hogar con lo *naco* y atrasado (2017, 56). En primer lugar,

Navarrete (2016) expresa que lo *naco* representa “la fealdad, los malos modales, el mal gusto, la falta de educación, las pretensiones sociales”. Tanto Navarrete como De La Hidalga señalan el carácter discriminatorio del concepto, pues reduce la persona a meros aspectos negativos, negándole agencia y poder de participación en la sociedad. Además, cabe subrayar que lo *naco* se define a partir de las características físicas y de clase de las personas, siendo la piel morena y pertenencia a la clase trabajadora esas características determinantes. Entonces, al asociar a las trabajadoras con lo *naco*, se les asume como todo lo anteriormente mencionado.

De la Hidalga menciona que esta percepción de las trabajadoras como personas con malos modales y sin educación fomenta la idea de que necesitan ser civilizadas, y ese es un favor que la familia empleadora ofrece al mostrarles su estilo de vida (2017, 83). Séverine Durin coincide en esto, en su acercamiento con una estancia infantil que ofrece servicios de cuidado para los hijos de las trabajadoras del hogar en el Área Metropolitana de Monterrey, pudo notar que la encargada del lugar veía a las trabajadoras y sus hijos “como personas salidas de la pobreza que viven una suerte de proceso de reeducación a través del trabajo y la estancia infantil” (2017, 360).

La imagen de las trabajadoras como personas poco inteligentes y sin educación también está presente en el trabajo de Rollins (1985). A través de su trabajo de campo, Rollins concluyó que a ciertos empleadores no les agradaba la idea de contratar a una mujer con un alto nivel de escolarización, que consideren inteligente y atractiva, pues esto va en contra de lo que se espera de una trabajadora del hogar y son características que se ven como posibles detonantes de conflictos (1985, 147). Igualmente, existe una etnización de estas características, por ejemplo, Durin expone que las trabajadoras de la Huasteca potosina son

vistas por el mercado como más dóciles y fáciles de mandar, mientras que las de Oaxaca son más autónomas (2017,114), pero, esto último puede resultar en conflicto.

De la Hidalgo encontró que “el contexto y el origen rural, popular y/o indígena de la trabajadora, no permite reconocerla como un ser inteligente universalmente; siempre se reconoce su inteligencia, belleza o habilidades, pero considerando justamente su contexto y su origen como si fuera algo que las coloca en desventaja” (2017, 75). En síntesis, estas tres características descalifican a la trabajadora como un ser capaz, agregando a esto, si se llega a reconocer en ella cualidades positivas, se ven limitadas por su condición clase y origen étnico

La sexualización

Por otra parte, Goldsmith habla sobre mitos no fundamentados, uno de los más fuertes es que todas las trabajadoras “son madres solteras. Se meten con cualquier tipo y terminan embarazándose” (1998, 92). No obstante, Goldsmith argumenta que, de acuerdo con la Confederación Latinoamericana y del Caribe de Trabajadoras del Hogar (CONLACTRAHO), sólo una minoría de las trabajadoras son madres solteras. Lo que esta imagen perpetúa es la hipersexualización de la clase trabajadora y el deseo de controlar el cuerpo de la trabajadora. Al mismo tiempo, Goldsmith argumenta que existe la idea que son “violadas por los patrones y los hijos de estos” (1998, 92). Si bien, el abuso y acoso sexual es un problema existente en la profesión (Durin 2017; De la Hidalgo Rios 2017), no representa la realidad de todas.

El decir que *todas* son violadas también impulsa la estigmatización del cuerpo de la trabajadora, consideradas como el otro indeseable e ignorante, además los actos de abuso

sexual por parte de los empleadores son presentados como un privilegio (De la Hidalga Rios 2017, 71). Aquí es importante retomar uno de los imaginarios sobre las mujeres pertenecientes a la clase trabajadora, el cual consiste en considerarlas como mujeres sin control de sus impulsos sexuales, Skeggs propone que esta visión existe porque la modestia sexual es considerada una característica de las mujeres de la clase media (2004, 79), o sea que, de nuevo, la trabajadora es usada para afirmar la posición de la empleadora.

Blanco Abellán también toca el tema de la sexualización de las trabajadoras, combinándola con la etnización. Ella encontró que, entre las empleadoras de Tapachula, existe la idea de que las trabajadoras de Honduras no son una buena opción porque “son más sexys y llegan para robar maridos; además, son muy mal habladas y contestan a las patronas” (año, 207). De nuevo, se refuerza la imagen de las trabajadoras como personas con malos modales y sin control.

Trabajadoras explotables

Asimismo, Goldsmith discute la idea de que “a las trabajadoras domésticas les va ‘muy bien’, trabajan unas cuantas horas y hasta ganan más que una” (1998, 93). No obstante, en su mayoría, el trabajo del hogar es un empleo mal pagado y sin prestaciones (Blanco Abellán 2014, 205). Goldsmith argumenta que este comentario refleja el deseo por precarizar aún más la profesión y normalizar la explotación laboral. También, lo que esta idea refleja es la desvalorización del trabajo reproductivo y emocional. Como dice Hochschild (1983), parte de lo que es necesario para que este trabajo sea exitoso, es hacerlo parecer sencillo . De la

Hidalga argumenta que existen estereotipos que naturalizan actitudes negativas en las trabajadoras, como el ser mentirosas, abusivas y resentidas (2017, 78).

Asimismo, Blanco Abellán discute las razones que las empleadoras mexicanas de Tapachula expusieron sobre su reluctancia de contratar otras mujeres mexicanas, de acuerdo con su experiencia, las trabajadoras mexicanas exigen salarios más altos por menos horas. Una de las empleadoras dijo que las mexicanas están “más preparadas y tienen otra visión”, entonces no están dispuestas a desvalorizar su trabajo (2014, 207).

En suma, las trabajadoras del hogar son encasilladas en razón de su origen de clase y étnico. En los imaginarios sociales presentados no son reconocidas como seres plenos, capaces de tomar decisiones por sí mismas que necesitan la guía de la familia empleadora para conducirse en el mundo. Ahora bien, ¿qué sentimientos evoca el verse asociada a un imaginario social negativo?

1.2 Sentimientos que afirman jerarquías

Vergüenza

Lo primero a considerar es que el trabajo del hogar es una ocupación marginada debido a su falta de calificación y devaluación en el mercado (De la Hidalga Rios 2017, 82). Habiendo mencionado eso, me gustaría empezar la discusión con el sentimiento de vergüenza, ya que fue muy discutido durante mis entrevistas. De acuerdo con Sabido Ramos, la vergüenza es un “intenso énfasis en el sentimiento del ‘yo’ unido a ‘la reducción del mismo’, y ello no sólo por una atención excesiva de otro a nuestra presencia física, sino porque esa atención enfatiza que no estamos cumpliendo con alguna norma, compromiso o convención social”

(2020, 301). Es decir, el sentimiento de vergüenza es la aceptación de una mirada reduccionista que otros imponen ante nosotros.

Si bien, en mi estudio de caso los sentimientos de vergüenza son asociados al pasado como trabajadoras del hogar, Durin nota que en trabajadoras del hogar activas las razones por sentir vergüenza son diferentes. Ella menciona que el ser madre soltera es motivo de vergüenza por el estigma que rodea la situación. Asimismo, sienten culpa respecto a la crianza de sus hijos, ya que estos crecen sin padre (2017, 288). Desde mi punto de vista, la vergüenza asociada con esta situación también está relacionada con los estereotipos existentes sobre las trabajadoras del hogar, los cuales expondré más adelante.

También, relaciono el sentimiento de vergüenza por ser madre soltera al incumplimiento del mandato de género establecido para las mujeres, Federici (2013) argumenta que una parte importante de la socialización de las mujeres es la idealización del matrimonio, donde casarse es una meta a cumplir. De esta manera, el ser madre soltera implica el no ser vista como una mujer completa y realizada.

Si bien, los motivos para sentir vergüenza difieren, el sentimiento cumple una función, la cual es recalcar que la persona está saliéndose de una norma establecida. Agregando a esto, Sabido Ramos argumenta que la vergüenza impulsa la continuidad de asimetrías sociales, y los motivos que la detonan son variados y “dependerán tanto de nuestros códigos culturales y nuestra posición social como de la evaluación que hagamos de nosotros mismos frente a la mirada de los demás (2020, 300).

Deferencia y maternalismo

Siguiendo esta línea de pensamiento, Rollins argumenta que las relaciones entre empleadoras y trabajadoras impactan la estructura social, reproduciendo jerarquías sociales (1985, 157). Dentro de estas relaciones ella encontró dos formas de tratar a la trabajadora que crean en los empleadores un sentimiento de superioridad, la deferencia y el maternalismo; más aún, Rollins argumenta que son formas de explotación psicológica (1985, 156).

El trato deferencial sirve para confirmar la superioridad e inferioridad de las personas dentro de una relación, y hay diferentes formas de aplicarlo. Una de ellas es el lenguaje, mientras que las trabajadoras son referidas por su primer nombre, ellas deben referirse a sus empleadoras por su apellido, incluso agregar un título antes de este. También, el referirse a las trabajadoras como niñas es una señalación de asimetría, una de las trabajadoras que Rollins entrevistó recalcó el enojo que esto le causaba, pues sentía que no era reconocida como un ser humano completo (1985, 160).

Asimismo, ciertas trabajadoras mencionaron sentir incomodidad al ser cuestionadas de manera pertinente sobre su vida personal, pues sentían una exotización de su vida personal, ya que, probablemente, ellas son las pocas personas que sus empleadores conocen que pertenecen a la clase obrera o son personas racializadas (1985, 166). Por otro lado, Rollins propone que cuando las empleadoras no tienen problema alguno con compartir detalles íntimos de su vida, incluso aspectos negativos, es debido a que ven a la trabajadora como carente de valor social; reconocen que no pertenecen a su círculo social así que su conocimiento de esa información no presenta una amenaza (1985, 167). Este último aspecto me parece interesante de explorar, pues después de las entrevistas con mis familiares me

enteré que no comparten con las trabajadoras contratadas el hecho de que ellas fueron trabajadoras del hogar.

De igual forma, hablando únicamente del caso de mi madre, otro tema que no discute con Laura es la vida personal de mi hermana y mía, más específicamente, no discute sobre nuestras relaciones románticas y/o sexuales. Si bien, considero positivo y respetuoso que no lo comente, es necesario recalcar que lo hace pretendiendo que mi hermana y yo no tenemos una vida sexual activa. En una ocasión, Laura encontró un paquete de pastillas anticonceptivas en mi habitación, al notar esto mi madre le comentó que las tomaba porque mi ginecóloga lo había indicado por razones que no estaban relacionadas con el control natal, cosa que no era cierta. Pienso que este es otro intento de marcar diferencias, utilizando la modestia como característica de las mujeres de clase media.

Continuando con la discusión, Rollins plantea que el maternalismo protege y cuida, pero al mismo tiempo degrada e insulta (1985, 186). En esta relación se puede observar la concepción de la trabajadora como una extensión de la empleadora, y no como un ser autónomo (1985, 183). La empleadora apoya a la trabajadora, la puede impulsar a que estudie, a que aprenda algún oficio, pero no espera que se desempeñe en estos, espera que permanezca en su hogar, lo cual provoca enojo y frustración. El trato maternalista también se encuentra en la intrusión de la vida amorosa de la trabajadora. Con el argumento que se preocupan por su bienestar, las empleadoras comentan sobre los hombres con quienes las trabajadoras se relacionan; lo que esta actitud realmente muestra es la falta de reconocimiento de la trabajadora como un ser inteligente capaz de decidir por ella misma lo que le conviene. Por último, otra manera en que las empleadoras expresan maternalismo es tolerando conductas negativas, como el robo o la intoxicación durante el trabajo. Si bien, es motivo de

molestia, el aceptarlo y dejarlo ir es más satisfactorio, debido a que crea un sentimiento de superioridad y confirmación de estereotipos negativos (1985, 202).

Inferioridad

El maternalismo es valioso de considerar, pues dentro de esta relación ambas partes reconocen su inferioridad como mujeres. La empleadora sabe que la autoridad más importante dentro del hogar es su esposo, así que recompensa esto con el deseo de controlar a la trabajadora. Discutiendo la inferioridad, Gutiérrez-Rodríguez señala que tanto empleadoras como trabajadoras la experimentan como un sentimiento debido a que las labores domésticas carecen de reconocimiento social, es visto como un trabajo banal, y de hecho, estas sólo son visibles cuando no son realizadas (2015, 19). Así pues, al momento de contratar a otra mujer para que las realice por ellas, la empleadora se libera un poco de esos sentimientos de inferioridad, no obstante, refuerza la estructura tradicional de género, donde la mujer es la única encargada de estas labores.

Asco y desprecio

Al igual que discutir el sentimiento de inferioridad, Gutiérrez-Rodríguez alude sobre los sentimientos de aburrimiento, monotonía, cansancio, asco y desprecio. La mujer empleadora se libera de estos, y la trabajadora es quien los absorbe. Gutiérrez Rodríguez presta peculiar atención al asco y desprecio, ya que considera que son sentimientos que deshumanizan a la trabajadora. Estos dos sentimientos mandan la señal de que la trabajadora no es digna de la

consideración de la familia empleadora, ella es invisible, lo cual la afecta negativamente (2015, 21).

Soledad y aislamiento

Rollins (1985) también problematiza los sentimientos de aburrimiento y monotonía, asociando la soledad a estos dos. De acuerdo con la autora, el sentimiento de soledad puede ser tanto positivo como negativo, dependiendo de cómo lo considere la trabajadora. Hay quienes prefieren trabajar sin supervisión ni compañeras de trabajo, porque así pueden controlar mejor sus tiempos y no tienen distracciones, asocian la soledad con autonomía. Del lado contrario, el no convivir con más gente además de la empleadora genera sentimientos de aislamiento e invisibilidad en unas trabajadoras, especialmente aquellas que trabajan de planta. En esta modalidad de trabajo resulta más difícil formar una red de apoyo, a causa del poco tiempo libre disponible y las restricciones que representa vivir en casa de los empleadores (1985, 80).

De manera similar, Durin problematiza los sentimientos de soledad y el aislamiento que viven ciertas trabajadoras, aquellas que ejercen puertas adentro. Durin plantea que el aislamiento vulnera a la trabajadora y la hace un blanco fácil para la explotación laboral, ya que no cuenta con personas con quienes comparar sus experiencias o hablar de las dificultades de su trabajo (2017, 179). Al igual que Rollins, la soledad y el aislamiento se encuentran más presentes en mujeres que trabajan en la modalidad de planta.

1.3 Desentramando las prácticas de ocultamiento

¿En qué momento aprendí que era incorrecto compartir la experiencia? Por supuesto, no puedo señalar un momento en particular, más bien, vienen a mí una serie de eventos. Conversaciones que escuché, películas que vi, interacciones observadas, en ninguna de ellas se refería el ser trabajadora del hogar como algo positivo. Al contrario, el tener servicio doméstico era lo que se valoraba, el presumir las relaciones asimétricas que nuestras familias sostenían con las trabajadoras, asombrarnos de lo diferente que eran para nosotras. Desde pequeña aprendí que mi posición era la de mandar, y era algo natural e incuestionable.

Entonces, hice lo impensable al emplearme limpiando casas. Entendí que estaba rompiendo con lo que era esperado de mí, mi identidad social, pensaba yo, estaba fracturada. Para comenzar a hablar sobre el ocultamiento, me gustaría empezar discutiendo qué es la identidad social. De acuerdo con Goffman, la identidad social implica “atributos personales, como la *honestidad*, así como atributos estructurales, como la *ocupación*. Apoyándonos en estas anticipaciones, las transformamos en expectativas normativas, en demandas rigurosamente presentadas” (Goffman 2006, 12). La identidad social es la forma en la que definimos a una persona, y a partir de ésta decidimos cómo relacionarnos, si es aceptada o no. Dentro de la identidad social puede haber elementos estigmatizantes, en este caso particular, nuestra ex -profesión representa un estigma. Goffman explica el miedo a compartir de la siguiente manera:

El individuo estigmatizado puede descubrir que se siente inseguro acerca del modo en que nosotros, los normales, vamos a identificarlo y a recibirlo. La incertidumbre del estigmatizado surge no solo porque ignora en qué categoría será ubicado, sino también, si la ubicación lo favorece, porque sabe que en su fuero interno los demás pueden definirlo en función de su estigma [...] Es probable que durante los contactos mixtos el individuo estigmatizado se siente “en exhibición” debiendo llevar entonces su autoconciencia y su control sobre la impresión que produce hasta extremos (2006, 25).

De igual manera, Goffman argumenta que el ser considerado normal trae grandes gratificaciones, lo cual implica que las personas usualmente encubren algo para ser vistas como tal (2006, 93). De nuevo, hay características estigmatizantes que pueden ser ocultadas mientras que otras no, en el caso de las primeras una manera de hacerlo es a través de lo que Goffman describe como “discontinuidades biográficas”, es decir, la persona cuenta su historia de vida encubriendo aquellos aspectos que desacrediten su vida actual.

Es como dice Sabido Ramos, nuestra definición también depende de la mirada de los demás (2020). Entonces a veces es mejor callar aspectos de nuestras vidas, para resguardar una posición social que nos favorezca. Agregando a esto, Javaid habla sobre la “atención social no deseada”, aquella que es recibida en cuanto el estigma es descubierto y por eso es mejor guardarlo (2019, 85).

Asimismo, relaciono las prácticas de ocultamiento con la movilidad social. Ruth Behar, discute sobre el silencio que rodeaba su pasado familiar. Ambos de sus abuelos fueron vendedores ambulantes de cobijas, incluso, su padre ayudó a su abuelo en ciertos momentos. En una descripción que resonó mucho conmigo, Behar escribe como este pasado era motivo de vergüenza para su padre, y debido a esto no hablaba al respecto. La explicación que Behar propone es que su familia tuvo que atravesar diferentes barreras culturales y clasistas para llegar a la posición social que tenían, Behar llegando a ser una estudiante de posgrado en una prestigiosa universidad estadounidense. Así pues, menciona que el ocultamiento era un “esfuerzo por cambiar su identidad social” (1993, 415).

1.4 Trabajadoras devenidas empleadoras: la continuidad de la cultura de la servidumbre

En la revisión bibliográfica los casos de trabajadoras devenidas empleadoras fueron difíciles de encontrar. En su estudio sobre el trabajo del hogar en el Área Metropolitana de Monterrey, Sevrine Durin (2017), analiza los diferentes estilos de mando de diversas empleadoras. Dentro de la categoría de la ayuda mutua, descubrió que aquellas empleadoras que fueron socializadas sin servicio doméstico y saben realizar las labores domésticas, tienden a mostrar más aprecio por las trabajadoras del hogar y el trabajo que realizan. Al mismo tiempo, el saber realizarlas les otorga autoridad sobre el cómo y en cuanto tiempo se debe de realizar su trabajo. Usualmente estas empleadoras experimentaron movilidad social ascendente a lo largo de sus vidas. También, estas empleadoras ven la mercantilización del trabajo doméstico como una extensión del mandato de género de las mujeres como responsables de la labor reproductiva (2017, 84). Aquí cabe señalar que no porque crecieron en un hogar sin servicio doméstico, ellas fueron trabajadoras del hogar en algún punto de su vida.

No obstante, en su artículo “Heroínas-sirvientas, análisis de las representaciones de trabajadoras domésticas en telenovelas mexicanas”, Durin y Vázquez (2013) incluyen en su muestra mujeres de medios populares que se desempeñaron como trabajadoras del hogar en el pasado. El propósito de su estudio era examinar las representaciones sobre el servicio doméstico en las telenovelas donde las protagonistas eran trabajadoras del hogar, y así explorar de qué maneras las televidentes se identifican con las protagonistas y la trama de las novelas. Asimismo, discuten sobre el mito de la movilidad social propiciado por ciertas telenovelas, donde la alfabetización, escolarización y profesionalización son necesarios para aumentar los ingresos económicos (2013, 32).

En efecto, ciertas mujeres de este grupo se sentían identificadas con la movilidad social ascendente experimentada por las protagonistas de las telenovelas, más aún, celebran esta identificación debido a que consideran que su historia se asemeja a la de ellas, donde el esfuerzo personal y la perseverancia fueron claves para su éxito. Este grupo de mujeres ven al trabajo del hogar como un “medio legítimo para la superación y una vía digna para la movilidad social ascendente”. Asimismo, entre estas mujeres se celebraba el hecho de que las protagonistas de la telenovela pasaran de ser trabajadoras a “patronas”. El ser empleadora es considerado como algo positivo, ya que se adquiere el estatus de “señora”, o sea, estar casada y contar con servicio doméstico (2013,38). Las televidentes consideran esto último como algo positivo, no obstante, la forma de hacerlo nace desde el paternalismo donde emplean a sus “paisanos” para ayudarlos.

La cultura de la servidumbre

El anterior punto trae a la discusión la cultura de la servidumbre, la cual me parece necesaria de discutir para comprender las prácticas de ocultamiento, porque como mencionan Durin, De la O y Bastos, el trabajo del hogar representa más que relaciones laborales, también hay implicaciones ideológicas y de clase (2014, 32). De acuerdo con Gutiérrez-Rodríguez, el trabajo doméstico representa “una articulación de la relación diacrónica de modos de producción”, es decir, opera bajo los modos de producción capitalista, pero al mismo tiempo sigue ciertas pautas de la esclavitud y cultura de la servidumbre (2007, 7). De acuerdo con la autora, es un ejemplo de la continuidad de la colonialidad del trabajo, porque hay una separación racial y de género en el mercado de trabajo (2007, 6).

Siguiendo esta línea de pensamiento, Rollins argumenta que las condiciones en las cuales se realiza el trabajo del hogar en la actualidad se asemejan a las condiciones de la esclavitud en el pasado. Las personas esclavizadas estaban ahí para llevar a cabo las actividades delegadas a las mujeres (1985, 21). Era un modelo paternalista donde la servidumbre era vista como seres que necesitaban ser civilizados. Una vez que sucedió la Revolución Industrial, el servicio doméstico cambió, los hogares pasaron de tener un gran personal a contratar a una sola persona, quienes usualmente eran mujeres migrantes a la ciudad desde lo rural (1985, 36). Aquí, la trabajadora del hogar era usada para confirmar el estatus adquirido por la familia empleadora (1985, 38).

El rol de la trabajadora del hogar como confirmación de estatus social sigue vigente hoy en día. Dentro de sus análisis sobre los diferentes estilos de mandar, Durin menciona que existe el de la “lógica de distinción”, donde “el empleador no compra la fuerza de trabajo, sino el poder de mandar” (2017, 101). Esta es la lógica de los “ricos no nacidos”, donde tener servicio doméstico es necesario para mostrar su posición social como clase media aspirante a pertenecer a la élite.

En su tesis, Aura Cumés discute sobre la construcción de los cuerpos de las mujeres indígenas en Guatemala como cuerpos creados para el servicio, lo describe como “cuerpos que se piensan socialmente disponibles para el servicio de quienes poseen anatomías contrarias: blancas o blanqueadas y físicamente grandes o engrandecidas” (2014, 19). Considerando lo anterior, propone que los cuerpos de las trabajadoras están atravesados por procesos históricos que las han delegado a este empleo.

Estudiar a trabajadoras del hogar devenidas empleadoras es importante, ya que proporciona información sobre la movilidad social, la construcción de imaginarios sociales,

y la continuidad de la cultura de la servidumbre. La relación que yo y mi familia sostenemos con el trabajo del hogar está entrelazada con estos elementos, y son necesarios para entender la relación que cada una de nosotras tenemos con nuestro pasado, cómo nos sentimos al respecto, los momentos en los que decidimos ocultarlo o compartirlo.

CAPÍTULO II

SER CLASE TRABAJADORA Y LA NATURALIZACIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO

Cuando pienso en mi familia materna escucho una marimba tocar. Veo a mi abuela con su cabello corto y blanco sosteniendo una revista lo más cerca posible de sus ojos, escaneándola lenta y atentamente. Siento el sol quemándome la piel a través de una sombrilla mientras rezamos alrededor de la tumba de mi abuelo. Huelo las hojas arrancadas de las suculentas que mi abuela tenía en su jardín y que yo usaba para dibujar en las paredes. Saboreo la gelatina de chocolate que solía preparar y que nos ofrecía cuando la íbamos a recoger. Al día de hoy, no he probado una que se le asemeje.

La gelatina de mi abuela era única, así como lo era su manera de hablar, de reír y vestir. De igual modo, su historia de vida es única. No hay historia que sea igual a la de ella, ni a la de sus hijas e hijo. Cada una de ellas trazó un camino singular, sin embargo, esos caminos sí comparten ciertas particularidades con el de muchas otras mujeres, como el ser trabajadoras del hogar. De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, en el país 2,335,266 de personas se dedican al trabajo del hogar, y resulta ser que, de cada 100 trabajadores del hogar, 95 son mujeres (2015).

Esa particularidad que mis familiares comparten con otras mujeres fue de suma importancia en sus vidas, ya que les permitió experimentar una movilidad social ascendente.

En este capítulo hago un breve recuento de la infancia de mi madre y sus hermanas con el propósito de ilustrar el proceso de movilidad social que experimentaron. La movilidad social, según Patricio Solís, se refiere “en qué medida una sociedad permite que las personas cambien de posición social, sin privilegios, ataduras o lastres derivados de sus orígenes sociales” (2018, 13). En el caso de mi familia materna, ésta ha experimentado una movilidad social ascendente.

La hipótesis que sostengo es que el ocultamiento de sus experiencias como trabajadoras del hogar se debe a su proceso de movilidad social ascendente. Ajalin Ayse argumenta que existen empleos que consideramos como “culturalmente inapropiados para nosotros mismos” (2007: 214). Propongo que al momento en el que ellas dejaron de pertenecer a la clase obrera, el empleo doméstico se convirtió en algo culturalmente inapropiado para ellas en tanto integrantes de la clase media. De acuerdo con Benza, una persona se puede identificar en la clase media a partir del tipo de empleo que tiene, estos deben de ser “no-manuales de tipo comercial, administrativo y profesional”(11, 2014), o sea, profesiones que en las sociedades industrializadas otorgan prestigio a las personas. De igual modo, estas personas gozan de seguridad económica (Ibid, 33).

Ahora bien, ¿qué significa ser clase trabajadora? ¿Qué es lo que las aleja de ella? A lo largo de esta tesis, entiendo las clases sociales como relacionales y que necesitan una constante reafirmación. Como Skeggs lo menciona “la clase no es un hecho, sino que está en producción continua” (2004: 9). Asimismo, la autora señala que, para analizar la clase, es necesario considerar que los límites que la definen son difusos y permeables, y que en la actualidad “el problema real de la diferenciación en lo contemporáneo no es la distancia sino

la proximidad” (2004:76). En el caso de mi familia materna, su pasado como trabajadoras del hogar evidencia la proximidad a la clase obrera.

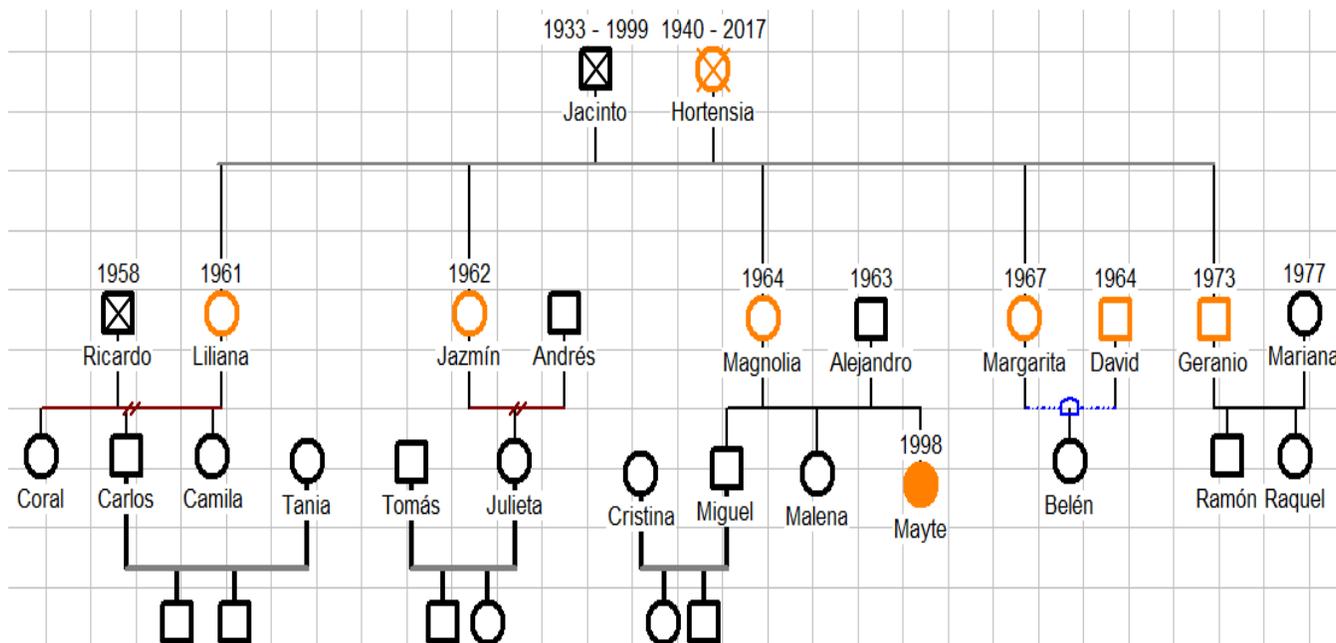
Si bien en este capítulo se mencionan sus experiencias como trabajadoras del hogar, éstas no son tratadas a profundidad, más bien se realiza una descripción de las condiciones en las que vivieron en su infancia y cómo estas fueron cambiando conforme al tiempo, para evidenciar su proceso de movilidad social ascendente. De la misma manera, hago mención de su matrimonio, eventos importantes en sus vidas, que se aborda a profundidad en el siguiente capítulo. Igualmente, exploro las formas en que mis familiares y yo aprendimos a realizar las labores domésticas, para demostrar que es un entrenamiento que ha sido impuesto a las mujeres (Federici 2013).

Es pertinente señalar que los relatos presentados aquí, sucedieron, principalmente, en las décadas de los setentas y ochentas. Esto quiere decir que están situadas en un período de transición política y económica que experimentó el país, y que son vivencias que sucedieron en los finales del Estado del Bienestar Mexicano (Portilla Marcial 2005, 108). De igual importancia es mencionar que a finales de la década de los sesenta, empezó un proceso de segregación en la ciudad de Puebla, y comenzó a ser práctica común construir colonias exclusivas para ciertos profesionistas o con requerimientos mínimos para vivir, como la Colonia de Ingenieros (Montero Pantoja 2002, 125). En esta década también se vislumbra la creación del primer fraccionamiento que se distinguía de las colonias por ser un sitio exclusivo (*ibid*, 183). Es decir, la adolescencia de mis tías sucedió durante un periodo de acelerada privatización.

2.1 Mi familia y yo: filiación en vía materna

Cuento con una madre y un padre, ambos tienen hermanos y hermanas, a quienes conozco y llevo una buena relación. No obstante, mi familia paterna se encuentra dispersa en tres estados de la República, entonces solo les veo pocas veces al año. Por el otro lado, toda la familia de mi mamá nació y creció en Puebla. Bueno, la mamá de mi abuela, en algún punto de su vida dejó Oaxaca y se estableció en Puebla, pero su familia no sabe mucho al respecto, y no reclaman raíz alguna ahí, son poblanas y ya. Esto implica que siempre me he sentido más cercana a mi familia materna, porque han estado presentes en todos los momentos de mi vida. Así que, para los propósitos de esta tesis, cuando digo mi familia, me refiero exclusivamente al lado materno, incluyendo a las personas que aparecen en el siguiente árbol genealógico:

Figura 1: árbol genealógico en vía materna



Fuente: Elaborado por Mayte Vázquez. En naranja, las personas que fueron trabajadoras del hogar.

2.2 La vecindad de Santiago y la casa propia: recuerdos de una movilidad social ascendente en la ciudad de Puebla

Cuando le pregunté a mi mamá sobre la familia de mi abuelo me dijo que no sabía mucho. Había conocido a su abuela paterna, pero nunca a su abuelo paterno. Sabía que su padre tenía una hermana y dos hermanos. A su tía solo la conocía de vista, y a uno de sus tíos sólo lo conoció porque mi abuelo las llevaba a que lo visitaran en el asilo donde vivía. Me comentó que en realidad no fueron cercanas con ese lado de la familia. Es importante notar que, en las ocasiones en las que se discute sobre la familia de mi abuelo, suelen recalcar su blancura. Mi mamá sólo vio unas pocas veces a su abuela paterna, pero recuerda muy bien que era rubia y de ojos azules. También, a uno de sus primos que apenas conoció, lo recuerda como alto, delgado, blanco, con cabello negro rizado y de ojos azules.

Empezamos a discutir sobre la familia de mi abuelo materno porque yo pensaba, erróneamente, que unos miembros de su familia tenían dinero, mientras que él no. Mi mamá me corrigió, diciéndome que toda su familia era *pobre*, era en la familia de mi abuela donde existían grandes disparidades económicas. Cuando le pregunté por qué, pensó mucho en su respuesta, hasta que yo dije “bueno, supongo que a veces es así, como en nuestra familia, hay quienes tienen más dinero que otros”, a esto, ella respondió diciendo que nuestro caso era diferente, porque el estatus económico que habían adquirido los diferentes miembros de mi familia se debían a su esfuerzo. Al preguntarle a qué se refería, volvió a meditarlo, pero, se vio interrumpida por la tarea que estaba realizando; midiendo y cosiendo unas blusas para mí.

Ahora sí, mis tías vivieron los primeros años de su infancia en una vecindad en el Barrio de Santiago. El barrio está ubicado en la zona del Centro Histórico de la ciudad de

Puebla, es uno de los barrios más antiguos de la ciudad, sus primeros registros datan a 1601 (García Palacios de Juárez 2008, 89). No obstante, aquí sólo me enfocaré en su cotidianidad como la recuerdan mis familiares en la década de los sesenta. En ese entonces, era común ver casonas convertidas en vecindades, donde habitaba gente de clase trabajadora, y al mismo tiempo encontrar otras que pertenecían a las familias con más afluencia económica del barrio. Mi tía Margarita lo tiene muy presente porque ella laboró en una de esas casas. Había diferentes nichos laborales, mi abuelo trabajaba en una fábrica textil, la familia con quien laboró Margarita eran dueños de panaderías. Asimismo, en una memoria periodística de un residente del barrio, leí que había otra fábrica textil y una plaza de toros (Moreno 04 abril 2012). En suma, en el barrio de Santiago convivían diferentes clases sociales.

La vecindad donde residía mi familia le pertenecía a una de las hermanas de mi abuela materna, así que otros de sus hermanos y parientes también vivían ahí, y cabe mencionar que no les cobraba renta. Cada una de mis tías y madre, afirman tener recuerdos felices de su infancia y de sus tiempos en la vecindad. De la misma manera, todas mencionan haber sido *pobres*, agregando a esto, mi tía mayor dice que todas las demás personas de su entorno también lo eran, entonces, no era motivo de descontento. Ellas describen su pobreza de la siguiente manera:

Fui feliz, hija, o sea fui feliz, ya después te pones a recordar y digo “no pues teníamos muchas carencias”, pero así era nuestro círculo, era lo que conocía entonces no podía yo querer algo que nunca había conocido. Te digo, nunca nos festejaron un cumpleaños, ah que nuestro pastel, no. ¿Sabes cuándo nosotras empezamos? ahí ya donde llegamos a vivir (a Zaragoza), mi papá nos compraba un pastel “tomi” de esa marca, era pequeño, era de merengue, *y que rico nos sabía*, pero, que habrá sido, dos veces en nuestra vida. De niños nunca nos festejaron el cumpleaños (Liliana)

Yo me acuerdo de que viví en una como casa, una vecindad y había varios cuartos, en uno de los cuartos vivíamos nosotros. Mi infancia fue feliz, sencilla, humilde, pero feliz, tranquila, con mi mamá, con mi papá, con mis hermanas, tranquila. Mi papá trabajaba y mi mamá también tenía que trabajar a veces, teníamos una pequeña

estufita de petróleo, con dos quemadores y me acuerdo de que mi mamá le ponía el petróleo, con uno como vitrolero, lo volteaba y ya le salía la flama. Me acuerdo de que ahí guisaba mi mamá, hacía frijoles, hacía sopa, nada más me acuerdo de eso. Son recuerdos lejanos, era bonito porque vivían otras personas y eran familiares de mi mamá, y vivíamos juntos [...] (Jazmín)

[...] es que creo que tú no conoces la pobreza. Bueno, siempre teníamos que comer, nunca me quedé con hambre. Yo te digo lo que recuerdo. Pues imagínate, un obrero con 5 hijos, con el salario mínimo, pues no salía. Vivíamos ahí porque mi tía Regina no nos cobraba, fue una muy buena persona. La pobreza a eso me refiero, si yo ahora veo algo que me gusta, me lo compro. Me compro una blusa o dos del mismo modelo, y yo pienso, a lo mejor hago eso porque no lo tuve (Magnolia)

Mi abuelo materno era obrero en una fábrica textil que se encontraba en el mismo barrio, ganaba el salario mínimo y tenía una bicicleta para poder tomar más de un turno al día y no tener problemas con el transportarse. Mi mamá me cuenta que, a veces, cuando le iba a dejar su comida afuera de la fábrica, él salía lleno de algodón y sólo se le veían los ojos. También me comenta que como mi abuelo era sindicalizado, se veía obligado a votar por el Partido Revolucionario Institucional.

De acuerdo con mi madre, entre los padres *siempre* hay uno que es estricto y otro que es consentidor, en su caso, mi abuelo era el consentidor, era la voz suave que hacía contrapeso a la dura de mi abuela. Su polaridad también se reflejaba en el manejo de la economía del hogar. Mi abuela ahorraba la mayoría del dinero que ganaba para poder costear los gastos de sus hijos, mi abuelo, por el otro lado, “no podía tener dinero”, disfrutaba gastarse el dinero que ganaba. Una vez cubiertas las necesidades básicas, con el poco dinero que le sobraba, le gustaba comprar refresco y comida callejera. Yo sabía muy poco sobre mi abuelo hasta que entrevisté a mis tías, no obstante, tenía bien grabado que mi abuelo era blanco y tenía ojos verdes. La familia esperaba con ansias que alguno de sus descendientes tuviera las mismas características, lo cual no ha sido el caso.

Me parece que ese es un detalle crucial en mi historia familiar, mi abuela materna no tenía los ojos verdes, ni azules, los tenía café, pero, era una mujer de piel clara, lo cual implicó que sus hijas e hijo nacieran con piel clara. De hecho, en una reunión familiar estaban discutiendo sobre los apodos de la gente que vivía en su colonia y se acordaron de que a ellas las conocían como “las güeras”. A excepción de una de ellas, las demás no mencionaron estar explícitamente conscientes de los privilegios que esto significó para ellas en ciertos aspectos de su vida, lo cual trataré más adelante.

El cuarto donde vivían medía alrededor de 22 metros cuadrados, tenían dos colchones, una mesa con sillas y una estufa de petróleo, mi tía mayor recuerda que cuando se mudaron a la casa de Zaragoza, sus pertenencias no llenaron si quiera la mitad del camión de mudanza. En la vecindad, desayunaban pan con café “legal” porque no tenían dinero suficiente para comprar leche. Después se iban a la primaria y una vez que regresaban a casa, se quitaban el uniforme y comían. La comida era casi siempre la misma, arroz con salchichas. Después, dedicaban la tarde a jugar, y si les correspondía, a realizar diferentes labores domésticas. Como vivían en un cuarto, esto no les tomaba mucho tiempo. Había que tender las camas, barrer, trapear, limpiar la estufa y los trastes, estos dos últimos siendo los más pesados. Ellas no limpiaban los baños porque estos eran compartidos entre toda la vecindad, no saben quiénes eran los responsables de esto, pero sí recuerdan que estaban sucios constantemente.

Mis dos tías mayores no tienen recuerdos de que mi abuela les enseñara cómo hacer las tareas domésticas, pero, asumen que fue ella quien les enseñó. Por otro lado, mi mamá y tía menor sí recuerdan que fue mi abuela quien les enseñó. Todas coincidieron que mi abuela era muy exigente, entonces, si habían limpiado o realizado su deber, y ella no lo consideraba como adecuado, lo debían de repetir hasta que ella lo aprobara. Haciendo un recuento, ellas piensan que a los 10 años ya no necesitaban instrucciones sobre sus deberes, limpiaban sus

trastes, mantenían su cuarto limpio, y lavaban su propia ropa. La ropa de los miembros que no aun podían hacerlo, la lavaba mi abuela.

Mi abuela materna era ama de casa, pero, también se dedicaba a la venta de productos como dulces, jabón, baberos y cobijas. Era su actividad de los domingos, iba a las casas a ofrecer y vendía a crédito. De acuerdo con sus hijas, era una mujer muy trabajadora, estricta y dura. A mí, como abuela, me tocó una mujer consentidora que me defendía de las travesuras que llegaba a cometer. Un aspecto importante para hablar sobre mi abuela es que tenía miopía, mis tías y madre lo describen como que “no veía”, es decir, su vista se veía altamente afectada por la miopía. Debido a esto, se apoyaba en sus hijas y marido para la realización de ciertas tareas, mi tía mayor lo recuerda así:

Yo acompañaba a mi mamá, porque mi mamá no veía bien entonces íbamos al centro a comprar las cajas de cloro, de 12 lts y nos las cargábamos. Ya después mi mamá ponía su jabón en una cubeta y el cloro en botellas de licor vacías [...] Me mandaban a comprar las tortillas, el huevo, los mandados, pero a mí me gustaba.

Una vez que mi tía Liliana cumplió doce años, la familia se mudó a una casa propia en la colonia de Zaragoza. Esta colonia fue construida en 1918, su fecha de construcción indica que fue construida por y para la clase obrera, como la mayoría de las colonias después del Porfiriato (Montero Pantoja 2002, 90). El proceso de urbanización de esa zona en esa época es descrito como irregular, primero hubo un asentamiento y luego regularización. Como eran terrenos agrícolas, era común que las casas estuvieran construidas para tener animales de traspatio y pequeñas hortalizas. Mi familia vivió allí a partir de 1973, en ese entonces, la colonia se caracterizaba por tener un rastro; la matanza de animales era una de las principales actividades económicas en el Estado (Montero Pantoja 2002, 97).

Figura 2: mapa de la ciudad de Puebla en 1975



Fuente: Archivo General Municipal de Puebla. En morado el barrio de Santiago y en azul Zaragoza.

En su nueva casa la dinámica familiar cambió, y con más espacio, aumentaron las labores domésticas, sin embargo, las repartían entre todos los miembros que pudieran participar. Mis tías recuerdan una repartición igualitaria de estas labores, o sea, tanto su padre y su hermano participaban en éstas:

Geranio participaba en las labores del hogar. El hacía quehacer, los sábados y domingos él y yo guisábamos, porque mi mamá no guisaba esos días. Lavaba su ropa, hacía el quehacer *hasta* lavaba trastes. Mi papá también participaba en el quehacer y cuando se jubiló él nos hacía el desayuno, los sábados.

Mi madre, en parte, atribuye la repartición igualitaria debido a la miopía de mi abuela. Dice que ya cuando todas eran adultas, la vista de mi abuela estaba tan deteriorada que necesitaba la ayuda de mi abuelo para la mayoría de las labores domésticas, en especial el cocinar.

Mi tía Liliana recuerda que, el día que se mudaron a la casa, subieron y bajaron tanto las escaleras que en la noche les dolían las piernas. Jazmín recuerda que iban a visitar la casa cuando aún estaba en construcción. Era una casa de dos pisos, con cocina, sala y comedor. En la planta de arriba estaba el baño y había tres recámaras. Mi abuelo compró la casa a través de su crédito del Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT). Margarita hace una descripción muy bonita de cómo veía su casa cuando era una niña:

Era, pues uy, imagínate, una casa, *realmente una casa*, ya no era un cuarto, era una casa, con escaleras, con un baño sólo para nosotros, con boiler, había un patio atrás, patio adelante, ventanales, bueno, yo veía que eran unos ventanales. Debajo de nuestras escaleras hacíamos nuestro columpio, nos trepábamos en la marquesina y nos columpiábamos, para mí era una casa hermosa, *era una residencia*, era otra cosa [ríe].

También, aquí, en la colonia de Zaragoza, fue la primera vez que tanto mi tía Liliana como Jazmín trabajaron en casas ajenas por primera vez. La razón por la cual comenzaron a trabajar fue debido a que una vez que concluyeron la primaria, alrededor de los 13 años, la familia no contaba con el dinero suficiente para que continuaran sus estudios. A continuación, presento las descripciones de infancia de cada una.

2.3 Liliana: las responsabilidades de ser la hija mayor

Liliana es la hermana mayor de mi madre. Cuando yo era una niña percibía a mi tía Liliana casi como un ser fantástico, con amor y alegría inagotable. Era increíble pasar tiempo con ella, siempre me consentía y me hacía sentir segura. Me gustaba cuando íbamos de visita al departamento donde solía vivir porque usualmente preparaba algo rico de comer, y en la

colonia había muchas tiendas diferentes, visitábamos la dulcería de regla y si nos daban permiso, íbamos a jugar a las maquinitas. De niña la adoraba porque siempre estaba dispuesta a darme un masaje si se lo pedía. Era una figura materna en mi vida que era muy diferente a mi propia madre, la principal diferencia siendo que mi madre nunca ha sido físicamente afectiva; ese afecto yo lo recibía de mi tía.

Liliana dice que nunca imaginó que iba a llegar a los 50, ahora está a unos días de cumplir 60, y también le cuesta creerlo. Le gusta traer el cabello corto, tiene ojos pequeños color café y su risa es inconfundible. Liliana tiene tres hijos, Coral, Carlos y Camila. Coral es contadora y Carlos es ingeniero, ambos estudiaron en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), Camila estudió Ciencias Políticas en un instituto privado. Carlos vive entre Puebla y Ciudad de México, aquí en Puebla comparte una casa con su esposa y dos hijos. Por el otro lado, Liliana, Coral y Camila viven juntas en una casa, también tienen perrito. Liliana es ama de casa, y su rutina diaria gira alrededor de realizar sus labores domésticas, las cuales consisten en preparar el desayuno, limpiar la casa, preparar la comida, terminar de limpiar, y una vez que termina sus actividades, dedica el resto del día al ocio. La cena es el momento en que las tres se reúnen y platican sobre su día.

Lo que Liliana más aprecia de ella misma es su carácter, se describe como alguien cariñosa y que le gusta demostrar su amor, también, se ve como una persona trabajadora, aventurera y sin miedo a experimentar cosas nuevas. No obstante, ya siente que está envejeciendo y que eso la ha convertido en una persona muy sensible.

Su descripción como una persona cariñosa coincide con la percepción que mi madre y yo tenemos de ella. Recuerdo que cuando era una niña, en cada reunión familiar antes de que nos separáramos, nos dábamos cinco minutos de besos y abrazos. Aunque yo pasara toda la tarde jugando con mis primos, debía recordar pasar esos cinco minutos con ella. Por otro

lado, durante la entrevista que le realicé a mi madre, mencionó que la llegó a querer como una segunda madre, y sé que ese es un sentimiento que compartimos entre ciertos primos. Asimismo, Margarita, la menor de las mujeres afirma que Liliana “siempre estuvo ahí para echarles la mano”.

Como es la mayor, es quien más recuerda la vida en la vecindad. Le gustaba pasar tiempo con sus primos. Piensa que empezó a aprender las labores domésticas a los 8 años, las cuales consistían en barrer, trapear, tender la cama, ordenar y limpiar el cuarto. A los 10 años ya era responsable de lavar su ropa, al igual que ayudar al lavado de pañales de tela, ayudar en la cocina. Al ser la mayor, las tareas más pesadas le correspondían, como limpiar la estufa, acarrear el agua para beber y limpiar. Mi tía detestaba limpiar la estufa porque sólo se hacía una vez a la semana, lo cual implicaba que estaba llena de cochambre. Sus días consistían en levantarse, desayunar, ir a la escuela, regresar caminando; lo cual era un trayecto largo ya que la escuela se encontraba a diez calles. Una vez en su casa, comía, hacía sus quehaceres y la tarea. Cuando la terminaba, veía la tele y jugaba. En la noche preparaba sus cosas para el día siguiente y dormía.

Mi infancia fue bonita, con muchas carencias, *bueno*, ahorita veo que son carencias, *ahorita*. Pero en su momento era la vida que estábamos acostumbrados, o sea, bien, contenta porque yo me crié con mis tíos y unas primas de mi mamá [...] Fui muy feliz, ahora veo todo lo que no teníamos, *no teníamos, hija*, porque mi mamá hacía de comer puro arrozito, y era la comida o pura sopa y era la comida, no es como ahora que, sopa, guisado y todavía el postre, no, éramos muy humildes, pero, éramos felices porque no conocíamos otro nivel.

Me platica que lo que más disfrutaba en su infancia era ver la tele, porque era algo que casi no hacía. Sólo tenían permitido ver una hora de tele al día, no más. Entonces, se sentía como algo especial. También disfrutaba de visitar a una de sus tías al salir de la escuela,

le gustaba porque le daba de comer y podía descansar, su tía no la ponía a hacer quehaceres como era la obligación en su casa.

Disfrutaba ir a la escuela porque ahí podía ver a sus amigas. Era una escuela grande y “no se estaba quieta”. No entraba a clases, se paseaba por la escuela y platicaba con quien se encontrará. Desde que se mudó a la casa de Zaragoza, mi tía Liliana empezó a trabajar en casa. Cuando regresaba de la primaria, dependiendo del día, se iba a la casa de la Sra. Lupita o de la Sra. Cyntia. En el siguiente capítulo exploraré a profundidad estas experiencias.

Al terminar la primaria, mi abuelo le dijo que no tenían dinero suficiente para que continuara sus estudios, ella lo recuerda así:

Terminando la primaria fui a informarme y todo eso (de las secundarias disponibles en su colonia) y le llevé los datos a mi papá, y me dijo - no hija, no puedo. Y le dije - ¿no puedes? - eran 100 pesos de inscripción y 75 pesos mensuales y no pudo mi papá pagármelos y como tenía 12 años no pude encontrarme un trabajo para seguir estudiando, entonces me quedé sin estudiar.

A partir de esto, mi abuelo la inscribió a clases de costura y confección en el Instituto de la Mujer, no obstante, mi tía no las disfrutaba y tampoco tenía dinero para comprar los materiales necesarios, entonces no prosiguió con las clases. Una vez que abandonó las clases de costura y confección, su abuela materna, madre de su madre, le consiguió trabajo en una casa en la colonia de La Paz, que, en ese entonces, era donde vivían las familias más adineradas de la ciudad.

Después de entrevistar a mis tías, la duda que quedó dentro de mí, fue por qué mi tía Liliana no continuó sus estudios. A sus hermanas menores les pasó lo mismo, al concluir la primaria ya no había dinero para continuar sus estudios, no obstante, cada una, con el apoyo de su madre, consiguieron un empleo y continuaron sus estudios. Por el otro lado, mi tía

Liliana fue la única que, al terminar la primaria, se dedicó al trabajo del hogar por tiempo completo, trabajó un año y medio en esa casa y dejó el empleo cuando se casó a los 15 años.

2.4 Jazmín: trabajo del hogar y escolarización

Mi tía Jazmín es la segunda, nació en 1962 así que sólo es un año menor que Liliana. Mi abuela le contó que no tenía planeado embarazarse tan rápido después del nacimiento de Liliana. En la actualidad es maestra jubilada, piensa que es hermoso porque se para “a la hora que se abren sus ojitos”, y a partir de ahí dispone de su tiempo. Se despierta, se arregla, hace su quehacer y escucha música. Considera que sus días son relajados y los disfruta a pesar de la pandemia. No obstante, menciona que siente cierta presión para ser productiva, después de trabajar 35 años como maestra, siente que no puede estar “sin hacer nada”. Jazmín tiene una hija, Julieta, que estudió veterinaria en BUAP. Julieta actualmente vive con su pareja y dos hijos en la ciudad de Puebla.

Un día, yo estaba hojeando un álbum de fotos de mi mamá, la mayoría de las fotos las tomó ella con una cámara que se compró cuando tenía alrededor de 20 años, o sea que son fotos de cuando aún era soltera. Pasando las páginas, quedé impresionada con una foto de mi tía Jazmín en el día de su boda. Como es de esperarse, sale vestida de blanco, acompañada de un señor, quien después me enteré de que era mi bisabuelo. Él está viendo directamente a la cámara mientras que la mirada de mi tía está en algo más. Tiene una media sonrisa, pero aun así se aprecian sus dientes. Usa poco maquillaje, rubor, labial y sombras muy discretas. El velo que está posado sobre su cabello está acompañado por un tocado de moños, su cabello rizado está recogido, pero tiene unos chinos sueltos en la frente. No sé a qué o a quien estaba viendo, pero ella me comentó que se casó estando muy enamorada, lo

cual se refleja en sus ojos. Mientras que los de mi bisabuelo parecen serios, casi incómodos ante la cámara, los de ella son risueños.

Le comenté a mi mamá lo bella que salía mi tía en esa foto y ella afirmó esto, diciendo que mi tía era muy guapa y siempre andaba bien arreglada, “por eso ni nos hablaba” bromeó “porque yo siempre andaba con mis greñas”. Dicen que es la que más se parece a mi abuelo, probablemente por lo rojizo de su cabello y la claridad de sus ojos. En cuanto a personalidad, se parece más a mi mamá, personas más reservadas y precavidas. Creciendo, la veía como “la tía diferente”, y pienso que eso sólo se debe al hecho de que es cristiana, mientras que el resto somos católicos. Probablemente también porque ella era la única de la familia que no era contadora de profesión. Era maestra de una prestigiosa escuela pública de la ciudad de Puebla. También, cuando yo era una niña, ella era la única de mis tías que era madre soltera.

En una ocasión, ya como adulta, se dirigió a la hemeroteca para saber qué había sucedido el día de su nacimiento. Descubrió que ese martes salió alguna noticia de Kennedy y su esposa Jackie. Jazmín describe su infancia como feliz y sencilla, la vida en la vecindad era bonita porque vivía con el resto de su familia. Se la pasaba el día jugando, en la tierra o en los árboles, recuerda que todos los árboles tenían nombres propios.

No recuerda exactamente desde qué edad empezó a participar en las labores domésticas, pero sí recuerda que era una niña, como empezó a participar desde que vivían en la vecindad yo calculo que era menor de 11 años. A pesar de que en la actualidad disfruta de los quehaceres del hogar, cuando era niña ese no era el caso, describe así sus deberes:

Era lavar los trastes. No sé si me enseñó (su mamá), no recuerdo que me haya dicho cómo se hacen las cosas. Pero yo me acuerdo lavando los trastes, en una sillita de madera, dos cubetas, una con jabón y con la otra los enjuagaba, sentadita en el patio. Era sacudir, barrer, trapear, me acuerdo de que nomás mojaba el piso. Mi mamá fue muy exigente. Tenía que hacer bien las cosas, si estaba mal, debía repetirlo, aunque ya estuviera haciendo algo más, debía de parar para hacer bien lo anterior. Lo tenía que volver a hacer hasta que saliera bien, pero pues, que iba a saber, estaba chiquita

[...] no me gustaba, yo vivía en otro mundo, donde sólo quería jugar, salir, estar en el patio, no me gustaba hacer el quehacer.

Como sólo es menor por un año y mi abuela se encontraba presente la mayoría del tiempo, no recuerda haber sido cuidada por mi tía Liliana. Asimismo, en cuanto a la comida, ellas solamente ayudaban a la elaboración, pero no eran responsables de prepararlas. Se percibe como una persona más reservada, incluso cuando era una niña, dice que ella sólo seguía a mi tía Liliana porque era “más aventada”. Según su memoria, no era particularmente aficionada de la escuela, pero sí sintió una gran decepción cuando mi abuelo le dijo que no tenían el dinero suficiente para que ella estudiara la secundaria. No obstante, mi abuela se aseguró que ella continuara, Jazmín lo recuerda así:

Tu abuelo era muy sincero, me decía “no tengo”. Así de sencillo, ¿tú crees? Yo decía - ay no, no puede ser. Pero mi mamá, agarró una monedita de 100 pesos, agarró a mi hermano, tu tío que estaba chiquito, lo puso en su rebozo y nos fuimos caminando a buscar una secundaria, en la telesecundaria fue en la única donde me aceptaron.

Una vez inscrita en la secundaria mi tía Jazmín empezó a trabajar en las mismas casas donde trabajó mi tía Liliana. Aparte, en ocasiones acompañaba a mi abuela a la casa de su tía abuela Marcela para ayudarle mientras lavaba la ropa. La tía Marcela era hermana de su abuelo materno, vivían en la colonia Humboldt, que quedaba lejos de Zaragoza. Mi tía recuerda el trabajo que realizaba en esa casa de esta forma:

De vez en cuando la iba a ayudar, cuando mi mamá iba a lavar, iba yo. Lavaba a mano. A mí, la tía me ponía a planchar, y yo no sabía planchar entonces me revisaba la ropa, no debía de quedar húmeda. También me ponía a lavar los trastes. Le pagaba a mi mamá. Ya de ahí guardaba para los pasajes, para todo lo que me pedían en la escuela. Caminábamos mucho, para llegar allá, pero nos daba de comer, sopa, guisado, fruta, lo que tuviera [...]

Continuó trabajando con esas dos señoras y acompañando a mi abuela hasta que, más grande, una de las hermanas de mi abuela le consiguió trabajo en casa de una dentista.

Además de este empleo, trabajaba en un baño público. Con estos empleos fue suficiente para estudiar en la Escuela Normal y luego la licenciatura. Laboró en casa hasta que se casó y empezó a ejercer como maestra. En sus primeros años como maestra, trabajó en zonas rurales a los alrededores de la ciudad, por un periodo de 10 años antes de conseguir una plaza en la ciudad.

Jazmín dice que fue maestra por casualidad, porque ella sólo acompañó a una amiga a presentar el examen en la Escuela Normal. Ella se quedó mientras que la amiga no. Como lo disfrutó, decidió continuar con la licenciatura, de ahí estudió una maestría, pero como el costo del título le pareció muy alto, prefirió estudiar otra maestría. De igual manera el precio del título le pareció muy alto, entonces decidió no pagarlo. A pesar de disfrutar su vida como jubilada, extraña a sus alumnos.

2.5 Magnolia: un primer acercamiento al estigma

Magnolia es la tercera y es mi madre, así que podría escribir sobre ella sin parar porque es a quien más conozco, y quien, en parte, inspiró el camino que tomó mi tesis. Mi mamá es muy divertida, pero no lo sabe, su comedia recae en su ingenuidad. Es igual de pequeña que yo, apenas tocando el metro cincuenta, tiene el cabello largo y chino. Cuando sonríe, se le forman dos hoyuelos en las mejillas. Es muy ordenada y cuidadosa con sus pertenencias, dice que es muy cuidadosa porque sabe lo que es “ganarse las cosas”.

En la actualidad, vive en una casa con mi padre y dos perros. Describe a mi padre así: “una persona que se dedica al trabajo, vive para al trabajo, siempre está estudiando, leyendo, actualizándose, y trabajando”. Se reconoce como ama de casa, lo cual implica realizar

muchas actividades: “me voy adaptando, un lunes es muy pesado, porque tengo que guisar, a veces ir al súper. Entonces espacio mis actividades, un día cocino, el otro al súper y así”.

Ella se describe como alguien antisocial, ermitaña y tímida, piensa que es así debido a la cicatriz que tiene. Ésta recorre su cuello, partiendo desde la parte baja de su mejilla derecha hasta la clavícula. Cuando le pregunté sobre su infancia, ella dijo:

Recuerdo mi infancia como feliz, fue bonita, hasta que me quemé, de ahí cambió todo [...] Una cicatriz te hace distinta, la gente te ve raro. Y cuando eres chiquita eso duele mucho, por eso yo me volví diferente, muy antisocial, no quería ver a la gente.

Es preciso detenerse en la cicatriz en su cuello, ya que, como dice Goffman (2006), es un atributo de estigma, y un atributo físico que no se puede ocultar. Influye en los sentimientos de vergüenza y ocultamiento que ella asocia con el empleo doméstico. No obstante, eso es algo que exploraré más adelante.

No recuerda mucho sobre su vida en la vecindad, pero sí sabe que le gustaba vivir ahí porque estaba con sus hermanas y primos. Al igual de mis demás tías, recuerda haber jugado mucho. Contrario a sus hermanas mayores, ella sí rememora a mi abuela enseñándole cómo se realizaban las labores del hogar. En lo que sí coincide es que mi abuela era una persona muy exigente, y que si no estaban hechas las cosas como ella quería, las hacía repetir. Tiene más recuerdos de la casa en Zaragoza, dice que ahí, como era una casa más grande las tareas aumentaron.

De chica debía tender mi cama, barrer, trapear, ir por las tortillas, con Margarita, a veces perdíamos el dinero y luego estábamos ahí chillando, también íbamos a la granja por el huevo. Es que antes sí podíamos salir, eso era padrísimo. Era padrísimo, porque no era como hoy, que ya no puedes dejar salir a los niños. A Margarita y a mí nos mandaban a hacer los mandados. Era bonito, porque había mucho campo. Siempre me gustó eso, no existía la Margarita, La Joya. Era bonito, y había un montón de chapulines, yo creo que por eso perdíamos el dinero, porque andábamos con eso matando chapulines. O luego se nos caía el huevo, y llorábamos, porque nos iban a pegar. Éramos muy sanas, tremendas, eso sí.

El accidente de mi mamá ocurrió cuando ella tenía alrededor de 7 años, así que entró a la primaria ya con la cicatriz. Considera que por eso no tenía muchos amigos, porque había quienes se burlaban de ella. No obstante, en la escuela pasaba el tiempo con su hermana Liliana, dice que ella la cuidaba y se sentía protegida a su lado. Coincide con mi tía Jazmín, comentando que como se llevaban muy pocos años y mi abuela estaba en casa de lunes a sábado, no era necesario que Liliana las cuidara y atendiera constantemente, pero, sí asume que los domingos, cuando mis dos abuelos salían a vender jabón probablemente Liliana era responsable de ellas.

Una de las historias que me gusta mucho es la de los dulces que mi mamá le robaba a mi abuela. También los vendía los domingos, así que, entre semana, mi mamá aprovechaba para quitarle unos cuantos, no obstante, nunca se los comía. Se los llevaba a la escuela, pero se sentía tan culpable que sólo se metía al baño a llorar y regresaba los dulces por la tarde. Piensa que ha sido aprehensiva desde niña, pues también, cuando mi abuela salía a vender sus productos le daba mucho miedo que no regresara porque no veía bien.

A pesar de haber sido mi abuela muy estricta, mi mamá se lo agradece, porque fue quien la impulsó a seguir estudiando y buscar empleo. Al igual que con sus hermanas mayores, una vez que mi madre terminó la primaria mi abuelo le dijo que ya no tenían dinero para que ella estudiara la secundaria. “Fue honesto”, piensa, y al igual que con mi tía Jazmín, mi abuela fue quien se aseguró que continuara sus estudios, le dijo que no se preocupara, que ella (mi abuela) lavaría ropa y así pagaría su secundaria. Lo anterior me hace reflexionar sobre las percepciones que las personas tienen sobre la movilidad social y la escolarización, Rocha menciona la falta de ambos elementos en las vidas de los padres puede hacerlos impulsar a sus hijos a continuar estudiando, o a desalentarlos pues no le ven valor alguno. En este caso particular, se observa que mi abuela tomaba la primera postura. Cuando le pregunté

si mi abuelo se mostraba un tanto indiferente en cuanto a la continuación de sus estudios debido a que ella era mujer, me dijo que no, que simplemente era una cuestión de falta de dinero.

Entonces, mi madre también se inscribió a la telesecundaria, recuerda que estaba el rastro ahí al lado y se escuchaba como mataban a los animales. Como mi abuela le iba a lavar la ropa a la tía Marcela, logró juntar el dinero suficiente para que mi mamá estudiara sus primeros dos años de secundaria. No obstante, cuando llegó el momento de estudiar el último, el dinero ya no alcanzaba. Mi abuela comentó esto durante una comida con la tía Marcela. Al saber eso, la tía se lo comentó a su hija Denisse y ella decidió pagarle su último año de secundaria en una escuela privada. A cambio por eso, mi madre se fue a vivir con ellos por un año, el trato era que mi mamá apoyara con las labores domésticas. No recibía una paga en efectivo, la paga era su manutención y pago de estudios.

Una vez que terminó la secundaria. Entró a una de las preparatorias de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). Una vez en la prepa, mi mamá empezó a trabajar en la casa de la misma dentista que mi tía Jazmín. De igual manera, sólo iba los sábados. No obstante, gracias a una amiga, consiguió un trabajo en una ferretería. Era de tiempo medio, lo cual le permitía continuar sus estudios.

Una vez concluida la preparatoria, decidió estudiar contaduría en la BUAP, ahí fue donde conoció a mi padre, quien también estudió contaduría. Ya en la licenciatura, la corrieron de la ferretería por haber llegado tarde, pero, el dueño la recomendó en un despacho de contadores. Para que la contrataran debía realizar un examen, el cual reprobó, sin embargo, decidió estudiar lo que venía para volver a presentarlo. En el despacho fue reconocido su esfuerzo, y el jefe le dijo que la contrataba por su “perseverancia”. Por lo tanto, mi mamá empezó a laborar como contadora desde que tenía 22 años. Dejó su profesión a la edad de 31

años, cuando estaba embarazada de mi hermana y el salario de mi padre era suficiente para cubrir los gastos de la familia.

2.6 Margarita: cambios en los valores en torno a la educación de las mujeres

Margarita es la cuarta, nació en 1967. Mi mamá me dijo que cuando entrevistara a mi tía Margarita me iba a dar “la divertida de mi vida”. Contrario a mi mamá, Margarita sabe que es una persona divertida y graciosa, su cerebro es rápido para contestar con ironía y es muy buena con la comedia física. Al igual que sus demás hermanas, tiene el cabello chino. Es negro y su piel es muy pálida. En cuanto a su personalidad, ella es más parecida a Liliana.

Trabajó como contadora por 23 años, y en la actualidad es ama de casa. Describe sus días como relajados, se levanta, tiende su cama, prepara el desayuno, se baña, ve la tele, cocina, come y de ahí decide qué hacer con su tarde. Vive en una casa con su esposo, su hija, Belén, de 19 años que recién empezó a estudiar ingeniería, y un perro. Cuando fui a entrevistarla me la pasé muy bien, cuando llegué ella y mi prima estaban preparando la comida, después nos pusimos a platicar y Belén puso música en la tele, por su edad no me sorprendió que pusiera a *Bad Bunny*, uno de los cantantes de reguetón más famosos del mundo, lo que sí me sorprendió fue que mi tía conociera y disfrutará todas las canciones que puso Belén, Margarita dice que ella es la fan #1 de *Bad Bunny*. Incluso, después de comer pasamos alrededor de dos horas buscando un video de él. Fue una tarde agradable.

Al igual que sus hermanas mayores describe su infancia como feliz. Como es la menor, tiene muy pocos recuerdos de la vecindad, mientras que mi tía mayor me pudo decir exactamente la calle y el número, Margarita ignoraba estos detalles:

Crecí en Puebla, pero no recuerdo mucho de la vecindad. Me acuerdo cuando era chiquita y mis hermanas iban a la escuela, y yo todavía no. Mi mamá les daba de desayunar y yo desayunaba con ellas, me acuerdo de que era una habitación, pero no

sé dónde era, ni cómo era. Sólo me acuerdo en una silla con mi torta y café, mis hermanas se iban a la escuela y yo me quedaba con mi mamá. Y yo le decía - ya párate - y me decía – no, es muy temprano - pero yo me aburría, entonces le decía - ándale, ya párate. Ella me decía que me acostara, pero yo no quería, entonces me decía -ponte a barrer- y entonces barría, luego me decía – lava los trastes - entonces lavaba los trastes. Mi infancia fue muy feliz, lo mejor de mi vida fue cuando fui niña.

Cuando le pregunté si mi abuela volvía a hacer la limpieza después de que ella se entretuviera haciéndola, me dijo que no recordaba, pero, como mi tía tenía alrededor de 5 años, ese probablemente era el caso. Al igual que mi mamá, Margarita tiene recuerdos de mi abuela enseñándoles cómo realizar las labores del hogar:

Claro que recuerdo cómo nos enseñó a hacer las cosas, fue una gran mujer, pero fue muy mandona, y hacer las cosas perfectas, porque si no, se enojaba. Nos explicaba cómo hacer las cosas una, dos, tres veces, y si no aprendías, entonces ya nos daba nuestros...*nuestros* estate quietos [...] Mi mamá me enseñó a ir al mercado, a escoger el pollo, a escoger las frutas. Barrer, trapear, limpiar los vidrios, se enojaba si le rompía sus muñequitos. Mi ropa, me enseñó a lavarla, a poner la ropa blanca en el sol para que mantuviera su blancura.

Mi tía Margarita afirma que siempre le gustó hacer los quehaceres del hogar:

Mi mamá siempre, llegábamos de la escuela y ya estaba la comida hecha. Nos cambiábamos, comíamos y ahora sí, a lavar los trastes. Después ya cada uno hacía un cuarto, el comedor, lo de arriba, el baño, nos lo dividían. A mí siempre me ha gustado hacer el quehacer, todos los días regaba mi jardín, *me encantaba*. Después de regar el jardín, como estaba toda mojada, me metía a bañar. Fue algo muy bonito para mí [...] Todos me gustaban. No veíamos televisión, entonces empleaba mi tiempo en hacer lo que me gustaba. Ya cuando estaba más grandecita, a finales de la secundaria, me gustaba mucho tejer. Mi mamá me compraba mis estambres, y ella me decía, ponte a tejer y yo hago tu quehacer. Ponía mi música y me ponía a tejer. Tenía mucho tiempo, entonces lo empleaba en limpiar la casa.

Cuando era niña, Margarita, en lugar de agarrar de la mercancía que mi abuela vendía, agarraba del dinero que juntaba para comprarse golosinas en la escuela. Contrario a mi mamá quien se terminaba sintiendo culpable, Margarita compraba sus golosinas y en caso de que sobrara cambio lo tiraba a la basura, así no quedaba huella alguna de su travesura.

Como mi mamá sólo era tres años mayor que ella, eran muy unidas. “Éramos uña y mugre” dicen ambas, recuerdan estar la mayoría del tiempo juntas, y no sólo en la infancia. Cuando eran adolescentes les gustaba mucho ir al cine y ver películas de terror, mientras que mi mamá gritaba y se tapaba los ojos, mi tía quedaba tan impactada que ni siquiera gritaba. Margarita me platica que aun cuando mi mamá se casó, seguían pasando mucho tiempo juntas, mi padre incluido.

En cuanto a su educación, fue el mismo panorama que el de sus hermanas mayores, no obstante, Margarita dice que a ella no fue necesario que su papá le dijera que no había dinero, ella lo asumía por lo que veía y escuchaba. Aquí cabe destacar que, a través de los relatos de mi tía Margarita, la actitud de mi abuelo en cuanto a la educación de sus hijas se muestra diferente, mientras que con sus hijas mayores demostró cierta resignación, a su hija menor constantemente la impulsó para que continuara sus estudios. Para ese entonces ya había empezado la década de los ochenta y Jazmín era la primera hija en comenzar una licenciatura. Considerando lo anterior, Margarita recuerda que desde que tenía 13 años su padre solía recalcarle la importancia de los estudios:

Yo no recuerdo que me haya dicho así tal cual, ya no tengo dinero. Pero, era obvio, era obvio que no podía. Entonces yo, cuando salí de 5° de primaria para pasar a 6° una de mis tías me consiguió trabajo. Ya cuando teníamos uso de consciencia y de darte cuenta de que no había posibilidades, nos íbamos a trabajar [...] Mi papá me decía que debía estudiar, para tener un título. Para que saliera a las 9 de la mañana en mi coche a una oficina, pero debía estudiar mucho.

Entonces, la primera vez que Margarita trabajó en una casa ajena fue cuando tenía alrededor de 13 años. Al igual que sus hermanas mayores, estudió en la telesecundaria. Una vez que concluyó la secundaria entró a una de las preparatorias de la BUAP. Margarita no recuerda muy bien el año, pero, en cierto punto de la preparatoria dejó de estudiar un semestre porque no tenía dinero para el transporte y demás gastos. Ante esta situación, contactó a la

familia de la panadería, y esta vez, una de las hijas de la Sra. Carolina, Irene, quien le ofreció trabajo en una de sus sucursales. Conforme fue pasando el tiempo, Irene le pidió ayuda con el cuidado de sus hijos y llegó un punto donde en lugar de trabajar en la panadería, sólo trabajaba cuidando y limpiando la casa de Irene.

Gracias a esto, pudo ahorrar el dinero suficiente para terminar la preparatoria y estudiar una licenciatura. Dice que escogió contaduría porque ahí estaba la fila más corta. Una vez en la universidad, su principal gasto eran los pasajes, los libros no representaban un problema porque le podían sacar copias fácilmente. Recomendada por mi madre, comenzó a laborar en el despacho de contaduría desde su segundo semestre. De ahí en adelante, sólo laboró como contadora.

Margarita es quien se juntó más grande, después de la muerte de mi abuelo. Me platicó que tenía mucha reluctancia a casarse porque no quería dejar a mi abuela sola. Cuando ella estaba en la universidad, sus hermanas mayores ya se habían casado. Entonces sólo eran Margarita, Geranio y mi abuela en la casa de Zaragoza. Sin decirlo explícitamente, Margarita sentía cierta obligación a quedarse con su madre, porque Geranio “él hacía su vida”, o sea que estaba fuera de la casa constantemente.

Al notar esto, mi abuela la impulsaba a conocer a alguien y “hacer su vida”. De acuerdo con Margarita, mi abuela temía que se “quedara sola” al igual que ella después de la muerte de mi abuelo. A finales de los noventa fue cuando mi tía Margarita se juntó con su actual pareja. Como seguía sintiendo la responsabilidad de acompañar a mi abuela, la invitaba a pasar los fines de semana con ella. Después de varios años, la dinámica cambió y ya sólo pasaba un fin de semana al mes con ella, los demás los pasaba con el resto de sus hijas e hijo. En 2002, Margarita se embarazó y nació Belén.

2.7 Una nota sobre Geranio

Geranio es el menor, nació en 1973 y es el único hombre. Debido a esto, mis tías y madre argumentan que era el preferido de mi abuela, “su único niño”. Mi mamá dice que “Geranio era su adoración”, ella admite abiertamente la preferencia de mi abuela, y dice que no le molesta porque igual se sintió querida, y, sobre todo, naturaliza la preferencia de mi abuela sobre su hijo, no había algo que se pudiera hacer al respecto.

Yo era una bebé cuando mi tío se casó, así que sólo lo recuerdo como un hombre casado. Lo cual es muy importante porque eso lo excluyó de participar en ciertos cuidados para mi abuela. Especialmente cuando ella enfermó de cáncer, tan pronto empezó a recibir quimioterapia fue necesario que se quedara una semana entera en casa de sus hijas, ya no sólo el fin de semana. Mi abuela no quería quedarse con Geranio porque sería su esposa quien la cuidara y eso le incomodaba, entonces, el cuidado de mi abuela cayó enteramente en las hijas, y él aportó económicamente.

Ahora bien, menciono esto porque influyó altamente en mi decisión de excluir a mi tío como sujeto de estudio en la planeación de mi investigación. Erróneamente asumí que Geranio estuvo excepto de las labores domésticas durante toda su vida por su condición de hombre. De hecho, fue hasta que entrevisté a mi tía Margarita que empecé a reflexionar sobre la historia de vida de mi tío. Estaba tan sumergida en mi experiencia y en la de mis tías que ignoré por completo la suya, y sus hermanas mayores no hablaron mucho sobre él.

Como lo mencioné con anterioridad, Geranio participaba en las labores domésticas. Si bien mi abuela “lo adoraba” esto no lo exenta de los quehaceres del hogar. Al igual que Margarita, Geranio dejó de estudiar un semestre cuando estaba en la preparatoria por la falta

de dinero. Mi tía Margarita me dijo que durante este tiempo mi tío trabajó con mi mamá, realizando el quehacer de su casa. Mi mamá no mencionó nada al respecto durante su entrevista, y no lo habló hasta que yo le pregunté, y explicó que no lo había mencionado porque sólo fue “una ayuda”. De la misma manera, para apoyarlo con sus estudios, mi tía Liliana, cuando los ingresos de su esposo lo permitían, les daba un poco de dinero a sus hermanos menores, Magnolia, Margarita, Geranio.

Al igual que Magnolia y Margarita, Geranio estudió una licenciatura en contaduría. Y al igual que ellas, trabajó en el mismo despacho. En la actualidad, vive con su esposa, hijo e hija en una casa en la ciudad de Puebla. Él sigue ejerciendo como contador.

2.8 Mayte: el entrenamiento para contratar

Yo soy Mayte. Nací de 28 semanas en un hospital privado en la ciudad de Puebla, mi papá recuerda que cabía en una caja de zapatos. Mi mamá cuenta la historia de que mi papá insistía en que me bautizarán ahí en el hospital, ella no entendía por qué hasta que me fue a ver en la incubadora, dice que me habían puesto un casco, como de astronauta. También dice que lloró mucho la primera vez que me vio. Cuando salí del hospital pesaba apenas 1.900 kg, mi mamá no sabía qué hacer con una bebé tan pequeña.

A pesar del precario estado de salud con el que nací, me recuperé y no hubo ocasión de bautizarme en el hospital. No obstante, a los ocho meses de haber nacido, el padre de mi mamá falleció. Fue algo inesperado y marcó un cambio en la dinámica familiar. A mi tía Margarita le entristece pensar que, ya cuando sus hijas menores estaban prosperando económicamente, él falleció.

Ahora, al conocer la historia de mis tías y madre, puedo decir que mi infancia fue muy diferente a la suya. Soy la menor de tres hijos, mi hermano me lleva siete años y mi hermana tres. Cuando yo tenía cuatro años, mi familia nuclear se mudó a una casa en Chipilo. Chipilo ya no es parte del municipio de Puebla, pero es considerado como parte de la zona metropolitana. Si bien, de unos cinco años para he observado un aumento en construcciones residenciales y comerciales, sigue siendo una zona periurbana. Mi papá decidió comprar y construir ahí porque quería una casa con un jardín grande. En la actualidad, vivo en un departamento con mi hermana, quien es psicóloga. Mi hermano es médico, está casado y tiene una hija y un hijo.

Igual que mis tías, recuerdo mi infancia como feliz. Viví con mi madre, padre, hermanos y mascotas. Nuestra casa tiene un jardín grande y pasábamos las tardes jugando ahí. Aprendí a andar en bicicleta hasta los 10 años, desde entonces es una de mis actividades favoritas. De niña, me describiría como miedosa y precavida, temía romperme un hueso o simplemente sentir dolor. Siempre me ha gustado leer y escribir, mi materia favorita era español y era la más feliz cuando la profesora nos pedía que escribiéramos un cuento.

Cuando yo nací, mi mamá ya se dedicaba por completo a los labores del hogar, mi papá era el responsable de cubrir nuestras necesidades económicas. Al igual que mi mamá, mi padre es contador. Laboró en la misma empresa alrededor de 30 años, durante este tiempo ascendió diferentes puestos. A diferencia de mis tías, yo nunca tuve que conseguir un empleo para pagar mis estudios, más aun, sólo he acudido a instituciones privadas.

A pesar de vivir en Chipilo, iba a la escuela y actividades extracurriculares en la ciudad de Puebla. Mi movilidad en la ciudad también fue muy diferente a la de mis tías, mientras que ellas caminaban y usaban transporte público, yo realizaba la mayoría de mis traslados en automóvil, mi mamá o papá manejando.

Cuando mi tía Liliana me contó que no les festejaban los cumpleaños me sorprendí, para mí fue una práctica normalizada. Cuando era niña mi mamá y papá organizaban nuestras fiestas de cumpleaños, rentaban algún disfraz para nosotras, un inflable, mi mamá preparaba aguinaldos; eran fiestas grandes.

Recuerdo que desde que era niña sabía que ambos de mis padres habían sido *pobres*, pero era algo que no lograba imaginarme. Mi mamá nos decía que mis hermanos y yo éramos afortunados porque teníamos una buena vida y no tuvimos que trabajar, ella solía recalcar que mi papá empezó a trabajar desde los 8 años con un zapatero y que soñaba con la vida que nosotros teníamos.

Mi padre nació en 1963 y es el segundo de cinco hijos. A diferencia de mi madre, creció en el entonces Distrito Federal, en una unidad habitacional del Instituto Mexicano de Seguridad Social, así que él recuerda muy bien los beneficios del Estado del Bienestar. Mi abuela paterna era madre soltera y trabajaba largas jornadas para mantener a la familia, debido a esto, mandaba a sus hijos al centro recreativo para jóvenes de la unidad habitacional. Ahí, mi papá aprendió a tocar la guitarra y jugaba fútbol americano. También recuerda que, en ocasiones, se organizaban excursiones para los niños de la unidad, a él le gustaba cuando los llevaban a nadar a un centro deportivo. Entre mi familia materna, mi papá es muy querido y respetado, principalmente por el éxito que ha tenido en su carrera laboral.

Ahora bien, contrario a como mi mamá creció, en mi casa no existía una repartición igualitaria de las labores domésticas. Ella es la responsable de que nuestro hogar fuera sea funcional y habitable, se asegurándose asegura de que no falte comida, que esté limpio, y que realizamos nuestros deberes escolares cuando éramos niños. Se dedicó por completo a nuestro cuidado, a cocinar, darnos de comer y llevar a actividades extracurriculares, además ella le correspondía lavar su ropa con la de mi hermano y mi padre; yo empecé a ser la

responsable de mi ropa alrededor de los 12 años. Cabe mencionar que si bien aprendí a realizar ciertas labores domésticas como sacudir, barrer, trapear, tender mi cama y lavar mi ropa, la mayoría de mi vida fue una trabajadora del hogar quien realizó esas tareas por mí.

Es por esto que, cuando estando en Dinamarca le dije a mi familia que estaba trabajando limpiando casas, quedaron impactados. Mi mamá me dijo que me fui a Dinamarca a hacer “lo que nunca había hecho”. Y mi tía Jazmín, sorprendida dijo “pero si tú nunca hiciste nada”. Y es verdad, aun cuando dejé de vivir en casa de mis padres a los 18 años, entre mis compañeras de piso contratábamos a una trabajadora del hogar. En mi año en Copenhague fue la primera vez que era la única responsable del mantenimiento de mi espacio, y aun así, vivía en el cuarto de un dormitorio, así que no exigía mucho.

2.9 ¿Por qué es importante saber la historia de mi familia?

Dos de los aspectos más importantes que ilumina este capítulo son, la naturalización de las labores domésticas como inherentes a la mujer y el entrenamiento que reciben para realizarlas. Si bien, mis familiares recuerdan que su padre participaba, era su madre la encargada de enseñárselas, decidir cómo realizarlas y evaluarlas. Si, bajo su criterio, no estaban bien realizadas, debían ser repetidas. Es como Federici (2013) lo explica: “requiere al menos veinte años de socialización y entrenamiento día a día, dirigido por una madre no remunerada, preparar a una mujer para este rol y convencerla de que tener hijos y marido es lo mejor que puede esperar de la vida (2013:37). Ambos aspectos están reflejados en mis tías, el arduo entrenamiento, y en el caso de mi tía menor, la preocupación de que no se casara. Al decir que “hiciera su vida” no sólo se refería a que estudiara y trabajara, sino que, se casara y tuviera hijos. Otra manera en la que se refleja la naturalización es en el hecho de que la

participación de los hombres de su casa en las labores domésticas necesitará una explicación. Mi abuelo y Geranio apoyaban a mi abuela porque ella no veía.

Me parece importante trazar la movilidad social ascendente de mi familia no sólo por su relación con el ocultamiento, sino porque también creo que influye en su imaginario social de las trabajadoras del hogar en la actualidad. Si bien, durante las entrevistas se referían al empleo doméstico como “cualquier otro trabajo”, como algo digno y valioso, la imagen de predomina de las trabajadoras es que son deshonestas, y es difícil encontrar una que realmente valga la pena. Recuerdo que, en una reunión familiar, una prima comentó que no encontraba una cartera que había dejado en el sillón, estaba preocupada porque justo ese día había ido “la señora que limpia”. Mi familia le comentó que la diera por perdida, gracias a esto empezó una acelerada discusión sobre la deficiencia del empleo doméstico en la actualidad, donde se llegó a la conclusión que las trabajadoras simplemente son deshonestas.

Para mí, fue un choque referirse así a todas las trabajadoras cuando ellas mismas realizaron el trabajo, no obstante, lo relaciono con la preocupación latente que existe por aproximarse a la clase obrera Skeggs (2004b). De acuerdo con la autora, la clase media es una posición social insegura, por eso es necesario “trazar diferencias continuamente, establecer valores, legitimar e institucionalizarlos” (91). Entonces, el ocultar sus experiencias y referirse a las trabajadoras de manera peyorativa es la manera en la que marcan su no pertenencia a la clase trabajadora.

Ahora bien, es importante saber cómo fue el entrenamiento de mis familiares, pues cuando llegó el momento de trabajar para continuar con sus estudios, la única opción viable para ellas era ser “sirvientas”. Ante los ojos de sus empleadores, mi madre y tías, como mujeres pertenecientes a la clase trabajadora eran adecuadas para realizar el trabajo. Pero, entonces, ¿qué hay de mi caso? Yo no pertencí a la clase obrera, y no recibí el entrenamiento,

¿qué es lo que me hacía como la persona adecuada? Debido al orden colonial que sigue rigiendo el empleo doméstico (Gutiérrez-Rodríguez 2010), al llegar a Dinamarca me convertí en una persona racializada y etnizada, entonces mi condición como una mujer joven, con una visa temporal, proveniente de un país del Sur Global, me hacía la persona adecuada para realizar este trabajo.

CAPÍTULO III

¿QUIÉNES SON LAS MUJERES ADECUADAS PARA EL EMPLEO DOMÉSTICO?

Durante mi estancia en Copenhague empecé un proceso psicoterapéutico, la psicóloga que me atendía era una mujer mayor, estaba en sus sesentas, era danesa, blanca y vivía en los suburbios de Copenhague. Disfruté mi tiempo con ella porque me hacía sentir respetada y considerada. Cuando llegué con ella estaba un poco confundida por el cómo funcionaba el sistema médico y de psicoterapia en Dinamarca, también estaba preocupada por el costo que esta representaba. Le comenté estas preocupaciones, también, que era estudiante, que venía de México y que sólo estaría en el país por un período corto. Ella me explicó cómo funcionaba el sistema, diciéndome el costo promedio de las consultas, y que éstas usualmente están cubiertas por los seguros médicos privados daneses. Como yo no tenía uno, me propuso que sólo le pagara la mitad, lo acepté y ese fue el trato durante mi estancia.

Recuerdo que, en una ocasión, cuando yo ya iba de salida, ella me comentó que unos de sus vecinos habían viajado a México, y antes de salir le habían preguntado si tenía ropa para darles y así regalarla durante su visita. Finalizó diciendo “¿la gente es muy pobre ahí, ¿verdad?”. El comentario me agarró por sorpresa y me incomodó, no obstante, no me sentía en un lugar para debatirlo, al final, yo me estaba beneficiando de esa imagen que ella tenía en la cabeza, ¿no? Sólo le sonreí, dije “sí, algunas” y me despedí. Me permito agregar que, empecé mi proceso con ella poco antes de comenzar a trabajar y, de manera consciente, le

oculté mi empleo, más que por pena, lo hacía por temor a que ella empezara a exigir el precio completo, donde se iría gran parte de mis ganancias.

Uso este ejemplo porque, a pesar de no estar relacionado con el trabajo del hogar, ilustra un poco sobre la presencia de los imaginarios sociales y cómo influyen en nuestro relacionarnos. También, da cuenta de que no somos receptores pasivos de los imaginarios sociales: me aterraba asumirme como trabajadora del hogar por los estereotipos existentes, pero, cuando el estereotipo de México como país pobre representó un beneficio para mí, no dudé en fingir aceptarlo.

El propósito de este tercer capítulo es indagar a profundidad en las experiencias de las mujeres de mi familia como trabajadoras del hogar, y conectar éstas con los imaginarios sociales que tienen sobre quienes ejercen hoy en día como tales. Al conocer sus experiencias, nos pueden dar pistas sobre sus prácticas de ocultamiento, y reflejar su valoración del trabajo del hogar.

3.1 Alteridades

En el primer capítulo hablé sobre los imaginarios sociales que existen sobre las trabajadoras del hogar. Retomo la discusión aquí para discutir por qué, específicamente, mis familiares y yo éramos *ideales* para tomar este empleo. Históricamente, las mujeres migrantes de origen rural han sido la mayoría de las trabajadoras del hogar mientras en tiempos actuales se ve la inclusión de mujeres de la ciudad. A pesar de que mi familia no era migrante, ni vivía en una zona rural, sí pertenecían a la clase trabajadora, elemento que constituye uno de los imaginarios existentes sobre las trabajadoras del hogar.

Como mi abuela pasaba la mayoría del tiempo en su casa con sus hijas, y los ingresos familiares sólo alcanzaban para cubrir sus necesidades básicas, no empleaban a otras personas para realizar sus deberes domésticos, además de que contaban con el entrenamiento para emplearse en otros hogares. De igual modo, deseaban seguir estudiando, así que estaban dispuestas a aceptar el salario que les fuera ofrecido con tal que cubriera esta necesidad.

En mi caso, mi experiencia está asociada con la división internacional del trabajo reproductivo. Salazar-Parreñas (2015) combina el análisis de la colonialidad del trabajo y de la labor reproductiva. De acuerdo con la autora, la inserción de las mujeres del Norte Global al mercado laboral formal ha implicado la inserción de las mujeres del Sur Global al mercado laboral informal. Como ahora deben de cumplir una jornada laboral, las mujeres del Norte Global necesitan a alguien que realice su trabajo reproductivo por ellas (2015). Alejándose de diferentes tipos de precariedad económica o violencia de género, las mujeres del Sur Global migran y, como hay una sistemática devaluación de su trasfondo educacional dentro de la Unión Europea u otras regiones, uno de los pocos empleos viables es el de ser empleada doméstica (Gutiérrez-Rodríguez 2007, 74). Agregando a esto, la mayoría de las veces estas mujeres migran solas, dejando a sus hijos (en caso de ser madres) en su país de origen. Esto implica que ellas también deben de buscar a alguien para que realice su labor reproductiva, muchas veces mujeres en situaciones aún más precarias, que en ocasiones ni siquiera reciben por el trabajo que realizan por ser ellas mimas familiares de la migrante.

Si bien, la inserción de las mujeres al mercado laboral usualmente es ilustrado bajo una luz positiva, me parece necesario observar lo que esto ha provocado, de acuerdo a los argumentos de Gutiérrez-Rodríguez y Parreñas esto ha acentuado más los roles de género en

mujeres del Sur Global. Mientras que una mujer se libera del rol tradicional, este es delegado a otra mujer.

3.2 Liliana: “No me gustaba, pero, no había de otra”

Mi tía Liliana fue la primera de mis tías en trabajar en casa. Empezó a la edad de 12 años, cuando aún estaba en la primaria y recién se había mudado a la colonia de Zaragoza. Sus primeras dos empleadoras vivían en la colonia, a pocas calles de su casa. Empezó trabajando dos días a la semana, cuidando a los hijos de las señoras que la habían buscado. Cuando le pregunté cómo consiguió el empleo contestó lo siguiente:

Eran conocidas porque eran de la misma calle, ahí de nuestra casa. Y pues nos veían porque debíamos pasar para ir a la escuela [...] Ellas fueron a decirle a mi mamá - ¿puede prestar a su hija? -.

La primera en contratarla fue la Sra. Tamara. Mi tía dice que era una señora muy sociable entonces, conocida entre los vecinos, quien llegó a ser muy amiga de la suegra de mi tía. La Sra. Tamara decidió emplearla para cuidar a sus tres hijos, cuando salía de su casa para visitar a su madre, quien vivía en el centro histórico de Puebla. Como no quería llevarse a sus tres hijos en el camión, le pedía a mi tía Jazmín que los cuidara. Mi tía se acordó muy bien de los nombres de los niños, y cuando le recalqué esto, me dijo que sí, y que aún les tiene cariño. En el momento en el que los cuidaba, el niño más grande tenía cinco años, la siguiente tres o cuatro, y el más pequeño tenía un año.

Cuando mostré mi impresión sobre el hecho de que a su corta edad estuviera encargada de cuidar niños, ella reconoció que “en ese entonces era normal”. Además, como su casa quedaba tan cerca, si algún día llegaba a necesitar algo, podía pedirle ayuda a su

mamá. Haciendo otro comentario sobre su edad, mencionó que eso la ayudaba a que su trabajo de cuidar niños no fuera tan pesado, porque se ponía a jugar con ellos, no se cansaba fácilmente y siempre le han gustado los niños.

Con Tamara trabajaba dos días a la semana. Se iba a su casa tan pronto regresaba de la primaria. Se cambiaba de ropa y se iba a su casa a comer, Tamara insistía que comiera en su casa y mi tía lo disfrutaba porque se comían cosas diferentes que en su casa. El esposo de Tamara era cocinero, entonces probó comida que en su casa no era posible costear.

Luego me servía mi comida y pues comía bien la señora y luego hacía yo una torta y la ponía a un lado, y ella me decía - ¿no te la vas a comer?- y le decía yo -no, se la voy a llevar a mi mamá-. Y ella me decía -no, cométela, ahorita te sirvo más-. Y yo decía -no, es que ya la hice-. Entonces ella me servía otro pedazo de carne. Fue conmigo muy buena gente.

El trato era cuidar a sus hijos y lavar los trastes, a cambio le pagaba seis pesos. Mi tía dice que era una señora muy desordenada, entonces, como estaba en su casa alrededor de cinco horas, aprovechaba para ordenar y limpiar su casa. Les pedía a los niños que la ayudaran, levantando sus juguetes y tendiendo las camas. La señora Tamara notaba esto, por lo cual le daba dos pesos de propina. A mi tía la hacía muy feliz esto, pues como iba dos veces a la semana, obtenía 16 pesos.

Además de laborar con la Sra. Tamara, también trabajaba con la Sra. Cyntia, quien también era una vecina, e igual que la Sra. Tamara le pagaba por cuidar a sus tres hijos. Cyntia era cajera en un centro comercial, y le pagaba seis pesos a mi tía. Los primeros días que mi tía acudió a su casa, aparte de cuidar a sus hijos, limpió y ordenó su casa. Continúo así varios días, pero como la Sra. Cyntia no le daba propina por esto, lo dejó de hacer y sólo se dedicó a cuidar a los niños. Mi tía piensa que, porque era cajera, no tenía más dinero para darle.

Respecto a su paga, mi tía considera que los 22 pesos que ganaba eran una retribución justa “Serían como 50, 60 pesos hoy, *para alguien que no tiene nada*, pues para mí era justo, ese era el trato. Eran buenas personas, nos....a mí me trataron muy bien”. Mientras discutíamos sobre su paga, me comentó que la mitad del dinero que ganaba se lo daba a su madre por decisión propia. El resto del dinero, lo guardaba, y también, lo utilizaba para comprarse golosinas.

Mi tía trabajó con esas dos señoras hasta terminar la primaria. Una vez que terminó, como no tenía dinero para seguir con la secundaria, intentó conseguir un trabajo en una zapatería. La hermana de la Sra. Cyntia trabajaba en una y la llevó para que se presentara, no obstante, la edad mínima para trabajar ahí era de 16 años, y Liliana tenía 14. Debido a esto, su abuela materna le consiguió un trabajo de tiempo completo en una casa en La Paz.

Lo conseguí a través de Elena, pero en sí fue mi abuela, fue quien hizo el trato. La señora fue a hablar con mi abuela y me fue a recoger en su coche [...] era trabajo de planta, bueno, de todos los días, de todos los días de *servienta* en La Paz.

La dinámica laboral cambió mucho comparada con la de las señoras de su colonia. Mientras que con las de su colonia se percibía una relación de ayuda mutua Durin (2017), donde la presencia de mi tía era necesaria para que sus empleadoras pudieran realizar deberes que exigían que salieran de la casa, con la Sra. de La Paz el emplear a alguien era más bien un estilo de vida. A Liliana le costó un poco de trabajo recordar el nombre de la señora, sólo podía pensar en el apellido. Ahora bien, en la casa de la familia Torres, mi tía laboraba de lunes a sábado, de 8 am a 5 pm. Ella era la única responsable de la limpieza ya que no había otros trabajadores del hogar en la casa.

La Paz configuraron un conjunto *high class*, consolidado en las décadas de 1950 y 60. Perdió su potencial en los setentas y ochentas pero se recuperó en los noventas (2002, 125)

Entonces, mi tía recuerda que la Sra. Torres le tuvo que enseñar cómo usar los electrodomésticos y cómo limpiar y cuidar ciertas cosas a las que Liliana no estaba acostumbrada, por ejemplo, no conocía las sábanas de cajón antes de llegar a esta casa. No obstante, mi tía dice que ella no admitía no saber hacer las cosas, en su lugar, decía que “era diferente allá (en las otras casas que había laborado)”. Liliana calcula que el primer mes que estuvo en esa casa, la Sra. Torres le enseñó cómo hacer las cosas. A partir de esto ella comenta:

Ella me dijo las cosas desde un principio. Me preguntó si sabía hacer las cosas, le dije que sí, me dijo -a ver, hazlo-. En mi casa no usábamos sábanas de cajón, tampoco las otras señoras, aquí fue la primera vez que vi las sábanas de cajón. Había cosas que no sabía hacer, pero aun así decía que sí sabía (ríe). También, ahí vi que los colchones usaban protectores [...] No era tan exigente la señora...no era exigente. Ella me corrigió lo de las sábanas.

Liliana menciona que estuvo “a prueba” ese primer mes porque al esposo de la señora no le gustaba que “entrara gente a su casa”. De hecho, no quería que se contratara a alguien para hacer estas labores, pero la señora decía que, si no se contrataba a alguien, sólo era trabajo para ella. Aquí está presente el cómo el empleo doméstico refuerza el orden heteronormativo:

Su esposo era muy celoso de su intimidad, no le gustaba que cualquier persona entrara. Entonces, estuve de prueba. Si yo hacía algo mal, ella me ayudaba, para que el señor me aceptara. Cuando ya me empezó a conocer, como que me agarró afecto.

Continuando con la experiencia de Liliana, recalcó que, como ya tenía un trabajo de tiempo completo de lunes a sábado, su participación en los quehaceres de su hogar disminuyó, pues cuando ella llegaba a su casa, los demás miembros de su familia ya los habían realizado. En general, mi tía Liliana recuerda su empleo en la casa de La Paz con cariño, cuando le pregunté qué tareas no le gustaban solo mencionó la estufa y la limpieza de las persianas:

Lavar la estufa. No me gustaba, hasta la fecha no me gusta (ríe), pero sí la lavo. Pero allá, pues era obligación, lavar las persianas, porque eran angostas y era desmontar todo, no lo hacía seguido.

Por el otro lado, tiene muchos recuerdos de lo que sí le gustaba:

[...] el sábado y domingo el señor guisaba. Ahí comí la paella, la lasaña, hacía muchas cosas el señor, el sábado comía con ellos. El señor era una persona muy preparada. Me decía -Lilianita, ya son las 5, ya vete-, me decía que me fuera, aunque no hubiera levantado la cocina y que me fuera con cuidado. Comíamos en la cocina, todos juntos. Tenían un comedor, pero no lo usaban, nomás para las visitas. Entre semana, comíamos la señora, sus tres hijos y yo, los sábados comíamos en la cocina igual. Ahí eran pláticas, el señor ponía su música, la señora lo iba ayudando. Fueron muy buenas personas.

Escuchándola hablar sobre la familia Torres, me llamó la atención el hecho de que la hija mayor del matrimonio solo fuera un año más grande que mi tía, así que le pregunté como era su relación. A esto, ella sólo respondió que la trataba bien, le preguntaba sobre su vida, pero, en realidad no se veían mucho, pues si la hija no estaba en la escuela, mi tía estaba ocupada haciendo su trabajo. A partir de esta pregunta, mi tía me comentó que la Sra. Torres en algún momento le preguntó por qué no estudiaba, a lo cual ella respondió que su papá era obrero y no tenían el dinero suficiente. Continuando la conversación, la Sra. Torres le preguntó si no le gustaría seguir estudiando, a lo cual mi tía respondió que sí, pero que ya se le había pasado la edad y en ese entonces no existían los programas de escuela abierta.

En este empleo Liliana ganaba 100 pesos a la semana, lo cual significó su primera oportunidad para ahorrar. La mitad del dinero que ganaba se lo daba a mi abuela, aun cuando ella no se lo había pedido. El resto, además de ahorrarlo, lo usaba para sus pasajes y comprarse cosas que le gustaran, como ropa. Cuando le pregunté qué era lo que más le gustaba de su trabajo me respondió que la comida:

Era algo a lo que estaba acostumbrada en mi casa. En mi casa comíamos huevo, sardina, en esa casa era carne asada, *roast beef*, casi no había guisaditos. El arroz lo comían con plátanos fritos. Me decía que comiera. Sí me trataban muy bien. Yo comía lo mismo que la familia, no había platos separados, ni nada de eso.

También recuerda con mucho entusiasmo lo siguiente:

Cuando iba a cumplir los 15, me preguntaron si me iban a celebrar, les dije que no, me dijo- ¿no te van a hacer algo? -, le dije que no, que mi papá era obrero, que no teníamos dinero. Entonces ellos me regalaron un pastel de tres pisos, tres pisos, *como me acuerdo*, me lo llevaron a mi casa, nada más lo fueron a dejar. Sentí bonito, tenía 15 años. Mi familia estaba contenta, imagínate, era un pastel.

Liliana recuerda esto con cariño, y probablemente esa era la intención de sus empleadores; demostrarle que era apreciada. No obstante, también me hace pensar en los ejemplos de trato deferencial que Rollins menciona, en ocasiones, una manera en la que la familia empleadora demuestra su diferencia de clase es otorgando regalos que no pueden ser reciprocados por la trabajadora (1985, 194).

Ahora bien, como Liliana ya tenía un trabajo de tiempo completo en una sola casa, su hermana Jazmín la suplió en las casas de las señoras Tamara y Cyntia. Liliana trabajó un año y medio en la casa de la Sra. Torres. Le gustaba su trabajo, pero este se vio interrumpido cuando decidió casarse. Al preguntarle porque casarse implicó dejar de trabajar en esa casa, me explicó que ella pensaba que sus empleadores desaprobaban su decisión, y además, el matrimonio requería nuevas responsabilidades:

Nada más les di las gracias. No me dijeron nada porque fue por teléfono, me dio vergüenza decirles que me iba a casar, porque tenía 15 años, *me dio vergüenza*, entonces por teléfono nomás di las gracias y ya. Para esas personas (empleadores) *que no son como nosotros*, pues sí era algo insólito. Dejé de ir de un día para otro. Ya nunca supe sobre ellos, me daba vergüenza, porque me iban a regañar.

Liliana también fue la primera en casarse, y la más joven en hacerlo y convertirse en madre. El matrimonio significó un cambio muy grande en su vida, no sólo fue dejar la casa de sus padres. La dinámica familiar en casa de su suegra era muy diferente a la que estaba acostumbrada, y, muy importante, dejó de tener ingresos propios.

3.3 Jazmín: La educación como el único motor para la movilidad social

“Es algo que te forma, que te ayuda, y que, para mí, fue un medio, no fue mi fin. Fue un medio para que yo siguiera estudiando”

Cuando entrevisté a mi tía Jazmín, me dio la impresión de que ella desconocía mi experiencia en Dinamarca, pues dedicamos los primeros 40 minutos de la entrevista a hablar sobre esto. Yo asumía que lo sabía porque tal vez mi mamá o alguna de mis otras tías le había comentado, pero, me hizo tantas preguntas y demostró ciertas reacciones que concluí que ella no sabía. En general, ella se mostró contenta e interesada con mis relatos, sobre todo, mostró su valoración por el trabajo y empleo doméstico:

Qué bueno que lo experimentaste, es un trabajo muy valioso, como los demás, y para mandar, tú tienes que saber hacerlo (el aseo) [...] Fue muy digno de tu parte, hacer eso, yo creo que es una de las actividades que a lo mejor no se aprecia, pero le dan forma a tu vida. Y son importantes, son valiosas, vivir en una casa limpia y ordenada, habla mucho de ti.

Desde un inicio, mi tía me comentó que ella ve todas las profesiones como “servir”. No importa lo que hagas, siempre estás sirviendo a los demás “ya seas el presidente, profesor, lo que sea”. Esta idea permeó en su visión del trabajo del hogar.

Como ya lo he mencionado anteriormente, Jazmín tomó el lugar de Liliana en la casa de las Sras. Tamara y Cyntia. Jazmín empezó a trabajar cuando entró a la secundaria. Liliana y Jazmín recuerdan las cosas de manera distinta, lo cual me parece entendible pues son eventos que sucedieron hace 40 años. Sobre la Sra. Tamara, coinciden en que era una persona desordenada, pero según Jazmín, sólo eran dos niños en lugar de tres. Al igual que Liliana, piensa que su corta edad le facilitó la tarea del cuidado de los hijos porque a veces sólo era jugar con ellos. Le gustaba porque, como no había televisión, los podía entretener con diferentes actividades, la que más disfrutaba era hacerles dibujos para que colorearan.

Sus tareas en la casa de la Sra. Tamara consistían en cuidar a los niños y hacer el quehacer “de manera superficial”: lavar los trastes, quitar el polvo, sacudir, barrer y trapear. Solo iba una o dos veces a la semana. Lo que no le gustaba de la Sra. Tamara era que no lavaba los platos, dejaba que se acumularan hasta que llegara Jazmín. A veces ni siquiera guardaba los platos ya limpios, entonces Jazmín debía volverlos a lavar. Sobre todo, era muy asqueroso limpiar aquellos que ya tenían la comida echada a perder. Excluyendo eso, disfrutaba su trabajo con la Sra. Tamara, y a pesar de no recordar con exactitud cuánto le pagaban, consideraba que era una paga justa. Una vez mi abuela le pidió que aportara dinero a la casa, pero Jazmín se rehusó, argumentando que ese dinero ella lo necesitaba para la escuela, mi abuela no le insistió.

El trato era bueno, me trataban bien. Normal. No como si fuera su sirviente, a lo mejor no de la familia, pero, sí conocida, nunca me hicieron sentir mal, ni me humillaron, ni nada, yo me sentía bien. Estar en su casa era como estar en mi casa, me apuraba. Y

a la señora le gustaba como limpiaba el piso, me preguntaba cómo le hacía, yo le decía -échele jabón-, pero no era cierto, nada más le echaba mucha, mucha agua y lo secaba. Ese es un secreto [ríe]. Me sentía a gusto, me sentaba en la mesa, le servía de comer a los niños, comíamos lo mismo.

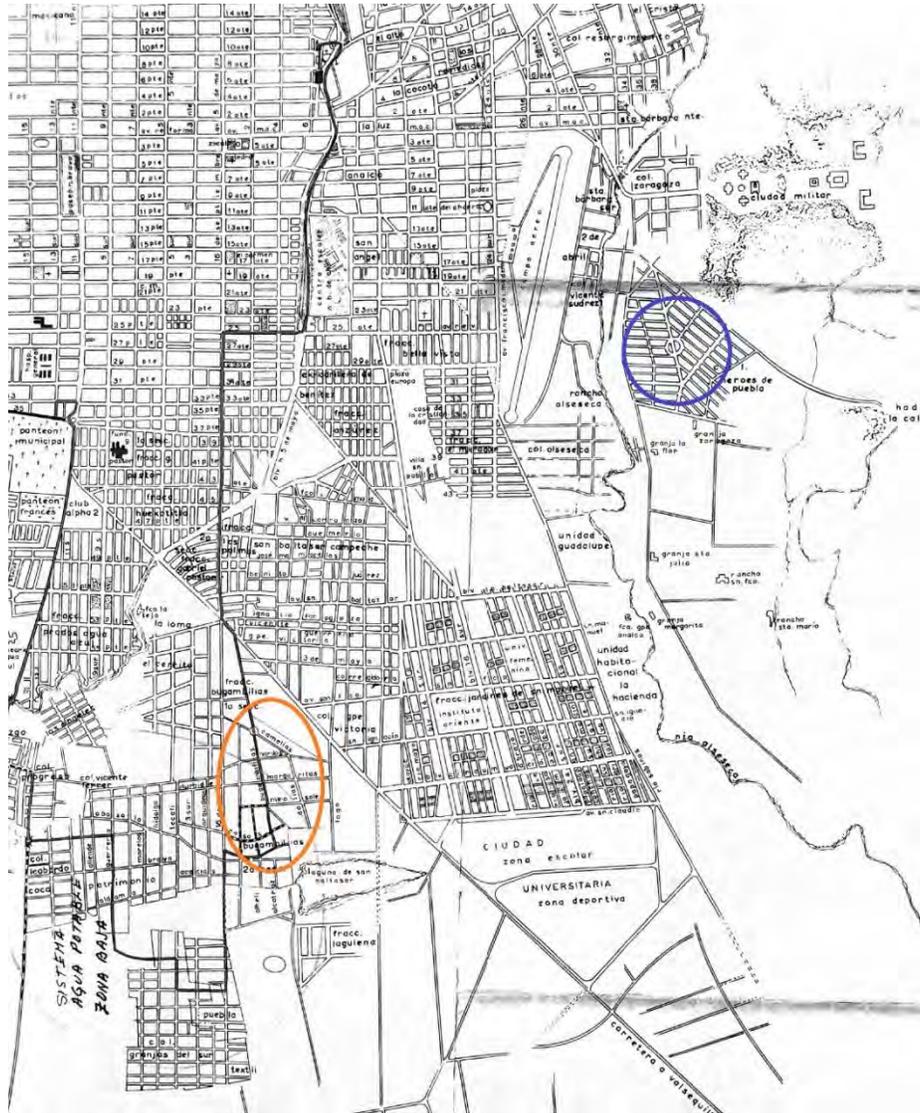
Al mismo tiempo que trabajaba con la Sra. Tamara, laboraba con la Sra. Cyntia. Ahí, igualmente, debía realizar el quehacer de manera superficial y cuidar a los niños. Jazmín recuerda que eran dos niñas y un niño. Como era una adolescente, no se sentía cansada cuidando a los niños, pero, mencionó que una vez una de las niñas se le cayó de la cama justo cuando iban llegando sus papás.

Además de trabajar con esas dos señoras, Jazmín acompañaba, ocasionalmente, a mi abuela a la casa de la tía Marcela, para apoyarla con ciertos quehaceres, como barrer, trapear, lavar los trastes y planchar la ropa, hacía esto mientras mi abuela lavaba. Mi tía Jazmín fue la primera en trabajar para la tía Marcela, quien fue una figura empleadora muy importante para mi madre, y en menor grado, para Margarita. Jazmín recuerda que tomaban transporte, y caminaban mucho para llegar a la casa de Marcela, quien vivía en la colonia Humboldt.

que llegara a necesitar para la escuela “El tío Enrique era policía del Astor, un centro comercial del centro. Entonces me decía -¿qué necesitas, hija?- Yo necesitaba un traje de baño, entonces me conseguía mis cosas, me dio uno bien bonito, negro con flores aquí, azules”.

Una vez que terminó la secundaria Jazmín decidió aplicar con una amiga a la Escuela Normal, pasó el examen y fue el inicio de su formación como profesora. De igual manera, dejó de ir a trabajar a las casas de las señoras Tamara y Cyntia, en su lugar, empezó a trabajar en casa de una dentista. “Ese empleo, creo que mi tía Elena, o mi tía Cristina, habían sido sus *sirvientas*, de la mamá de la señora, sí, me acuerdo de que mi tía Elena era la sirvienta de la mamá de doña Andrea. Entonces, ella fue la que le dijo”. Jazmín recuerda que iba una vez a la semana, los sábados, la colonia Buganvilias, donde vivía la dentista quedaba lejos de Héroes, entonces mi tía debía tomar dos transportes. Ella era la única trabajadora del hogar en esa casa, y al día de hoy no recuerda cuánto le pagaba.

Figura 5: mapa de la ciudad de Puebla en 1975



Fuente: Archivo General Municipal de Puebla. En naranja la colonia Bugambilias. En azul, Zaragoza.

Recuerda los deberes de los que era responsable:

Primero, llegaba y debía barrer la calle, después de barrer la calle, recogía la basura, y después barría yo su cochera, después de barrer la cochera ya me metía yo y empezaba por la cocina. Terminaba la cocina, me pasaba a las recámaras, después de las recámaras, sala y comedor y después regresaba yo a la cocina. Y ya comía, en la cocina, ellos en el comedor, y yo tenía que comer en la cocina. Recogía todo, volvía a ordenar la cocina, y ya me regresaba yo. Tenía que tomar dos transportes, entonces sí estaba lejos. No sé cuantos meses fue, pero sí me convenía.

Si bien, el empleo doméstico implica una asimetría entre dos mujeres, aquí es el primer ejemplo explícito de un trato discriminatorio hacia mis tías. El comer en espacios separados es una muestra del deseo de separación. Aun así, cuando le pregunté a mi tía Jazmín qué era lo que menos le agradaba de su empleo, ella no mencionó esto. En su lugar, dijo que el no saber hacer las cosas pero tener que hacerlas, y el ser evaluada cuando aprendía a hacerlas. De ahí en fuera, mi tía considera que su experiencia fue positiva. Cuando le pregunté qué era lo que más disfrutaba, ella respondió lo siguiente:

Pues, que ibas a otro hogar, que convives con otra gente. Pero, así del quehacer, pues nunca me pesó. Ves que hay personas que, ay, no lavan los trastes, pero, para mí era normal. A lo mejor lavar el baño era lo que menos me gustaba. Pero, era un trabajo.

¿Qué te hacía sentir bien?

Pues, a lo mejor que me trataban bien, que me iban a pagar. La verdad nunca traté con personas feas, o groseras. Nadie me trató mal, me sentía cómoda. Nunca me sentí mal por hacer el aseo de una casa [...] trabajar en casa no es algo vergonzoso, es... a lo mejor, una actividad que no se reconoce, que la gente cree que porque eres sirvienta eres *mmm...* de la clase más baja, será humilde, pero, baja, no. Ser una persona de apoyo o sirvienta, te ayuda a ser mejor persona y tú aprendes a hacer tus cosas, eso es lo mejor. Es algo que te forma, que te ayuda, y que, para mí, fue un medio, no fue mi fin. Fue un medio para que yo siguiera estudiando, y yo nunca me sentí avergonzada, nunca me sentí humillada, nunca me sentí mal por haber sido sirvienta, hasta ahorita que me estás diciendo, pero, nunca lo había pensado.

A pesar de que mi tía se muestra positiva y orgullosa, más adelante discutimos sobre el ocultamiento, donde ella admitió que, en realidad, sólo pocas personas conocidas sabían. Pero eso es algo a tratar más adelante. Aquí, lo importante es señalar que, para ella, fue una experiencia positiva y crucial para continuar sus estudios. También, es importante notar el uso de la palabra sirvienta. Al igual que mi tía Liliana, no lo usa para referirse a su trabajo con las señoras Tamara y Cyntia, pero con Andrea, la dentista, quien tenía un mayor poder adquisitivo, sí se asume como *sirvienta*.

Al mismo tiempo de trabajar con la sra. Andrea, mi tía Jazmín trabajaba en un baño público. Aquí, además de apoyar con la limpieza del baño, atendía a ciertos clientes, bañándolos y limpiándolos. Ríe mucho contándome su experiencia, pues ahora ella piensa que eso implicaba mucha responsabilidad, y se siente afortunada de que nunca haya habido un accidente, como que un cliente se le cayera. Jazmín recuerda que este trabajo era muy pesado, ya que requería mucho esfuerzo físico, pero la paga era increíblemente satisfactoria para ella, pues además de recibir un salario base, los clientes le daban propinas. La hacía feliz salir con su monedero lleno.

A pesar de trabajar en el baño y en la casa de Andrea, Jazmín debía seguir participando en las labores domésticas de su hogar, debido a que no eran trabajos de todos los días, pero, reconoce que si llegaba ya de noche a su casa, alguien más ya se había encargado de sus deberes. Del mismo modo que mi tía Liliana, Jazmín dejó de trabajar en casas cuando se casó.

¿Cómo cambió tu vida después de casarte?

Mmm, pues lo que hacía yo en las casas ahora lo hacía yo en mi casa [ríe fuerte]. Estaba muy enamorada y teníamos una casita donde vivir, hacía yo mis cosas, mi quehacer en la casa, iba yo a la escuela, regresaba. Así le hice, creo que me casé a los 19, estaba yo muy chica. A los 20 creo que nació Julieta.

3.4 Magnolia: entre familia no es trabajo, es ayuda

En los primeros minutos de nuestra entrevista, mi mamá dijo que ella no consideraba que había trabajado en casa, pues sólo había estado en la casa de la dentista por tres meses antes de irse a la ferretería, así que sentía que no tenía mucho que compartir. No obstante, conforme fue avanzando la entrevista, sí reconoció su trabajo, incluso, en cierto momento, se asumió

como *servienta*. Si bien, ella fue la que menos empleadores tuvo y menos tiempo trabajó en casas, su caso es interesante, fue la única que trabajó bajo la modalidad de planta por un año. Aquí cabe señalar, que mi mamá no reconoce ese período como trabajo, más bien, era su familia apoyándola para concluir sus estudios.

Estuvo viviendo un año con la tía Marcela, hermana de su abuelo materno. La razón por la cual mi mamá vivió con su tía un año fue porque al terminar la secundaria, su padre le dijo que no tenía el dinero suficiente para que continuara con sus estudios, no obstante, mi abuela, entre sus ventas de productos y lavado de ropa, consiguió solventarle los primeros dos años. Sin embargo, cuando era momento de que empezara el tercero, ya no tenía dinero suficiente:

Dijo mi mamá ‘no te preocupes, yo voy a lavar ropa para que termines’. Pues yo creo que ella veía, decía ‘no pues mis hijas son listas, ¿no?, pues que sigan’. Porque si fuéramos unas huevonas y burras, pues ya...de ahí ya fuimos a hablar con mi tía Marcela, mi mamá le dijo que ya no iba yo estudiar, entonces Denisse me dijo que ella me podía pagar el año, en una secundaria de paga.

Al igual que Jazmín, durante sus dos primeros años de secundaria, mi mamá acompañaba a mi abuela a la casa de su tía Marcela para apoyarle con el lavado de ropa y quehacer. Sólo vivió con ellos durante su último año de secundaria.

En el último año de secundaria, fue Denisse la que propuso eso. Sólo un año con ellos. Denisse era joven, como 22-25, y yo tenía como 15 años. Me pagaba la secundaria, y mira, *nunca le agradecí*. Hacía el quehacer, el cuarto bien bonito, su ropa, la lavaba. No hacía todo yo, porque José (hermano de Denisse) me ayudaba, pero no quería que lo mandaran a nada, quería que todo lo hiciera yo. Es que también vivía mi abuelo ahí, y luego llegó otro primo, como que era el albergue ahí.

En la casa de la tía Marcela, mi mamá, a pesar de realizar tareas domésticas a cambio del pago de sus estudios y manutención, no lo considera como un trabajo:

Con mi tía Marcela no fue un trabajo. No, no fue trabajo, porque yo llegué a vivir con ellos, pero, sí era hacer, digamos, José y yo éramos *los gatos*, como decía él, estaba enojado. A él le tocaba barrer y a mi trapear, así. Yo lavaba la ropa de Denisse, y me gustaba porque era ropa bonita, me gustaba verla [...] Tenía hartos esmaltes, tenía sus alhajas, sus relojes, creo que una vez le robé un anillo. Sí, pues nunca tuve, y creo que Jazmín un día lo encontró, fue muy feo.

José era una persona neurodivergente, y debido a esto no acudía a la escuela, mi familia desconoce en qué grado académico desertó. Empero, mi mamá recuerda que entre ella y él se dividían las tareas domésticas. Resulta interesante notar que, esta división de tareas correspondía a su género: “Era ayudar al quehacer, lavar los trastes, la estufa, barrer, trapear. Él no lavaba la estufa, ni hacía la cocina, porque eran cosas de mujeres. Pero, entre los dos nos dividíamos [...] Yo lavaba la ropa de Denisse, y me gustaba porque era ropa bonita, me gustaba verla. Nos llevábamos bien”.

Mi madre tiene buenos recuerdos de esta época, los recuerda con cariño, y a pesar de que no le ha agradecido verbalmente a Denisse, reconoce la importancia que este año tuvo en su vida. Ella piensa que lo recuerda con tanto cariño porque sí la hacían sentir parte de la familia, no recibía trato diferencial ni era excluida de lugares o actividades. Le gustaba pasar el tiempo con la tía Marcela porque la hacía sentir especial:

Me trataban igual que a todo, me regalaba Denisse sus pantalones. Los fines de semana nos íbamos a Atlixco, estaba yo soñada, tenían un camastro. Me gustaban los árboles, sacudían su ropero, y ya salía con mis bolsas de cosas. Fue bonito. Yo creo que veía a mi familia en fin de semana, pero no recuerdo mucho eso, recuerdo más irnos a Atlixco, *era irse en el coche*, la casa de descanso, *yo soñada*. Luego llegaba otra sobrina, que era celosa, y decía “ay tita” y la abrazaba, luego me acuerdo que nos íbamos a la cama de Denisse, y decía “yo me voy a dormir con Denisse”[...] Me bañaba con el champú de Denisse, y sus jabones, me sentía soñada. Luego llegó la esposa de otro primo, y ella también quería usar los champús, pero ella no, *yo sí*. Hasta me sentaba mi tía con ella, me enseñó a tejer. También la acompañaba al mercado y me compraba mis guayabas, porque ella sabía que me gustaban rosas [...]

Escuchando uno de sus recuerdos noté que la experiencia con la tía Marcela no solo fue formativa en el sentido de aprender “lo que es trabajar”, también sirvió para que mi mamá aprendiera cómo llevar el mando de una casa, y también, cómo tratar con una trabajadora del hogar: “Me encantaba hacer espuma cuando lavaba la ropa, llegaba la hermana de mi tía Marcela y me quitaba el jabón, me decía que me alcanzaba para todo. Mi tía Cuca *nunca me quitó el jabón, yo sí lo haría, yo sí se los quitaría*”.

A pesar de disfrutar su estadía con ellos, las diferencias económicas entre su familia y la de la tía Marcela la entristecían:

Eso fue muy bonito, pero yo en la noche sí lloraba, cuando llegaba el tío Enrique y decía - ¡vamos a ver el box! - Y decía la tía -sí, vamos a hacer unos sándwiches, para cenar-. Y veía yo el jamón, del largo, del bueno, la mayonesa, y lloraba yo, decía ‘es que en mi casa no tienen esto’. Lloraba porque no tenían ellos, y yo iba a comer ahí. Lloraba mucho de que veía que tenían jamón, pan bimbo, queso, refrescos. Era otra vida, y me daba tristeza ver lo que había ahí y en mi casa no. Luego hasta hacía tortas y me las llevaba (ríe).

¿Y alguna vez les contaste eso?

No, nunca.

Estos recuentos sobre la tristeza que le causaban las diferencias económicas llevaron a otros, los cuales parecieron un poco dolorosos de recordar para mi madre: “un día hice algo que no, me llevé un espejo de Denisse a la escuela y se me rompió. Ya no me acuerdo qué pasó, yo creo que lo escondí. Tu nunca lo hagas. Nunca robes”.

Una vez que terminó el último año de secundaria mi madre dejó de vivir con ellos. Tiene muy presente que hasta el día de hoy no le ha agradecido a Denisse por su ayuda. Yo recuerdo que cuando era niña, antes de cumplir los 11 años, de pronto íbamos a la casa de Atlixco de la tía Marcela. No recuerdo mucho, y de hecho, pensaba que era familiar de mi

padre. Incluso en estos días, cuando pasamos por Atlixco, mi mamá señala la casa. La última vez que pasamos me dijo que había soñado con Denisse, y en su sueño, le agradecía por todo.

Continuando con la experiencia de mi madre, cuando finalizó la secundaria, su madre le preguntó que qué quería hacer después. Entre sus opciones se encontraba estudiar enfermería o cursar la prepa regular. Como a ella le gustaba mucho jugar a la enfermera cuando era niña, deseaba cursar la carrera técnica. No obstante, cuando llegó el momento de decidir, mi abuela le dijo que, si quería estudiar enfermería, debía ser muy fuerte, le decía “no te vas a poner a llorar con los accidentados, con los enfermos”. Al reflexionar esto, Magnolia prefirió inscribirse a la preparatoria regular.

Ahí, tomó el lugar de Jazmín en la casa de la dentista, Andrea. Lo primero que mencionó fue esto: “Mis tías siempre trabajaron en casa, ellas me recomendaron con la Andrea, mi tía Elena y de ahí, creo que iba yo un día, o algo así. Una vez quebré un plato y me lo cobraron.” Piensa que sólo estuvo tres meses con Andrea, después una sobrina de mi abuela la recomendó en una ferretería, el cual terminaría siendo su empleo hasta su cuarto semestre de la universidad.

Con Andrea la dinámica era diferente, no eran familiares, y ahí, Magnolia reconoce su trabajo como *servienta*. Al igual que Jazmín, sólo iba una vez a la semana, y ahí sí recibía una remuneración económica directa. En la casa de Andrea, mi mamá era responsable de lavar los pañales del hijo de Andrea, barrer la calle, y hacer el quehacer de interiores, el cual incluía lavar los trastes, limpiar la cocina, sacudir, barrer y trapear. Cuando le pregunté qué era lo que más se acordaba, respondió lo siguiente:

Que hacía un guisado bien rico en la olla exprés, que rompí un plato y me lo cobraron, que vivía muy lejos, era una buena persona, también que yo debía comer en la cocina.

Comíamos lo mismo, pero piezas diferentes. Me acuerdo de las hojaldras. Fue muy poco tiempo. Me acuerdo del niño, estaba precioso, pero yo decía está loca, porque le daba comer su huevo, lo vomitaba, y le decía “pues, te lo vas a comer” y se lo daba.

Este último recuerdo mi mamá lo había compartido varias veces con nosotros, sus hijos. También, cuando apenas empezaba a hablar con mi mamá sobre mi reluctancia a comentar mi experiencia como trabajadora del hogar, ella me comentó un poco más sobre su tiempo con Andrea. Con cierto resentimiento, me platicó que una vez le pidió una calculadora prestada, mi mamá la necesitaba para una de sus clases. En un inicio, Andrea accedió a prestársela, pero al final cambió de opinión y mi mamá se quedó sin calculadora. Ante esto, ella me dijo “yo creo que por eso yo soy así, porque nunca nadie hizo nada por mí”.

Este comentario surgió por las constantes pláticas que estábamos teniendo sobre los derechos laborales de las trabajadoras del hogar. Ella se considera una buena empleadora, y basándose en sus malas experiencias, no entiende porqué debería cambiar sus relaciones o formas de emplear a mujeres; ella nunca las ha hecho pasar por momentos como los del plato roto o la calculadora, que podrán parecer pequeños, pero para ese momento en la vida de mi madre, fueron muy importantes. Creo que regresa a la idea de las relaciones de clase antagónicas, ¿por qué si Andrea lo tenía, no quería compartir? Si mi madre se mostraba como una buena trabajadora. Considero esto como un ejercicio de poder por parte de Andrea, donde le recordó a mi madre que en ese entonces no tenía más que su fuerza de trabajo.

Cuando Magnolia habla sobre su trabajo en la ferretería, lo hace con orgullo, era un trabajo que disfrutaba y donde aprendió mucho. Sin embargo, había ciertos aspectos del trabajo que le causaban vergüenza. Una de las principales razones era porque la ferretería se encontraba debajo de un hotel conocido por servir de base para trabajadoras sexuales, así que

mi madre temía ser asociada con este trabajo. Otro aspecto que le causaba pena era tener que abrir la ferretería, debía levantar la cortina de metal y como no se la aguantaba le debía pedir ayuda a los albañiles que se encontraran trabajando cerca. Otro aspecto que le causaba pena era cuando la mandaban a recoger material con un diablito, uno de los motivos que ella encuentra para explicar su pena, es que el diablito era difícil de manejar, y con el material se volvía aún más difícil.

Otro aspecto importante de explorar es la relación de Magnolia con la hija del dueño de la ferretería. De acuerdo con mi madre la hija era “pues, uy...era *la señorita*, que estudiaba en la UDLA”. Al igual que con su tía Marcela, mi madre sentía que vivían en mundos distintos, y esto causaba cierta incomodidad. De vez en cuando, la hija visitaba la ferretería, ahí se dedicaba a hacer su tarea, pero mi mamá piensa que la hija sólo estaba ahí “para echarles un ojo”. Su presencia implicaba vigilancia. Aun así, Magnolia disfrutaba su trabajo, hasta que la corrieron por llegar tarde. A pesar de correrla, el dueño de la ferretería la recomendó a un despacho de contadores.

Retomando su experiencia como trabajadora del hogar, mi madre menciona que lo que más le gustaba era recibir su paga. Lo disfrutaba porque le daba un sentido de autonomía, ya que no estaba obligada a aportar a los gastos de su casa, al contrario, ella decidía en qué invertir su dinero, y en ocasiones ayudaba a su madre a comprar muebles y accesorios para su casa. Sobre la importancia que tuvo trabajar en casa para ella:

Con Andrea no fue importante, pero con mi tía sí. Porque ella fue muy linda, y la quise mucho. Y ella trataba de enseñarme a tejer, aprendí con agujas. En la cocina sí estaba yo con ella, y era bien linda. Eso sí fue muy importante en mi vida, me hizo sentir parte de ellos y que me querían. Íbamos para todo juntas, ella tenía como, 55, tal vez más joven. Fue algo importante porque me enseñó a tejer. No me ponía a guisar, pero, sí me enseñaba. Nos la pasábamos bien. Nos sentábamos a ver la tele y tejer, me acuerdo mucho de eso. Ella era ama de casa.

Esa pregunta nos llevó a hablar sobre el matrimonio de mi madre, ya que ella también es ama de casa en la actualidad. Mi mamá se casó a los 25, poco antes de cumplir 26. Mi mamá continuó trabajando como contadora hasta que mi hermano mayor cumplió tres años y estaba embarazada de mi hermana, desde ese entonces se dedicó a ser ama de casa. “Yo me casé enamorada, ilusionada, no me interesaba nada. Primero vivimos en un departamento, en la libertad. No me interesaba si tenía algo tu papá. No piensas en nada.”

La movilidad social ascendente también se ve reflejada en el matrimonio de mi madre, el cual fue cambiando conforme el tiempo y los ingresos de mi padre. Después de escucharla hablar de su vida de soltera y los inicios de su matrimonio, noto una añoranza por la autonomía económica de esos tiempos: “En el momento en el que empecé a tener mi dinero, pues me empecé a comprar mis cosas. Incluso cuando nació Miguel y yo trabajaba, yo le compraba lo que yo quería y no le pedía gasto a tu papá. Tenía mi coche, y eso es lo que me duele, que dejé todo [llora]”.

3.5 Margarita: Tratos discriminatorios durante el ejercicio laboral

En el capítulo anterior mencioné cómo no fue necesario que mi abuelo le dijera a Margarita que no tenían dinero para que ella continuara con sus estudios, ella, observando sus alrededores, dedujo que era necesario trabajar para seguir en la escuela. A pesar de saber esto, ella no tomó la decisión de dónde trabajar “nada más me mandaban y yo iba”. Siendo este el caso, Margarita comenzó a trabajar en una casa ajena en el verano antes de iniciar 6° de primaria: “Mi tía paterna me consiguió con una señora que se llama Marisol. Ya me consiguió, pero estaba bien chiquita, fui de *sirvienta*”

A diferencia de sus hermanas mayores, su primer acercamiento con el trabajo del hogar resultó desagradable. La hermana de su padre le consiguió un empleo con Marisol, en una casona del barrio de Santiago, el negocio de la familia eran unas panaderías. La familia empleadora conocía a la abuela paterna de mi tía, y por eso aceptaron emplearla por un período corto. Si bien, el esposo de Marisol mostraba aprecio por la familia paterna de mi tía, diciendo que su abuela le había enseñado a Marisol “todo lo que sabía”, Marisol se relacionaba con Margarita a través de un trato diferencial y paternalista. Mi tía cree que el mal trato se debía a la afección que su esposo mostraba por su abuela paterna:

El esposo de la señora conoció a mi abuela paterna, y ese señor cuando fui a trabajar, le dijo a Marisol “quiero que trates bien a Margarita, porque ella es la nieta de Virginia, y Virginia es la mujer que te enseñó todo lo que tú sabes hoy”. Y me dijo el señor – quiero que te trate bien esta mujer, y si no te trata bien, me dices, para que la regañe. Porque tu abuela le enseñó a ella todo lo que sabe - decía -tu abuela era una mujer hermosa, era una mujer rubia, de ojos azules. *No como estas mujeres que ahora se pintan* - dijo mirando a su esposa. Entonces yo creo que Marisol no me quería, y el señor le dijo – Quiero que la pongas a hacer cosas de acuerdo a su tamaño, y a su edad, porque es una niña-.

Y una vez, ponían sus frijoles en unas ollas largas, ahí ponían los frijoles. Y una vez llegó el señor y yo estaba lavando la olla, pero no me alcanzaba la mano, y que me ve el señor y regañó a su esposa, le dijo – te lo dije, que la tenías que tratar bien. Tú lava la olla porque tú estás grandota. Déjalo, que ella lo haga -. Entonces yo creo que de ahí la señora la agarró conmigo.

En esa casa mi tía no era la única trabajadora del hogar. Había dos trabajadoras de planta, una que se encargaba de la planta de arriba y otra la de abajo, asimismo, había una lavandera que iba una vez a la semana a lavar y planchar. Como la familia paterna de mi tía era conocida, Margarita no estaba obligada a usar uniforme como el resto de las trabajadoras, aun así, el trabajo le resultaba pesado:

Era espantoso. Salía de la casa con mi papá a las 6 de la mañana y hacía mucho frío. Yo me iba con un suéter delgadito, no tenía con que taparme. Él me pasaba a dejar a una de las panaderías. De ahí el señor (esposo de Marisol) me llevaba en su camioneta a su casa, eran como 3 cuadras. Me llevaba y yo llegaba antes de las 7, todos estaban durmiendo, y yo tenía que llegar y lo primerito que hacía era, ponerme mi babero y hacer una jarra de jugo de naranja, grande, porque vivían como 10 gentes ahí, entonces había que hacerles a todos el jugo, con ese que apachurra. Ya después hacía el desayuno y desayunaban todos y ya empezábamos a hacer el quehacer. Su cocina era enorme, y todo así, de cristal, todo. Y tenían un perro, un San Bernardo, pero me daba terror, porque yo estaba chiquita y veía yo al perro, la pura cabeza se la veía enorme, ladraba y sentía que me iba a comer [...] Yo hacía lo de abajo, era una casa muy bonita, tenían una sala muy bonita, que nunca entraban, estaba alfombrada, con sus ventanales y sus cortinas de terciopelo, ay no, hermosa, sus mesas de centro, con sus lámparas y sus muñecos de porcelana, sus candelabros. Del otro lado tenían una sala de piel y un piano, nada más. Pasabas la habitación y era el antecomedor, y había una bardita que dividía el antecomedor de la cocina, y toda la cocina era de cristal [...] Entonces después de desayunar era recoger el antecomedor, imagínate, de 10 gentes. Se iban, y yo tenía que lavar *todos los días* los cristales, aunque lloviera [...] Ya después de ahí, entraba a una de las salas, y la tenía que hacer, pero pues que le hacía si ni la ocupaban, entonces me iba a la otra sala y la trapeaba, *a rodilla*. Limpiaba los muebles, y la señora me decía - ¿ya lo hiciste? - y le decía - ya -, entonces iba y me revisaba, le pasaba la mano y decía - mira, vuélvelo a hacer- -pero yo ya lo hice- -pero lo hiciste mal, vuélvelo a hacer- Y lo volvía a hacer. También había un bañito en la parte de abajo que debía de limpiar. Era lavar con Ajax, con cloro el piso, *a rodilla*. Después ayudábamos a cocinar, y cuando, primero ellos comían.

Aunque Margarita no estaba obligada a usar uniforme, había otras maneras en las que Marisol marcaba las diferencias:

[...] Llegaban sus hijas, las casadas con maridos e hijos a comer, eran como 25 gentes. Después de que ellos comían, nosotras comíamos, pero nosotras comíamos en la cocina, en una mesa de madera toda que ni te podías recargar porque se tambaleaba, y no nos daban de comer, ni en los mismos trastes; nosotras comíamos en unos platos todos rotos, viejos o de plástico, ni la misma comida de ellos. Aunque fuera comida de ayer, no la podíamos comer. Nosotras todos los días desayunábamos huevo, frijoles de la olla, leche, y pan de dulce. *Pero no creas*, el señor tenía una panadería y había una canasta, así de este tamaño, llena de pan, pero no podías escoger el pan que querías. Una vez yo dije ‘ay no, todos los días desayunar huevos y frijoles, guácala, no’. Y me dijo la señora - ¿no vas a desayunar? - y le dije -no- Y me preguntó por qué, y le dije -porque en esta casa no hay nada que comer-. Y se enojó mucho la

señora, y me gritó y me dijo que por qué decía eso, si ahí había una canasta llena de pan, huevos y frijoles, entonces yo le dije – sí, pero, todos los días comer lo mismo, yo no acostumbro a comer lo mismo. Y me dijo -bueno, entonces ¿qué quieres?, entonces le dije que se me antojaba un pan, y me dijo – pues agárralo -. Y yo bien contenta agarré un pastelito, y la señora me dijo – no, ese no lo agarres -. Y le dije - ¿por qué no?, si ese es el que me gusta- Y me respondió – es que ese es para las señoritas, agarra de los otros-. Podía agarrar un bísquet, una concha o una piedra, y que me da la piedra y me dice – comete este -. Y que lo agarro y que lo aviento, y le dije – ese a mí no me gusta y no voy a desayunar –

A la señora Marisol le enojaba que Margarita se rehusara a comer, porque para Margarita el no comer era una forma de resistir al trato discriminatorio que recibía. Esta situación se repitió cuando prepararon chiles en nogada, en esa ocasión, Marisol les permitió comer lo mismo que ellos, no obstante, les ofreció los chiles más pequeños y mal preparados. La señora insistía en que se comiera el chile, pero Margarita se fue de la casa argumentando que no le gustaban los chiles en nogada. Asimismo, había días en los que Margarita sí desayunaba pero no comía, cuando la señora Marisol le preguntaba por qué, ella le respondía que era porque en su casa no acostumbraban a comer huesos, en su casa solamente macizo, lo cual era mentira porque en su casa rara vez comían carne, huesos incluidos. A pesar de mostrarse desafiante con la señora, a mi tía le causaba tristeza la forma en la que la trataba:

No me dejaba ante las injusticias, pero sí me daba mucha tristeza que a mí me dieran de comer huesos y ellos lo bueno. Y el pan de dulce, no entendía porque eran así, tenían una panadería y me daban lo más feo. Si no me lo daban de corazón, no lo quería.

Margarita reconoce que sentía cierta protección por parte del señor de la casa, no obstante, sólo se sentía así cuando él estaba presente, no obstante, él rara vez se encontraba en la casa, así que la señora Marisol podía *mandarla* como deseara, sin recibir *regaños* por parte de su esposo:

Porque una vez, estaba lloviendo y yo dije ‘no pues está lloviendo, no los voy a lavar (los ventanales)’. Entonces estaba sentada y bajó la señora, una señora güera y grandotota y me dijo - ¿Qué haces ahí sentada? - y le dije - pues ya terminé mi quehacer -. Y me dijo - ¿y los vidrios? - y le dije - ¿cómo los voy a lavar, si está lloviendo? - y me dijo - ¿Y qué? tú desayunas, comes y cenas todos los días, aunque esté lloviendo, salte a lavarlos- Y yo así de ‘pero sí está lloviendo’, y así lloviendo salí a lavar los vidrios.

De igual modo, incluso cuando la señora Marisol decidía tener un trato más amigable con Margarita, lo utilizaba para marcar las diferencias entre ambas:

La señora era presumidita, porque después me dijo – ven, te voy a enseñar la casa -. Sí estaba muy bonita, y tenían un jacuzzi, ¡pero se bañaban en el cuarto de servicio! Y me dijo la señora - ¿no te gustaría tener una casa así? Y le dije – sí, pero la voy a usar, ¿de qué sirve que usted tenga jacuzzi, si no lo ocupa, siempre se van a bañar al baño de allá, que está bien feo? ¿Cuál es el chiste? El chiste es que salgo de mi cama y me meto al jacuzzi, salgo del jacuzzi y me visto. No que me pongo la bata y salgo al patio, y atravieso, y cuando llueve, ¿cuál es el chiste? No, yo si tengo sí lo voy a usar -. Era yo muy rezongona.

¿Y ella qué te respondía?

Me decía – Margarita, no rezongues -. Y yo le respondía – sí, ya lo sé. Ya sé que no lo tengo que hacer me guste o no me guste -.

Decidí preguntarle a mi tía si le comentaba a sus hermanas o padres sobre el trato que recibía, pero ella me respondió que no. Como todos, a excepción de su hermano menor trabajaban, sentía que no podía quejarse con ellos, incluso, recibía estos comentarios por parte de su padre:

Mi papá siempre me decía sí, *eres una gata*. Mientras no estudies vas a trabajar de gata, quieres dejar de ser *gata*, debes estudiar, porque el que paga, manda. Yo, yo creo que tal vez me hizo entender que debía estudiar, estudiar, esforzarme para ver los frutos. Y pues no me quejaba con mis hermanas de mi trabajo porque ellas también trabajaban. Recuerdo que sólo me mandaron a trabajar y ya.

Es óptimo mencionar que mi tía no recibió su paga hasta terminados los tres meses. Por trabajar seis días a la semana, de 7am a 5pm, mi tía recibió una paga de 1,500 pesos. Cuando le pregunté si eso le parecía justo, ella comentó que, en ese momento de su vida, sí “pues imagínate, de no tener un peso, a tener 1,500, guau, pues sí. Decía yo ‘vale la pena, vale la pena tener tu dinero, *aunque te sientas humillada*’”. Con el dinero ganado, Margarita se compró unos pants y zapatos para la escuela. Me comentó que antes de eso, siempre iba de shorts a la escuela, porque era lo único que tenía. Cuando era más pequeña, esto no le molestaba, y cuando sus compañeros le preguntaban si no tenía frío, ella respondía que no, que siempre tenía calor. No obstante, conforme se fue acercando a la adolescencia, le empezaba a dar pena, entonces comprar un pants era su prioridad “ahora sí, ya me daba frío”.

Le pregunté sobre su último día, para saber cómo se sentía sabiendo que ya no tendría que estar con la señora Marisol:

No me acuerdo del último día, yo creo que fui igual que todos. Conforme fui agarrando confianza, fui aprendiendo. Primero no agarraba nada, ya después, antes de hacer el jugo para todos, yo me tomaba un vaso, ya después ni me cabía la leche. Pero, sí, mi primer trabajo fue feo, porque había eso de ‘no me hables de tú, porque no somos iguales, tú eres la sirvienta y yo soy la patrona’.

Mi tía curso sexto de primaria y la secundaria sin necesidad de trabajar. No obstante, en la preparatoria, hubo un semestre que dejó de estudiar para ahorrar dinero y así poder continuar, en ese entonces Margarita tenía alrededor de 18 años. Durante ese semestre, trabajó con Carla, hija de Marisol. En un inicio, Carla le ofreció trabajo en una de sus panaderías. El trabajo consistía en atender la panadería, el cual mi tía disfrutaba, pues le daban de desayunar y comer ahí. En el desayuno, ella podía agarrar cualquier pieza de pan

que deseara, acompañado por el café que Carla le ofrecía. A la hora de la comida, Carla le llevaba los alimentos, que eran lo mismo que ella y su familia comían.

Durante el período vacacional de los hijos de Carla, mi tía tenía que atender la panadería sola. Después de comer, Carla regresaba y le pedía que fuera a su casa a cuidar de sus hijos. Margarita llegaba a limpiar el comedor y la cocina, pero, el resto del quehacer ya estaba realizado. Conforme fue avanzando el tiempo, Carla prefirió que mi tía dejara la panadería y sólo se dedicara a trabajar en su casa. Entonces, Margarita estaba encargada de cuidar a los niños, que eran tres, y hacer el quehacer mientras Carla atendía la panadería. No obstante, llegó un punto donde contrató a alguien más para que atendiera la panadería, entonces pasaba todo el día en su casa. Margarita disfrutaba este trabajo “ahí ya me gustaba ir porque no me discriminaban y me dejaban comer todo lo que yo quería”.

A diferencia de su madre, Carolina no vigilaba a mi tía cuando realizaba sus deberes. Como en casa de Marisol estaba obligada a trapear de rodillas, ella continuó haciéndolo en su nuevo empleo, no obstante, cuando Carla la vio, le dijo que parara, que no tenía que hacerlo así. Había escobas y jergas para hacerlo paradas. De la misma manera, cuando Margarita recién empezaba, lavaba las ventanas todos los días. Al percatarse, Carla le dijo que no hiciera eso, las ventanas sólo se debían lavar cuando estaban sucias. Otro aspecto que sorprendió a mi tía es que Carolina *le permitía* comer con ellos, en el comedor.

Margarita consideraba el trabajo como menos pesado, las técnicas de limpieza de Carla se diferenciaban mucho de las de su madre, siendo menos estrictas y más flexibles. De igual modo, como iba una lavandera los fines de semana, Margarita no debía planchar ni lavar, mucho menos limpiar el patio trasero, pues la lavandera se encargaba de esto. A pesar

de disfrutar el trabajo, Margarita menciona que sí existían tensiones, las cuales estaban relacionadas con la crianza de los hijos.

Una vez, me hice una torta con cajeta, y llegó la niña, Carlita, que tiene la edad de Coral, muy bonita, y *un cuerpazo*. Y me pidió que le diera, entonces le dí. Estaba bien contenta la niña comiendo su torta, cuando llegó su mamá, la vio y la empezó a regañar *horrible*, la hizo llorar. Le empezó a decir – sí, come, para que te pongas como una marrana, como una cerda -. Bien feo le gritó, creo que yo también empecé a llorar de tan feo que la regañó, y la niña agarró la torta y me dijo – tenla -. Y se fue corriendo. Pero pues yo ya tampoco quería. Tenía como 8 años la niña.

Y otra vez, salieron los dos señores, y yo me quedé con los niños. Y me dijo la señora - ¿te puedes ir más tarde? Es que no quiero que se queden solitos – Y le dije que sí, entonces estaban los tres en el cuarto de televisión, y de repente el chamaco se puso como loco y le empezó a pegar a las niñas, y las niñas empezaron a gritar, entonces yo corrí a la recámara, y el niño con sus botas puntiagudas las estaba pateando, y las niñas en sus piernitas tenían las marcas de las botas, les estaba pegando bien feo. Entonces yo nada más, agarro al chamaco y lo aviento, y ya nomás le grité a las niñas - ¡córranle! – y salí detrás de ellas y cierro la puerta, pero el chamaco que se estrella en la puerta. Le quedó la marca en la frente, como era rubio le quedó rojo, rojo. Y se puso a llorar, yo decía ‘dios mío’, y nos quedamos los dos en el cuarto. Ya después llegaron los señores y vieron al niño con su marca, y que dice el niño – ¡es que, nos pegó, me pegó! – pero las niñas me defendieron, les dijeron que él era el que les había pegado, dijeron – la güera cerró la puerta y él se pegó -. Yo pensé que me iban a correr, pero no, el señor se quitó el cinturón y le pegó al niño. Luego se volteó el señor y me dijo – y tú, nunca permitas que les peguen a mis hijas. Si este las vuelve a tocar, tu pégale -. Yo nomás sentía mi corazoncito latir.

Exceptuando esas ocasiones, mi tía afirma haber disfrutado el trabajo. Con el dinero ahorrado, continuó estudiando la preparatoria. Como el trato solo fue por un semestre, mi tía llegó a conocer a la otra trabajadora del hogar que Carla decidió emplear, esta vez, sería alguien en la modalidad de planta. Margarita se acuerda mucho de ella, pero lo hace con cierta tristeza. Era una mujer indígena, que recién había migrado a la ciudad, mi tía dice que aún no sabía hablar español, y que extrañaba mucho su hogar. Los hijos de Carla hacían la estadía de la nueva trabajadora más difícil, pues “eran muy groseros con ella”:

Ya cuando yo me iba, llegó otra muchacha, pero, las traían de pueblo. No hablaba el español. Era una muchacha jovencita igual, pero, vestida, vestida así de pueblo, sus trenzas hasta la cintura y de huaraches, y... olía muy feo. Y luego decía el niño - es que yo no quiero, yo quiero que esa india se vaya, yo quiero que se quede la güera conmigo - me abrazaba y me decía que no me fuera. Pero pues eran ciclos, me tenía que ir [...] Ella sufría mucho, se quería ir de regreso a su casa, lloraba mucho la muchacha, y los niños eran muy groseros con ella, *pero porque* olía muy feo, y su aspecto pues dices, era una indígena con su ropa típica, su cinturón, sus huaraches de cuero, *quien sabe de dónde las traen*. Y yo pensaba ‘bueno, yo por lo menos tengo la esperanza de algún día dejar de ser gata, pero, ella...’

¿Por qué dices eso?

Porque ni siquiera hablaba el idioma, y no sé quién, de un pueblo, la trajeron a trabajar, y no se regresaba a su casa nunca, ahí se quedaba a vivir. Imagínate, no le permitían bañarse ahí en el baño, ¿en dónde se iba a bañar?, ¿dónde se iba a dormir?

Pobrecita muchacha, si a mí, sus papás de Carla, como me hizo sentir, ora imagínate a esta muchacha, sí me daba mucha tristeza. Luego yo le decía - vamos a desayunar - y ella lloraba y me decía - casa -. Yo sentía bien feo, le decía, ten, te hice un café. Y a ella le escurrían sus lágrimas mientras se lo tomaba, yo sentía bien feo.

La anterior narración demuestra el orden colonial bajo el cual se rige el trabajo del hogar. Margarita, por tener un color de piel claro, tenía la oportunidad de ascender socialmente, sin embargo, la otra trabajadora, por ser indígena estaba destinada a vivir el resto de su vida en esta profesión. De acuerdo con Margarita, la otra trabajadora no tenía la oportunidad de encontrar otro empleo porque no hablaba español, no obstante, en su descripción de la otra mujer, describe el ser indígena como algo negativo. Aura Cumés dice al respecto:

El colonialismo se entiende como un hecho vigente en tanto es un principio que organiza la sociedad actual dándole una categoría de superioridad a las formas de vida y de pensamientos hispanos y occidentales frente a la inferiorización del mundo indígena y de las mujeres y los hombres indígenas como sujetos. Siendo así, las mujeres indígenas han sido construidas con una identidad de sirvientas; paralelamente los hombres indígenas son pensados como mozos (Esquit, 2010). La vida de las mujeres y los hombres indígenas ha sido intencionalmente destinada para la

servidumbre a partir de su involucramiento forzoso en la economía política colonial. Haciendo un paralelismo a la forma (29).

Le pregunté si ella también había trabajado con la tía Marcela. Margarita me dijo que sí, que, cuando mi mamá estaba viviendo con ellos, ella acompañaba a mi abuela a lavar la ropa de la familia. Le gustaba ir, porque a pesar de que el trabajo era pesado, Denisse le regalaba sus esmaltes y ropa que ya no usaba. Margarita recalcó que todas las cosas que les regalaban estaban en buen estado, así que eso la entusiasmaba. También, recuerda que hubo una semana donde trabajó en casa de la tía Marcela. Ella no sabe cómo era el trato, como la paga o el tiempo que iba a estar yendo, sólo se acuerda que dejó de ir porque le daba mucho miedo perderse en la ciudad después de salir de trabajar, entonces decidió no continuar trabajando.

Así pues, Margarita dice el único trabajo que no le gustó fue en la casa de la señora Marisol. Con Carla fue la última vez que Margarita trabajó en casas ajenas. Durante la preparatoria, Margarita contempló trabajar como obrera en chicles Adam's, no obstante, mi abuelo no le permitió abandonar sus estudios, aunque fuera de manera temporal. Mi tía planeaba trabajar por un semestre para ahorrar dinero, sin embargo, mi abuelo le decía que no. Él creía que con el dinero que ganara, Margarita preferiría abandonar sus estudios y ser obrera de por vida, él comentaba: “escoge, quieres ahorita sufrir y en cierto tiempo tener un título y ser alguien en la vida, o conformarte con 600 pesos que te deslumbren y ser una gata toda tu vida, porque un obrero es una gata”.

De nuevo, aquí se nota una actitud muy diferente por parte de mi abuelo comparándolo con sus hijas anteriores. Mientras que con las mayores mi abuela era quien

insistía que continuaran sus estudios, en el caso de Margarita, su padre era el que insistía en que no abandonara sus estudios.

3.6 Mayte: La división internacional del trabajo reproductivo

Constantemente me encuentro preguntándome a mí misma que, si se me dejara revivir un día, ¿cuál sería? Últimamente, mi respuesta ha sido un día en particular, tan ordinario que casi recae en lo aburrido. Es un día de primavera, me encuentro en la casa de una pareja sin hijos que me gusta mucho, tenía tres pisos y un jardín pequeño. Queda lejos de mi dormitorio, pero disfruto ir porque al lado hay una panadería. Estoy limpiando la cocina cuando de pronto empieza a nevar. Me sorprende. El día anterior disfrutamos de un buen clima. Me quedo un rato viendo la nieve caer, cuando me percató que, enfrente de la casa de un vecino ha llegado una patrulla y dos policías conversan con el dueño del auto estacionado ahí. Por alguna extraña razón me siento cautivada por esa escena, dentro de esa cocina ajena, por fin me siento insertada en la cotidianidad de la ciudad.

Mi primera vez limpiando una casa ajena por una remuneración económica fue en febrero del 2019. Llegué a Copenhague en agosto del 2018, y durante mi primer semestre ahí lo único que me interesaba era viajar y hacer amigos, así que cuando mi amiga Gabriella, de Brasil, me comentó sobre la plataforma *Happy Helper*, no le di mucha importancia. No obstante, cuando el invierno llegó, y el sol rara vez se aparecía, me di cuenta de que detestaba el lugar donde vivía. Conseguí mudarme, sin embargo, no me era posible cancelar el contrato de renta de mi primera vivienda, así que, debía pagar dos rentas al mismo tiempo. Ante esta situación decidí que era conveniente trabajar para cubrir ambas rentas, mis necesidades y tener dinero extra.

Con mi permiso de residencia estudiantil tenía permitido trabajar, no obstante, sólo podía acceder a empleos en la industria de servicios. Como me aterraba la idea de trabajar en un restaurante preferí dedicarme a la limpieza. Abrí una cuenta bancaria danesa y me inscribí a la plataforma *Happy Helper*. *Happy helper* es una empresa que funciona como intermediarios entre trabajadores y empleadores. Cuando creas tu perfil de trabajador, decides tu horario de trabajo, las zonas en las que deseas trabajar y tu salario. Durante el tiempo que yo trabajé el salario mínimo era 120 coronas por hora, pese a que podía escoger mi salario, la plataforma anunciaba que mientras más bajo fuera éste, más clientes atraen. Tomando eso en cuenta, decidí cobrar 135 coronas por hora. Escogí mi foto de perfil y escribí una breve descripción personal. Tener un buen perfil era importante, ya que los empleadores los revisaban y decidían a quien contratar. Asimismo, en tu perfil, los empleadores podían escribir comentarios, calificando tu trabajo con ellos. De igual manera, los trabajadores podían dejar comentarios en el perfil de los empleadores, a quienes también se les podía otorgar una calificación.

Pasé la primera sin recibir mensaje alguno, hasta que un señor anunció que buscaba a alguien que cubriera a la mujer que regularmente iba a su casa, sería una sola ocasión. En su anuncio especificaba que buscaba trabajadoras. Acepté la oferta y ese fue mi primer trabajo. Fue una experiencia buena. Desde un inicio, Samir me hizo preguntas generales sobre mi vida, me dio instrucciones bastantes simples y me llevó a donde guardaba los productos de limpieza, me dijo que si tenía preguntas me acercara a él, aunque no estaba seguro si las podía responder porque “soy un hombre, no sé mucho de estas cosas”. Seguí las instrucciones que el equipo de *Happy Helper* otorga para limpiar. Empecé quitando el polvo y limpiando superficies, seguido por la limpieza de cocina y baño. Por último, aspiré y trapeé.

Durante todo el tiempo Samir estuvo ocupado en su computadora, sin embargo, cuando me despedí, me empezó a hacer más preguntas sobre mi vida y él empezó a compartir sobre la suya. Recientemente le habían diagnosticado cáncer y por ese motivo se había divorciado, tenía dos hijos, quienes vivían con su ex – esposa en el edificio de enfrente. Yo no estaba muy segura de cómo responder ante las situaciones que me contaba, lo acababa de conocer, pero ya me estaba platicando cosas muy personales. Nuestra plática duró alrededor de una hora, que en realidad él hablaba y yo respondía con algún “sí” o “ya veo”.

Cuando revisé mi perfil, me percaté que Samir dejó una buena reseña sobre mi trabajo con él, y a partir de ahí, me llegaron múltiples ofertas de trabajo. En sí, tenía 10 empleadores regulares, y de vez en cuando trabajaba en casas que sólo buscaban a alguien por un día. Después del primer mes, que fue prueba y error, establecí una rutina. Usualmente trabajaba 5 o 6 días a la semana, limpiando al menos una casa al día. No era regular que limpiara más de una al día, pero, sí llegaba a suceder. La mayoría de las personas me contrataban para ir una vez cada 15 días, a excepción de una pareja, con quienes iba semanalmente. Igualmente, había casas donde sólo iba una vez al mes. Como tenía un horario muy flexible, eso les gustaba a las personas.

En su momento, no cuestionaba la manera en que *Happy Helper* funcionaba, sólo me importaba que me pagaran y ya. Sin embargo, me parece necesario problematizar el cómo funciona. Como ya lo he mencionado, *Happy Helper* es el intermediario, así que, como empresa, sólo ofrece contratos *freelance*. La ventaja de estos contratos es que el cobro de impuestos es menor que en aquellos contratos de tiempo completo. No obstante, esto implica falta de derechos laborales.

Si bien, ofrecían un seguro contra accidentes y daños en los hogares, no había tal cosa como vacaciones o días por enfermedad pagados, mucho menos, había oportunidad de jubilación. Ahora bien, en un país que es conocido por su Estado de Bienestar, esto suena alarmante, empero, la mayoría de los trabajadores en *Happy Helper* eran personas migrantes. Mas aun, eran migrantes temporales, que sólo estarían en Dinamarca por un año. La mayoría de los trabajadores eran personas jóvenes de Argentina y Chile, quienes llegaban al país con la visa “*working holiday*”. Al tener una mayoría de trabajadores jóvenes y temporales, el ofrecer derechos laborales no era la prioridad de *Happy Helper*. De igual modo, los empleadores podían terminar la relación laboral cuando desearan, y ni siquiera era necesario que te avisaran, cancelaban las citas por medio de la plataforma y ya.

Aun así, considero que mi experiencia fue buena. Era un trabajo cansado, pero tan pronto terminaba me iba de la casa y continuaba con mi vida personal. Si me pedían tareas extras, me pagaban el tiempo extra, así que era feliz. En todas las casas la rutina de limpieza era casi igual, quitar el polvo, limpiar superficies, limpiar cocina y baños, aspirar y trapear. En la mayoría de los casos, mi hora de entrada era la hora en que mis empleadores salían a trabajar, así que regularmente entraba a trabajar a las 7 u 8 am, y el promedio de tiempo que agendaban era de dos horas. Había ocasiones en las que sí me sentía abrumada por la monotonía del trabajo, pero, salir de las casas sabiendo cuánto llevaba ahorrado era un buen antídoto para la monotonía.

La mayoría de mis empleadores eran amables, flexibles y respetuosos. A muchos de ellos, sólo les hablé el día que nos conocimos. Hubo pocos que llegué a platicar más allá de una simple presentación. Samir, obviamente está en esa lista. Después de un mes de conocerme, la trabajadora que iba a su casa renunció, entonces empecé a ir de manera regular

a su casa. Asimismo, Line, con quien iba cada semana, siempre me preguntaba sobre mi vida y me recomendaba cosas qué hacer en la ciudad. Disfrutaba mucho ir a la casa de Sidsel, pues quedaba cerca de la mía y me dejaba botanas y bebidas con una nota deseándome un buen día. Había alguien más que apreciaba a pesar de no verla, Miranda. Cuando nos conocimos, me enseñó su casa y explicó a profundidad cómo le gustaba que la limpiaran, finalizó su explicación contándome que ella también había trabajado haciendo la limpieza cuando era más joven, entonces entendía que era un trabajo pesado.

Así como había casas que disfrutaba limpiar, y empleadores que me agradaban, también experimenté tensiones y malentendidos con ciertos empleadores. A quien más recuerdo es a Malene. Malene tenía alrededor de 40 años, estaba casada y tenía tres hijos, una niña y dos niños, si no mal recuerdo, la niña tenía 8, uno de los niños 10 y el más grande 13; estoy segura de la edad del mayor porque una de las veces que limpié observé que había fotos nuevas de su fiesta de cumpleaños, habían decorado la casa con unos globos en forma del número 13. Entonces, la casa tenía cuatro cuartos, dos baños, cocina, comedor, sala de estar y cuarto de servicio. Era mucho espacio y sólo tenía tres horas y a pesar de que la casa siempre estaba ordenada, pero, quitar el polvo consumía mucho tiempo. Empezaba por el cuarto de Malene, donde desempolvar los retratos era tedioso, luego me iba al cuarto del hijo mayor, siempre me ponía ansiosa limpiar su computadora. Los cuartos de los demás hijos eran fáciles. A pesar de tener dos baños, parecía que sólo usaban uno porque no importaba cuanto limpiara el W.C., siempre tenía un olor intenso a orines. Detestaba cuando Malene me pedía que limpiara los estantes de su baño porque tenían muchos productos, también me desagradaba limpiar los espejos, porque Malene constantemente encontraba una falla con mi trabajo.

En casi todas las casas tenían los mismos trapos de un material que asemeja la franela, pero, en realidad es plástico. Eran bastante baratos, 10 coronas el paquete de tres, y a pesar de no ser un material de calidad, eran reusables. Una de las indicaciones sobre cómo limpiar una casa de acuerdo con *Happy Helper*, era usar uno de esos para el W.C. y desecharlo después. A mí me parecía mucho desechar uno completo, así que los cortaba en 4, y así solo desechaba un pedazo. Esto fue motivo de molestia para Malene, y cuando me comentó al respecto infirió que, si quería desecharlos debía traer los míos, pero ella prefería lavarlos y reusarlos. Le pedí disculpas y seguí sus instrucciones.

Malene era exigente, de tal manera que me hacía sentir que hacía mal mi trabajo. Al principio fue difícil, me costaba deslindarme de sus comentarios y me los tomaba muy personalmente. Conforme fue pasando el tiempo, los tomaba como simples indicaciones. Cuando me tocaba limpiar su casa debía empacar mi muda de ropa porque en lugar de ir a mi dormitorio, llegaba a la universidad a mi clase de antropología económica.

El poder ir a la universidad, ver a mis compañeros y amigos me ayudaba a deslindarme de los comentarios o ansiedades de limpiar la casa de Malene. Especialmente el curso de antropología económica porque mi profesora era muy apasionada. Disfrutaba la clase, pero, me resultaba muy difícil seguirle el hilo, debía prestar mucha atención y debido a esto casi no participaba en clase, pero, hubo una vez que sentí que era necesaria mi participación. No recuerdo exactamente de qué estaban hablando, pero estaba relacionado con la migración y oportunidades de empleo, mis compañeros consideraban que, en Dinamarca, debido a su alto nivel de equidad, ofrecía buenas opciones de empleo a migrantes. A mí esto me cayó muy mal, y me pareció lejos de la realidad.

Regresando al perfil de las y los trabajadores de *Happy Helper*, la mayoría eran personas de Argentina y Chile que ya contaban con licenciaturas, sin embargo, la visa con la que contaban sólo les permitía aplicar para trabajos en el sector de servicios. Es decir, era una fuerza de trabajo altamente calificada realizando un trabajo con poco reconocimiento social y precario. No obstante, pocas veces escuché a alguien comentar al respecto, las personas que conocí se encontraban felices por poder ahorrar dinero realizando este trabajo.

3.7 Dime con quien trabajas y te diré quién eres

Es importante notar que en ningún momento mi madre y sus hermanas se refirieron a sí mismas como trabajadoras del hogar, dicen que trabajaron en casa, que fueron *domésticas*, *sirvientas* o *gatas*. No obstante, estos términos no fueron usados de manera intercambiable, con ciertos empleadores “trabajaban en casa”, mientras que con otros eran “sirvientas”. Explorar esta diferenciación es importante, ya que demuestra cómo entendían y definían su trabajo de acuerdo con el trato y dinámica laboral.

En su tesis, a pesar de que De La Hidalga aboga por la dignificación y valorización del trabajo doméstico, usa los términos servicio y empleo doméstico para mantenerse fiel a las percepciones que sus sujetas de estudio, amas de casa poblanas, tienen sobre las trabajadoras del hogar que laboran en sus casas. Ella argumenta que cuando se habla de servicio o empleo doméstico, se “contempla la existencia de contratos o arreglos laborales basados en la jerarquización, la dependencia y la sumisión” (2017, 8). Agregando a esto, Durin y de la O argumentan “el servicio doméstico no sólo implica relaciones laborales sino también ideológicas y de clase” (2014, 32). Es decir, el término que mis familiares usan para

referirse a sí mismas no sólo describe su trabajo, también señala la posición social en la que entendían que estaban. Asimismo, Cumes debate que el hogar empleador “no es un espacio ajeno (a la sociedad), sino un ente conformado y conformador de sociedad, pues reproduce las formas organizativas, los imaginarios, los mandatos y las formas de autoridad normalizadas socialmente” (2014, 206).

Por ejemplo, cuando Jazmín y Liliana trabajaban con las señoras de su misma colonia, no describían su trabajo como sirvientas. Al hablar sobre el trato, Jazmín dice que era “normal, no como si fuéramos sus sirvientas.” Asimismo, Liliana describe cómo la familia de la colonia de La Paz tenía más poder adquisitivo que las familias que vivían en Zaragoza. Cuando eran empleadas por familias con una posición social y económica similar a la de ellas, su trabajo era visto más bien como una ayuda. Por el otro lado, cuando familias de colonias más adineradas las empleaban, ellas encontraban jerarquización en la dinámica laboral. Primero, por el hecho de ser empleadas por alguien de una clase social más alta, pero, también porque las familias empleadoras se aseguraban de marcar las diferencias, haciéndolas comer en platos diferentes, o no poder usar las salas y objetos de las casas como las señoras de sus colonias se lo permitían. Mas aún, Magnolia no considera su estancia en casa de la tía Marcela como trabajo, era un acuerdo entre familiares, sin embargo, sí recuerda la descripción que José daba sobre los deberes que realizaban en la casa, de broma, decía que eran *los gatos*.

En resumen, a través de las narraciones de mis familiares, se puede observar lo que Durin y de la O dicen sobre el trabajo del hogar, que éste también implica relaciones ideológicas y de clase. En mi caso, se agrega el concepto de ciudadanía. Me es necesario recalcar que mi estatus migratorio era regular, lo cual traía beneficios y protecciones, sin

embargo, como (Gutiérrez-Rodríguez 2013) lo menciona “las políticas migratorias de la Unión Europea recurren a la lógica de la colonialidad del poder al establecer un sistema jerárquico de diferenciación social basado en un procedimiento exhaustivo a través del cual se instituyen diferentes grados de inclusión o exclusión legal y social con base en los criterios de ciudadanía o extranjería” (128). Esto se ve reflejado en los trabajos a los que tenía acceso con mi permiso de residencia estudiantil, limitados a la industria de servicios. Si bien, contaba con el estatus de ser una estudiante en una universidad, me veía implicada en un empleo con pocas protecciones y beneficios legales.

3.8 Ni gatas ni sirvientas, mujeres con sueños y metas

Lo más presente en los recuerdos de mis familiares y míos, son las relaciones que mantuvimos con nuestros empleadores. A través de esta, se consideró si la experiencia era buena o mala. Por ejemplo, comparando el trabajo de Liliana en la casa de la colonia La Paz con el de Margarita en la casona de Santiago, ambos eran igual de demandantes, sin embargo, Liliana disfrutaba el trato que recibía por parte de sus empleadores, mientras que a Margarita la enojaba y entristecía. Magnolia recuerda con cariño su tiempo en la casa de la tía Marcela, pero, no le da importancia alguna a su trabajo con la dentista. Y si bien, Jazmín comenta que disfrutó todos sus trabajos, apreciaba que en los dos primeros comían lo mismo y al mismo tiempo que los niños que cuidaba. Con esto quiero demostrar que, en el empleo doméstico se vende y compra mucho más que la fuerza de trabajo. La personalidad y vida personal se vuelven una mercancía (Ayse 2007, 210).

Con vida personal me refiero al ciclo de vida. Todas nos empleamos siendo mujeres solteras, lo cual proporcionaba información sobre nuestra disponibilidad. Mary Goldsmith argumenta que las mujeres solteras son las preferidas para el trabajo de planta (1990, 273), de igual modo (Durin 269) menciona que las familias empleadoras prefieren mujeres solteras porque así no tienen responsabilidades familiares que atender. Pese a que Magnolia fue la única que trabajó en la modalidad de planta, los horarios de trabajo de sus hermanas hubieran sido difíciles de cumplir si estuviesen casadas o tuvieran hijos. Al mismo tiempo, el salario que recibían solamente debía cubrir sus necesidades personales, mas no las de una familia entera. En mi caso, algo que apreciaban mis empleadores era mi flexibilidad de horario, porque en ese entonces no tenía más que estudiar y trabajar.

Sobre el salario que percibían, reconocen que este era deficiente, pero para la situación económica en la que se encontraban era una cantidad aceptable. Como mencionan Blanco Abellán (2014) y Camus y De la O (2014), entre las familias empleadoras existe una añoranza por la dinámica de servidumbre, donde se espera una trabajadora disponible, sumisa y que acepte un salario bajo, ya que consideran que el realizar las labores domésticas no requiere esfuerzo o especialización alguna. La situación económica precaria y el anhelo por estudiar dificultaba la capacidad de negociación del salario de mis familiares. En mi caso, mi supervivencia no dependía de mi empleo, y comparado con los salarios percibidos aquí, la cantidad de dinero que recibía era aceptable.

Blanco Abellan menciona que la negociación del salario es una forma de resistencia ante los malos tratos o condiciones precarios del trabajo (2014), y si bien, había poco espacio para negociar nuestros salarios, encontrábamos otras maneras de mostrar resistencia. En un inicio, Margarita optaba por confrontaciones directas con su patrona, pero estas no tuvieron

algún efecto en su forma de tratarla, a partir de ahí, prefería formas más sutiles, como tomarse un vaso de jugo de naranja o negándose a comer. Aunque Magnolia afirma que su tiempo en casa de la tía Marcela fue bueno y le gustaba, considero el robo del anillo y espejo como un acto de resistencia, más que de los malos tratos, era una forma de subvertir la relación antagonica de clase que ahí vivía. Si bien, no era la intención de su tía hacerla sentir mal por compartir de su comida y estilo de vida, para Magnolia era un recordatorio de las carencias que su familia vivía.

Magnolia reconoce el robo como una acción deplorable, pero le encuentra una justificación, diciendo que lo hizo porque nunca antes había tenido un anillo como los de Denisse. Mentir, otra acción deplorable, también fue reconocida como parte del trabajo. No obstante, era una manera de sobrellevar el trabajo, como el no cumplir las expectativas de las empleadoras, o no admitir que no sabían hacer algo, para evitar sentirnos humilladas. Es decir, a pesar de estar conscientes de que éramos percibidas como diferentes, no éramos pasivas ante las narrativas que se nos imponían.

Regresando al ciclo de vida, este fue de suma importancia para la trayectoria como trabajadoras del hogar de mis familiares, pues el matrimonio significó muchos cambios en sus vidas. Para Liliana y Jazmín éste implicó su fin como trabajadoras del hogar, mientras que para Magnolia y Margarita éste marcó un inicio como empleadoras. Por supuesto, el matrimonio implicó muchos más cambios que sólo esos, lo cual será discutido en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO IV

MATRIMONIO Y CUIDADOS ENTRE FAMILIARES

Creciendo en una familia católica, aprendí que el matrimonio es un evento importante en la vida de las personas. La mayoría de las enseñanzas explícitas que recibí sobre éste provenían por parte de mi madre, y ahora me resulta interesante notar que éstas fueron cambiando conforme fui creciendo. Cuando era una niña pequeña, comprendía al matrimonio como un evento necesario para formar una familia y *vivir una vida normal*. No recuerdo que mi madre me haya dicho estas palabras exactamente, pero, sí se refería al matrimonio como un rito de paso; éste resultaba en ciertas libertades y compromisos.

Ya cuando entré a la adolescencia, la imagen del matrimonio como rito de paso fue diluyéndose. Mi madre aun mostraba su preferencia por este estilo de vida sobre otros, como la unión libre, sin embargo, ya no me era presentado como algo que *hacía* mi vida, era algo que *se hacía* en la vida. En la actualidad, cuando hablo sobre el matrimonio con mi madre, rara vez es presentado como algo a aspirar y ya no es rito de paso, pues disfruto de las libertades que suponía para mi entorno familiar, como el vivir fuera de la casa de mis padres y tener una vida sexual activa. Dentro de las enseñanzas de mi madre, el matrimonio pasó a ser algo secundario y opcional, sin embargo, sigue reconociendo al matrimonio como una institución que proporciona prestigio y seguridad.

En la planeación de mi investigación sabía que el matrimonio era un asunto necesario de abordar, no obstante, no dimensioné la complejidad de éste. La pregunta que más se aparecía en mi mente cuando pensaba sobre el matrimonio era: ¿por qué mis dos tías mayores dejaron de trabajar en casas tan pronto se casaron? y ¿por qué mi madre no habla sobre su experiencia con mi padre a pesar de llevar 30 años casada con él? Las respuestas a estas preguntas resultan tremendamente complejas, y apuntan a una relación un tanto antagónica entre sus matrimonios y vidas como trabajadoras del hogar. Para iniciar esta discusión, parto de la idea de que casarse implica un cambio de estatus para las mujeres, donde pasan a “ser señoras.”

Mencionando lo anterior, el propósito de este capítulo es demostrar los cambios que el matrimonio implicó en la vida de mis tías. En el caso de unas, marcó su fin como trabajadoras del hogar, y en otras, implicó su inicio como empleadoras. Del mismo modo, una vez casadas y con hijos, requirieron del apoyo de sus familiares para la limpieza de sus hogares y cuidado de sus hijos.

4.1 ¿Casarnos nos hace mujeres?

En su auto-etnografía Javaid debate sobre la exclusión social que siente al ser un hombre homosexual, musulmán y soltero, y en cuanto a su soltería, discute que ese estatus civil lo relega como no importante y sin algo que contribuir a la sociedad, pues se encuentra rompiendo la norma de la reproductividad social (2019, 83). La vivencia de Javaid demuestra la construcción del matrimonio como un mandato social a cumplir, tanto para las mujeres como para los hombres.

Ahora bien, el matrimonio representa e implica cosas diferentes para hombres y mujeres, y sólo me enfocaré en las segundas. De acuerdo con Durin, “la maternidad y la conyugalidad son las esferas vitales que organizan y conforman los modos de vida femeninos, independientemente de la edad, de la clase social” (2017, 363). Por supuesto, ese matrimonio debe ser heterosexual. Marcela Lagarde lo explica de la siguiente manera:

Para que la mujer exista, es necesaria la preexistencia del hombre. Ella sólo existe social e individualmente por esta relación. En cambio, el hombre es en sí mismo. De ahí, la importancia del lazo conyugal de las mujeres. De ahí que deban ser esposas para existir. Este nexo es síntesis de la relación de dependencia vital de las mujeres con los hombres, se espera que cada mujer se haga de un esposo. La mujer sola es imaginada como la mujer carente, le falta algo, le falta el dador de la vida social, le falta el hombre (2005, 367).

Es decir, para que una mujer sea reconocida socialmente, es necesario que contraiga matrimonio. Considerando lo anterior, pienso que el matrimonio fue un aspecto clave en el camino de movilidad social ascendente que mi madre y sus hermanas experimentaron. De igual forma, considero que al contraer matrimonio obtuvieron una posición social visible, se volvieron señoras. Al ser señoras, debían atender su propio hogar, no el de otras personas. entonces, limpiar casas ajenas se convirtió en algo irreconciliable en sus vidas.

Relacionado a la visibilidad social que las mujeres adquieren al momento de casarse, Durin discute la idea de “casarse bien”, esta noción refiere más a casarse con alguien del mismo círculo social y hacerlo a través de la iglesia. Sin embargo, Durin también resalta la importancia del matrimonio como una institución que reafirma la posición social, pues otras formas de relación, como la unión libre, son consideradas como “prácticas de los sectores populares” (2017, 345). Si bien, ciertos de mis familiares, tanto del lado materno como del paterno se muestran en contra de la unión libre, argumentando que va en contra de la norma

católica, me pregunto si también lo rechazan por ser visto como algo de los sectores populares.

Hago esta breve presentación del matrimonio debido a que, todas mis familiares comentaron que el matrimonio resultó ser completamente diferente a lo que imaginaban. Sin hacer una crítica explícita, lo cuestionaban por las exigencias que este pide de las mujeres.

4.2 ¿Cómo cambió tu vida después de casarte?

De nuevo, estos relatos siguen cierto orden cronológico, pues al igual que su inicio en el trabajo del hogar, mi madre y tías se fueron casando siguiendo el orden de su nacimiento, primero la mayor y por último la menor. Ahora bien, algo en que las cuatro hermanas coincidieron fue que casarse e irse a vivir con sus esposos implicó “más trabajo”. Con esto se refieren a que pasaron a ser las únicas responsables de los cuidados y limpieza de sus hogares, algo que resultó completamente diferente a como habían crecido. Aquí cabe señalar que, los inicios del matrimonio de mi madre no fueron así, los deberes domésticos se repartían entre ella y mi padre, no obstante, conforme fue avanzando el tiempo, mi padre se fue deslindando de estas responsabilidades.

La primera en contraer matrimonio fue Liliana, a los 15 años. Liliana considera que ella no estaba lista para las responsabilidades que el matrimonio implicaba, al menos no las responsabilidades que su suegra le decía que debía de cumplir:

Mi vida cambió para mal, porque me llené de responsabilidades, responsabilidades para las que no estaba preparada. Tenía una buena actitud, pero no sabía a lo que me metía. Tenía que atender a un marido, esa era la mentalidad en esos años. Atenderlo y estar a su disposición, dejé de ser yo para tratar de agradarle a alguien [...] No tenía cultura, experiencia, preparación, y la mamá de él básicamente me decía que debía ser una *sirvienta*.

Es interesante notar el uso de la palabra sirvienta para referirse al papel de esposa. Para Liliana, el matrimonio no sólo implicó más responsabilidades en el hogar, también significó la pérdida de su autonomía económica, pues dejó su trabajo y con eso perdió sus ingresos económicos. Liliana recuerda que desde los 15 años hasta los 29 no tuvo ingresos propios, éstos dependían de su esposo. Hablando al respecto, mi madre mencionó que había temporadas en las que el esposo de Liliana “tenía dinero”, pero no siempre era así, había veces que sus ingresos apenas cubrían las necesidades básicas de su familia. Aun así, sin importar si estuvieran en una temporada económicamente buena o no, Liliana les daba dinero a Magnolia, Margarita y Geranio para ayudarles con sus estudios.

Durante su matrimonio Liliana tuvo tres hijos, Coral, Carlos y Camila. Liliana describe a la maternidad como un amor que nunca antes había conocido, cuando Coral recién nació mi tía dice que “tenía todo el día para ella, entonces me gustaba tenerla arregladita y limpiecita”. Sobre la expectativa que ella tenía para sus hijos, menciona que no tenía una meta o sueño en mente, sólo deseaba que estudiaran para que “no tuvieran la misma vida que ella”. Para lograr esto, Liliana se aseguraba de inscribir a sus hijos en escuelas públicas y que quedaran a una distancia posible de recorrer a pie, en el caso de que un día no tuvieran el dinero suficiente para tomar transporte público. A diferencia de ella, sus hijas nunca trabajaron en casas ajenas, y Carlos fue el único que trabajó durante la preparatoria, sin embargo, lo hizo para tener dinero extra y así comprar las cosas que él deseara. Mi tía afirma que sus hijos se solventaron sus estudios universitarios.

Ese anhelo por que sus hijos obtuvieran un título universitario también fue expresado por Jazmín. Cuando le pregunté qué expectativas tenía para su hija, Julieta, me dijo que en ese entonces no lo pensaba, vivían al día, así que lo único que le importaba era terminar el

día para comenzar otro. Jazmín se casó a los 19 años, sobre su transición como soltera a casada ella me platicó:

Mmm, pues lo que hacía yo en las casas ahora lo hacía yo en mi casa [ríe fuerte]. Estaba muy enamorada y teníamos una casita donde vivir, hacía yo mis cosas, mi quehacer en la casa, iba yo a la escuela, regresaba. Así le hice, creo que me casé a los 19, estaba yo muy chica. A los 20 creo que nació Julieta [...] En casa de mis papás nos dividíamos las tareas, y ya casada era yo sola. Cuando nació Julieta seguía yo estudiando

Jazmín describe los primeros años de su matrimonio e infancia de Julieta como difíciles. Al inicio contaba con el apoyo de su esposo para mantener su hogar e hija, pero esto sólo duro pocos años, él se fue cuando Julieta aún era una niña pequeña. Empero, aun cuando estaba él, Jazmín reconoce que era difícil estudiar, ser madre y llevar un hogar al mismo tiempo:

En esa época iba yo como al día. Era llegar al trabajo temprano, terminar, yo lo que quería era que creciera (Julieta), porque sí era un compromiso. Yo vivía en un lado, tu abuela en otro lado. Era ir a dejarla, ir a traerla, fue muy difícil. Y así, expectativas, sobre el futuro de mi hija, no. Ya después sabía que se debía estudiar para salir adelante porque la educación es el único motor que te va a dar movilidad. Pero sí, tener trabajo y tener una hija, una debe ser una súper mamá, fue muy complicado, siento que no la vi ni la disfruté como se debía. Fue muy difícil esa época. Nada satisfactorio.

Cuando mi tía Jazmín se casó, dejó de trabajar en el baño y en casas ajenas, así que por un tiempo sólo se dedicaba a estudiar y atender su hogar. Sin embargo, cuando terminó la carrera ella era la única responsable de su hija, así que comenzó a trabajar tan pronto se graduó. Como lo mencioné en un inicio, Jazmín trabajó gran parte de su vida en una escuela pública prestigiosa en la ciudad de Puebla, no obstante, conseguir esa plaza fue muy difícil. Antes, trabajó en las zonas rurales aledañas a la ciudad de Puebla, por lo que dejaba a Julieta

en casa de mis abuelos para que cuidaran de ella. Sobre cómo era la repartición de labores domésticos entre ella y Julieta:

Era diferente la dinámica porque trabajaba, yo creo que ahí tu mamá, o tu abuelita le enseñaron a hacer las cosas. Yo llegaba cansada, nada más medio hacía lo que tenía que hacer. Así, que me haya dedicado a enseñarla, yo creo que no. Le medio revisaba la tarea, me decía que ya lo había hecho, y luego ni lo hacía. A lo mejor cuando yo ya no tenía que viajar sí le pedía que, hacer sus cosas, levantar su cuarto, sus juguetes, levantar el desorden que había hecho. Pero, mi vida era tan *así*, que no me acuerdo de que, ay, no, la verdad no. Se la pasaba jugando, Julieta jugó mucho, con sus muñecas, cosía, y volvía a coser, jugaba con los ladrillos.

A diferencia de sus hermanas mayores, mi madre se casó después de terminar la licenciatura. En un inicio, ella y mi padre vivían solos en un departamento, y como ambos trabajaban se repartían los deberes domésticos entre los dos, no obstante, conforme fue avanzando el tiempo, los ingresos económicos de mi padre aumentaron y en su segundo embarazo mi mamá decidió dejar su empleo como contadora y dedicarse a ser ama de casa. En ese entonces ya habían decidido buscar a una trabajadora del hogar, no obstante, la mayoría de las responsabilidades cayeron sobre mi madre:

Era bien padre el inicio, porque éramos sólo los dos, experimentábamos nuestras cosas, pero me embaracé a los 5 meses [...] Yo entraba a trabajar antes de él. Él tendía la cama y me ayudaba mucho, pero, luego llegó un momento que ya no lo hacía. Una compañera de su trabajo le decía que no, que él no tenía que hacer esas cosas. Entonces ya llegaba yo en la tarde y estaba la cama destendida, y antes sí lo hacía. Lavábamos los fines de semana, él tenía su lavadora, lo único. Él no tenía nada, *nada*. Tenía una cama regalada de su tía María, rentaba en Atlixco. Cada quien comía en su trabajo, nosotros nos veíamos en la tarde, cenábamos juntos, pero, comprábamos, era bonito. Al inicio cada quien tenía su dinero, no pedía gasto, *ni sabía que tenía que pedir*. Y cómo podía pedir, si no guisaba, yo usualmente comía con Liliana. La casa se limpiaba el fin de semana, los dos, nos dividíamos el quehacer, lavar, planchar [...]

Es decir, después de tres años de matrimonio, mi mamá dejó de trabajar fuera de casa. Ella comentó que constantemente se cuestiona sobre qué sería de ella y sus hijos si ella hubiera continuado laborando en el despacho de contaduría. Durante la entrevista, mi madre

lloró en las ocasiones que recordó el abandono de su vida profesional. Tomando esto en cuenta, durante nuestra infancia, mi madre fue una persona exigente y estricta cuando se trataba de la escuela, ella dice que fue así porque reconoce la importancia de la educación para el desarrollo de las personas. Como mi hermano mayor ya está casado y tiene hijos, siente que ya no tiene expectativas sobre su futuro, en cuanto a mi hermana y yo, ella desea que “viajemos y estudiemos” antes de casarnos, si es que lo llegamos a hacer. Asimismo, constantemente menciona que, si nos casamos, “disfrutemos” antes de tener hijos.

Al igual que Liliana, dice que no quiere que sus hijas tengan la misma vida que ella, no obstante, se refieren a cosas distintas. Liliana usa la expresión para comunicar que no desea que sus hijas e hijo pasen por momentos de precariedad económica. Por el otro lado, Magnolia la usa para expresar que no desea que mi hermana y yo seamos amas de casa, al menos no de la manera que ella lo fue y es.

De las mujeres, la última en juntarse fue Margarita. Como ya lo he mencionado, ella no tenía mucho interés en el matrimonio, principalmente porque sentía que debía quedarse en casa de mi abuela para cuidarla y acompañarla, no obstante, mi abuela se oponía a esto, expresando su deseo porque Margarita “hiciera su vida”. Así que cuando mi tía empezó a salir con su pareja, mi abuela le mostraba su felicidad por esto, después de un tiempo, se fueron a vivir solos. A pesar de que mi tía estaba enamorada, dice que sufría cuando se acordaba que mi abuela se había quedado sola, entonces decidió que pasaría los fines de semana con ella. Al principio Margarita se quedaba en la casa de Zaragoza, pero conforme fue pasando el tiempo, prefirió que mi abuela se quedara con ella los fines de semana. Al igual que sus hermanas, el vivir con su pareja implicó más responsabilidades.

¿Adquiriste nuevas responsabilidades?

Claro que sí, pues el mantener una casa. No es lo mismo estar en conjunto con otra persona que está las 24 horas en la casa, a con una persona que también se va a trabajar. Se debía guisar, lavar, quehacer... se duplicó mi trabajo, además del trabajo de oficina debía llegar a hacer lo de casa. Fue pesado, pero, era feliz porque estaba enamorada.

Margarita continuó trabajando fuera de casa por gran parte de la infancia de su hija, Belén, y al igual que sus hermanas mayores, coincide en el deseo porque su hija obtenga un título universitario. En la actualidad, Belén está cursando su primer semestre universitario y Margarita es ama de casa. Ahora bien, tanto Jazmín como Magnolia y Margarita necesitaron apoyo en el cuidado de sus hijos debido a sus empleos, y es preciso señalar que este apoyo fue brindado por sus padres, Liliana y, en menor parte, Geranio. No obstante, las dinámicas de apoyo fueron diferentes con cada hermana, había veces en las que este trabajo era remunerado económicamente y también había ocasiones en las que no era así.

4.3 El cuidado como deber familiar

Mi tía Jazmín no dejó su empleo formal hasta jubilarse, esto significa que necesitó de alguien que cuidara a Julieta durante su infancia. Como no tenía dinero para pagar un servicio de niñera, dejaba a Julieta en casa de mis abuelos. Ahí, ellos eran los principales cuidadores de Julieta, sin embargo, Magnolia, Margarita y Geranio también participaban en su cuidado. Geranio comenta que para él, cuidarla implicaba jugar con ella, pues solamente es nueve años mayor. Por el otro lado, Magnolia sí recuerda cuidados más pesados, como el vestirla e ir por ella a la guardería. Ella recuerda que era muy cansado, pues tenía que ir caminando bajo los rayos del sol, cargaba a Julieta en una cangurera para que no se le cansaran los brazos, pero, le resultaba igual de agotador debido a que Julieta era una bebé muy grande, y como Magnolia es de baja estatura, sentía que cargaba la mitad de su tamaño.

Cuando le pregunté a Jazmín si sus familiares percibían un salario por esto, ella dijo que no, que no tenía el dinero para hacerlo:

¡NO! Nada.... nada más la cuidaban, pero yo nunca les pagué. A tu mamá nunca le pagué para que cuidara a Julieta. A tu tía Margarita, Geranio, nunca les pagué. Creo que les debo [ríe]. No, porque como yo estaba en la escuela y todo, era una necesidad, entonces no podía pagarles y ni, no se podía, ni ellos pensaban, ni yo pensaba en pagarles

Resulta importante recalcar que, en la vecindad, a pesar de que mi abuela estaba presente la mayor parte del tiempo, sus hermanos y primas constantemente acompañaban a sus hijas. Los recuerdos felices de mis tías en la vecindad consisten en estar jugando con sus primos y tíos, así que el cuidado entre familiares no les resultaba algo ajeno. Una vez que Jazmín consiguió su plaza como maestra, comenzó a obsequiarle cosas a su madre como gesto de agradecimiento por cuidar su hija, pero, nunca le dio una retribución económica.

Por otra parte, Margarita recuerda que, cuando mis hermanos y yo nacimos, mi abuela le decía que fuera a nuestra casa a ayudar a mi madre. Así que, durante nuestras primeras dos semanas de vida, Margarita se quedaba en casa de mis padres para apoyar a mi madre con las tareas domésticas como la limpieza de la casa y el lavado de ropa, así como ayudar con nuestro cuidado. Margarita recuerda que no le gustaba dormir en casa ajenas, pero lo hacía porque mi abuela se lo exigía. Empero, tanto mi madre como Margarita disfrutaban pasar tiempo juntas, de hecho, cuando Margarita se juntó y dejó de frecuentar a mi madre, ambas entristecieron.

4.4 Cuidado entre familiares remunerado

Cuando se trataba de la limpieza del hogar mis familiares no dudaban en contratar personas ajenas a la familia, sin embargo, en el cuidado de los hijos, la familia siempre era su primera opción. Cuando Miguel, mi hermano mayor, nació, mi mamá trabajaba en un despacho de contadores, y como la familia de mi padre no vivía en Puebla ambos decidieron que mis abuelos maternos cuidaran de él. Mi madre les daba un poco de dinero y siempre le empacaba comida a Miguel. El acuerdo funcionaba bien, hasta que Miguel cumplió nueve meses y un día se cayó en las escaleras, se pegó en la cabeza y le salió un chichón. Mis abuelos se asustaron y preocuparon mucho por el golpe, así que decidieron dejar de cuidarlo, sentían que ya estaban muy grandes para volver a cuidar de un bebé, mi abuelo tenía 58 y mi abuela 51.

Ante esta situación, mis padres decidieron llevar a Miguel con Liliana para que lo cuidara. Después de 15 años de casada, este fue el primer salario que mi tía percibió tras dejar de trabajar en casas. Liliana menciona estar agradecida por recibir un salario, pues ella y su familia “estaban bien pobres”. Ella cuidaba de mi hermano de lunes a viernes, por las mañanas mi mamá lo llevaba con ella, y cuando empezó a ir al kínder, el transporte escolar lo llevaba con Liliana. Ella se encargaba de todos los cuidados que necesitaba, alimentos incluidos, asimismo, mi madre comía con ellos entre semana. Del mismo modo, Geranio trabajó por una corta temporada en casa de mi madre haciendo la limpieza, cuando Miguel aún no había nacido. Geranio considera que la calidad de su trabajo probablemente no era la más alta, y que, en realidad, Magnolia sólo lo empleó para ayudarlo a pagar sus estudios. Cuando le pregunté a mi madre sobre las diferentes personas que había empleado para que

la apoyaran con las tareas domésticas, no mencionó a su hermano. Margarita fue la que me platicó esto y ya después lo hablé con Geranio.

Regresando a la relación laboral entre Liliana y mi madre, ésta continuó incluso cuando mi madre dejó su empleo formal. En ese entonces, Liliana ayudaba más con la limpieza del hogar que con el cuidado de mis hermanos. No obstante, hubo dos ocasiones en las que mi familia salió de viaje, y como yo era una bebé de brazos decidieron no llevarme. En la primera ocasión estuve con ella una semana, en la segunda, mis padres tuvieron un accidente automovilístico, y por este motivo, mi estadía en el departamento de Liliana se extendió por tres meses. El plan era que yo regresara con mis padres cuando ellos se recuperaran por completo de sus heridas, sin embargo, mi tía dice que llegó un punto en el que yo ya no los reconocía y lloraba cuando me cargaban, debido a esto, mis padres prefirieron que regresara con ellos antes de lo imaginado. Como Liliana describió a su marido como desobligado, le pregunté qué pensaba o decía él sobre mi estadía con ellos, ella comentó que él no expresaba molestias, pues “él siempre quiso mucho a sus sobrinos”.

Liliana continuó trabajando en casa de mis padres hasta que nació Belén, y Margarita necesitaba que alguien cuidara de ella. En un inicio, Margarita había quedado con Julieta, hija de Jazmín, que ella cuidaría de Belén tan pronto su permiso de maternidad terminara, sin embargo, Margarita recuerda que un día ella y su pareja estaban con Belén y ésta se empezó a ahogar. Resolvieron la emergencia, pero después de eso decidieron que Julieta era muy joven para cuidar de una bebé. Así pues, de un día para otro Margarita le pidió a Liliana que cuidara de su hija.

Magnolia menciona que sí le causó molestia que Liliana dejara trabajar con ella de un día para el otro, pues siente que la dejó sola. No obstante, reconoció que Margarita necesitaba encontrar a alguien que cuidara de Belén. A partir de ahí, mi madre empezó a

buscar trabajadoras del hogar, como solo se encargarían de la limpieza, no le molestaba que fueran desconocidas.

Mientras tanto, antes se cumplieran los 45 días de su permiso de maternidad, a Margarita se le exigió que regresara a trabajar. De lunes a viernes, llevaba a Belén con Liliana y la recogía cuando salía de trabajar. Al igual que con Miguel, Liliana se encargaba de todos sus cuidados, y esto continuó hasta que Belén cumplió siete años. La relación laboral entre ambas terminó de manera abrupta, y causó enojo en Margarita, pues fue su pareja quien lo decidió sin antes consultarlo con ella.

Margarita recuerda que un día, durante el trabajo, Liliana le marcó diciéndole que David no había llegado a dejar a Belén. Sabiendo esto, Margarita le marcó a David para saber qué había pasado, él respondió que decidió no llevarla porque él iba a estar en la casa por la tarde, entonces no era necesario que Liliana la cuidara. Margarita pensó que esto se trataba de una sola ocasión, no obstante, al día siguiente recibió la misma llamada de Liliana. Ya en esa ocasión, David le explicó que había decidido que ya no era necesario que Liliana cuidara de Belén porque él ya iba a estar en las tardes con ella. Margarita se apenó mucho con Liliana, debido a que sentía que tenía cierta responsabilidad como empleadora y no era correcto dejar de pagarle de un día para el otro. De igual modo, esta situación causó mucha tristeza en Liliana y Belén, ya que no les avisaron que dejarían de frecuentarse. Liliana le dijo a Margarita que no se preocupara por su situación económica, sus hijos mayores ya habían terminado la universidad y tenían empleos, además, a lo largo de los siete años, logró ahorrar dinero para no volver a estar en una situación económicamente vulnerable.

Belén no fue la única que resintió el cambio abrupto que implicó ya no ir a casa de Liliana. Margarita afirma que después de esto, su carga de trabajo aumentó, a pesar de repartirse las labores domésticas con David:

La limpieza se hacía los fines de semana, entre semana, pues era arreglar lo que pudieras. Cuando Belén estaba con Liliana, yo no guisaba. Cuando dejó de ir con ella, empecé a guisar, a guisar (entre semana), pero no el quehacer, eso los fines de semana con David. Yo lavaba la ropa y hacía la cocina y guisaba, y él hacía todo el quehacer. Ya después cuando Belén no fue con Liliana, entonces ya hacíamos más quehacer, y yo trabajé más. Debía guisar para que tuvieran que comer, luego fin de semana, ir al mercado, ir a lavar, era mucha la chamba, pero estaba feliz (sarcástica). Belén dejó de ir porque a David le daba flojera, como ya podía comer una memela, como un adulto, pues entonces a David se le hacía más fácil darle de comer cosas así. Como ella ya tenía 7 años, ya no necesitaba cambio de pañales, papilla, que la bañaran. Entonces dejó de llevarla de un día para otro, pero no comía bien con él. Entonces yo llegaba del trabajo y guisaba para que comiera ella. Fue una decisión de él que no la consultó conmigo.

4.5 La relación antagónica entre el matrimonio y el trabajo del hogar

A veces extraño mucho mi vida en Copenhague, extraño estar en el dormitorio, tomar los trenes, y, sobre todo, extraño la pequeña autonomía económica que viví en ese entonces. A pesar de no hablar sobre mi empleo, me gustaba la multiplicidad de identidades que experimenté. Limpiar casas por las mañanas, tomar clases por las tardes y salir de fiesta por las noches. A pesar de que el trabajo del hogar es devaluado económicamente, sí permite cierta autonomía para las personas que lo realizan. Argumentando esto, Durin menciona que “trabajar en casa también es una estrategia para el desarrollo personal y profesional” (227). También comenta sobre los placeres que experimentan las trabajadoras, como el tener ingresos propios y así comprarse ropa o demás objetos que no corresponden a las necesidades básicas.

Es decir, dentro de las experiencias negativas que conlleva ser trabajadora del hogar, como la discriminación y estigma, existen placeres que ayudan a sobrellevar aquellos aspectos. Mis familiares y yo los conversamos, el trabajo era pesado, pero resultaba infinitamente satisfactorio el comprarse un uniforme completo, útiles escolares, dulces,

paseos. Como ninguna de nosotras estaba obligada a contribuir a la economía de nuestras familias, podíamos decidir en qué invertir nuestro dinero, en el caso de mi madre y sus hermanas fue para su proyecto personal de escolarización. Entonces, lo que ahora me pregunto es, ¿por qué el trabajo que nos permitió autonomía no es reconocido socialmente? ¿Por qué debemos ocultarlo? ¿Por qué el matrimonio, que en ciertos casos implicó una resta a su autonomía económica sí es reconocido y celebrado?

El ser esposa significó cosas diferentes para cada una, Liliana dice que su suegra le infería que debía ser una sirvienta, para Jazmín, sus primeros años de matrimonio no resultaron satisfactorios pues aumentaron sus deberes domésticos cuando aún seguía estudiando. Para Margarita resultó en la realización de la doble jornada, profesional y doméstica. Para Magnolia, en la actualidad, implica atender a mi padre, y llora al pensar en el abandono de su vida profesional. En resumen, el matrimonio para ellas implica trabajo. Lejos de pintar una imagen romántica de éste, hablaron sobre las dificultades y frustraciones que se viven dentro del mismo.

Federici argumenta sobre el trabajo doméstico lo siguiente:

La manipulación más perversa y la violencia más sutil que el capitalismo ha perpetrado nunca contra cualquier segmento de la clase obrera [...] este no solo se le ha impuesto a las mujeres, sino que ha sido transformado en un atributo natural de nuestra psique y personalidad femenina, una necesidad interna, una aspiración, proveniente supuestamente de las profundidades de nuestro carácter de mujeres. El capital tenía que convencernos de que es natural, inevitable e incluso una actividad que te hace sentir plena, para así hacernos aceptar el trabajar sin obtener un salario. (36-37).

Asimismo, propone que el matrimonio ha sido la forma de lograr aquella explotación. Una vez que una mujer contrae matrimonio, debe realizar las tareas de cuidado y limpieza bajo la premisa del amor. No recibe salario alguno por su trabajo, la recompensa y fin es el

amor. Considerando lo anterior, Federici comenta que es rara la ocasión en la que una mujer no se siente traicionada al encontrarse frente a una casa sucia después de la luna de miel (37). Que resulta ser lo que comentaron mis familiares, resaltaron como se casaron estando enamoradas, sin embargo, resultó en una carga de trabajo inmensa.

Tomando en cuenta los argumentos de Federici, tanto Liliana como Magnolia abandonaron sus empleos porque su fuerza laboral era requerida dentro de sus hogares, Jazmín y Margarita continuaron con su empleo formal a pesar de tener una hija cada una, sin embargo, necesitaron de sus hermanas para cuidarlas. Sus hermanas tomaron el papel de cuidadoras, y esto es motivo de reclamos y remordimientos. En palabras de Jazmín, casarse significó hacer lo que hacía en casas ajenas sin paga alguna.

Existe una relación antagónica entre el matrimonio y el trabajo del hogar porque, dentro de las expectativas sociales que había para mis familiares, el ser ambas, esposa y trabajadora del hogar era irreconciliable. La escolarización y el matrimonio fueron elementos claves para acertar su movilidad social. Durin menciona que “la obtención de títulos escolares es vista como un medio para escapar a la condición de trabajadora del hogar y el estigma asociado a la condición.. La importancia de estudiar radica no sólo en las posibilidades de movilidad social, sino en el prestigio que confieren los diplomas, como una respuesta a la desvalorización social sufrida” (2017, 224).

Si bien, el matrimonio puede resultar frustrante y cansado, proporciona un estatus social. Mi tía Margarita no está casada, sin embargo, presenta a su pareja como su esposo. Hay un reconocimiento del estatus que proporciona el matrimonio. Esto me hace pensar en mi abuela, a quien no le agradaba hablar sobre su pertenencia a la clase trabajadora ni sobre el trabajo del hogar. De acuerdo con mi madre y tías, ella no les permitía “andar de novias”,

y la unión libre era impensable. Para vivir con sus parejas debían de casarse, si esto se cumplió o no es otro asunto, lo que quiero recalcar es el camino de movilidad social que ella esperaba de sus hijas. Quería que estudiaran para que tuvieran un trabajo prestigioso, la unión libre era una amenaza a ese prestigio. Así como nos vemos obligadas a ocultar ciertos aspectos de nuestras vidas, también nos vemos obligadas a resaltar otros para combatir el estigma.

4.6 El valor de la labor reproductiva

En la introducción del presente trabajo presenté el argumento que el trabajo doméstico es el encargado de producir y reproducir a la fuerza de trabajo (Federici 2013). Esta idea está enmarcada dentro de la economía feminista, la cual aboga por el reconocimiento del mismo, pues “sin este trabajo el sistema simplemente no podría reproducirse” (Rodríguez Enríquez 2015, 36). Me parece sustancial retomar este argumento dentro de este capítulo, ya que, al revisar los matrimonios de mis familiares pude notar lo anterior. Aquellas que dejaron sus empleos no sólo lo hicieron porque pasaron al rol de señoras, sino también porque su fuerza laboral era requerida dentro de sus hogares. Puede ser una mera coincidencia, pero tanto Magnolia como Liliana, quienes dejaron sus empleos tuvieron tres hijos, mientras que Margarita y Jazmín, que recientemente dejaron sus empleos formales solo tuvieron una hija.

Sin embargo, aun cuando Margarita sólo tuvo una hija, mencionó que tuvo que realizar lo que Hochschild denomina como “doble jornada”. Al llegar a casa de su trabajo como contadora, debía atender las necesidades de su hogar e hija. Me parece interesante cómo, en lugar de dialogar con su pareja sobre el cuidado por la alimentación de su hija, empezó a cocinar para toda la familia. Eso refleja la naturalización de las tareas de cuidado

en las mujeres y las obligaciones que se espera de una esposa. Mi madre menciona que como recibe un gasto por parte de mi padre, está obligada a cuidar de él. Sin embargo, Margarita no recibía gasto alguno por parte de su esposo y estaba obligada a cuidar de él y su hija.

De acuerdo con Rodríguez-Enríquez, el trabajo doméstico “constituye un subsidio a la tasa de ganancia y a la acumulación del capital” (40). Asimismo, la autora menciona cómo en Latinoamérica existe una retribución injusta de los deberes domésticos, debido a que se considera a las mujeres como las óptimas para realizarlo, ya que es parte de su naturaleza. No obstante, como lo demostré en el segundo capítulo, mi madre y sus hermanos fueron instruidas por su madre desde una temprana edad para realizar estos deberes. Mas aun, tanto su padre como su hermano realizaban los mismos deberes, y no eran considerados como menos aptos.

CAPÍTULO V

SER EMPLEADORA Y LAS PRÁCTICAS DE OCULTAMIENTO

De la Hidalga dedica un apartado de su tesis para discutir cómo las amas de casa poblanas que participaron en su trabajo perciben la sociedad poblana. Para ellas, la sociedad poblana sólo incluía a los descendientes de españoles y libaneses, más aún, de acuerdo con sus concepciones, ellas son la sociedad poblana. Cuando se les preguntó sobre los demás grupos, se referían a ellos como indiferentes, no conformantes de ésta. A partir de esto, de la Hidalga denomina a aquellas personas como no-identificables. A pesar de que la zona metropolitana de Puebla está conformada por grupos de gente de diferentes orígenes y estilos de vida, estas amas de casa no los reconocen. La autora lo describe como que “hay una pobre valoración del otro ‘no- identificable’ que se traduce en su irrelevancia o intrascendencia en la vida social, y que está ubicado en un espacio físico y social inferior, en ‘otro código postal’” (2017, 41). Es decir, aquellas personas que no se asemejan a ellas, no conforman la sociedad, son personas invisibles.

Relacionado con lo anterior, en una ocasión me encontraba discutiendo sobre la cultura vial en la zona metropolitana de Puebla. Desde mi entendimiento de la sociedad, le dije a mi madre que, la reducción de accidentes viales y el uso de medios de transporte más sustentables era algo que no sólo se debía dejar en las manos del Estado a resolver, como sociedad también debíamos participar. Ante esto, mi mamá me preguntó que a qué me refería

con la sociedad, o más bien, a quienes me refería. Antes de responderle, yo le pregunté a ella qué entendía, o a quienes incluía como sociedad. Su respuesta me sorprendió. Para ella, la sociedad sólo incluye a las personas *ricas*, y para ella, las personas *ricas* son aquellas que nacieron y crecieron como parte de la clase alta, o sea que, tanto sus padres y abuelos debieron pertenecer a las clases altas. Bajo esta lógica, mi madre ni su familia pertenecen a la sociedad. Ella misma ha dicho eso, que ella no es parte de la sociedad. Mi padre, con el prestigio que le proporciona su trabajo, puede navegar dentro de la sociedad, sin embargo, mi madre no tiene acceso a esto; desde su percepción.

Mi madre no me oculta su incomodidad a la hora de interactuar con los conocidos de mi padre, quienes, en su mayoría, son personas que “sí pertenecen a la sociedad”. Considera que sus experiencias de vida son muy diferentes a las de esas personas por ende, son incompatibles. Ella me platica que se siente diferente, porque no se maquilla de la misma manera que esas esposas, sobre todo, siente que su falta de maquillaje la hace resaltar de manera negativa porque su cicatriz es visible. Ella siente que no pertenece ahí, pero, por el mismo rechazo social que sufrió después de su accidente siendo una niña, no muestra un latente deseo de pertenecer. Escribiendo lo anterior, me pregunto ¿cómo es vivir esa experiencia? El sentirse ajeno a la sociedad ¿Qué somos si no somos parte esa sociedad?

Esas preguntas parecen apuntar hacia otra dirección, no obstante, considero que la vergüenza que siento por mi experiencia como trabajadora del hogar en Copenhague se relaciona con el miedo a no pertenecer, con ser una no-identificable. Claro, entendiendo esto desde la vergüenza como algo relacional, la reducción del yo a través de la mirada del otro (Sabido Ramos 2020). Yo sé que pertenezco, pero, esta pertenencia sólo es válida si el otro lo dice. Considerando esto, el propósito de este capítulo es, identificar las emociones que mis

familiares que emplean trabajadoras del hogar asocian con su pasado como trabajadoras del hogar. Al mismo tiempo, hablo sobre mi papel y el de mis familiares como empleadores, para complementar la discusión sobre nuestros imaginarios sobre las trabajadoras del hogar.

5.1 Ser trabajadora del hogar como indicador de tu posición social

Cuando contacté a mi tía Liliana para agendar la entrevista, le comenté que toda la información es confidencial, y que, por cuestiones éticas, debía usar un pseudónimo. Al escuchar esto, ella me dijo que no tenía problema alguno con compartir su vida, así que podía usar su nombre real; no tenía nada de qué avergonzarse. Le expliqué que me era imposible usar su nombre real, lo cual aceptó y volvió a comentar que a ella no le avergonzaba su pasado como trabajadora del hogar, que a su madre sí era algo que la alteraba, y que cada vez que hablaban al respecto les decía que no hablaran “sobre eso”.

Debo admitir que, durante las entrevistas, me aterraba abordar el tema del ocultamiento, pues temía que mi sentir iba a ser juzgado por mis familiares, que me harían sentir culpable por sentir vergüenza. Por fortuna, este no fue el caso, mi tía Jazmín y Margarita sí me confrontaron al respecto, pero era más curiosidad que un regaño. También, mi tía Liliana, a quien entrevisté primero, no hizo comentario alguno sobre mis sentires negativos. Considerando lo anterior, mis tres tías afirmaron a lo largo de las entrevistas que no ocultaban sus experiencias, ni que asociaban la vergüenza con estas. Es más, lo hablan como algo de lo que se sienten orgullosas. Para empezar esta discusión, yo compartía sobre mi ocultamiento:

Mayte: Te voy a leer lo que escribí, puse "en la familia no se habla mucho de cuando trabajaron en casas tú, mi mamá y mis demás tías, o al menos es como yo lo vivo, de lo que yo veo y escucho...eh...pero ¿entre ustedes sí lo hablan?"

Liliana: Sí, yo sí. Con mis hijos, todos saben, todos saben. Acá sí se habla de todo.

¿Y con quien más hablas sobre esto?

Con tu tía Margarita. Con tu tía Jazmín no, porque se pone a llorar. Y con tu mamá casi ya...desde que nuestra mamá falleció nuestra relación se distanció, porque ustedes crecieron y ya tienen otros intereses y yo tengo otros intereses también.

Y, por ejemplo, tomando mi experiencia y la de mi mamá, sé que para las dos es, como... el hecho que hayamos trabajado en casas... es algo como difícil de hablar. O al menos yo, con mis compañeros de la universidad, pues, realmente nunca les conté hasta que ya tuve que presentar mi tema de interés. Era como de "ah, sí, me interesa porque yo trabajé en esto". Y luego también con gente que conozco...mmm...especialmente hombres, o sea, con mis amigos, es como de, tengo un amigo que ya llevamos como un año de ser cercanos y no le he contado, y, me acuerdo que, a uno de mis profesores, hombre, no quería contarle, pero pues le terminé contando. Sí, es algo que no hablo muy abiertamente...

No, yo sí lo hablo abiertamente. Mis hijos lo saben todo, todo, todo. Sí, yo sí lo hablo. A mí no me causa ningún conflicto, ni así. No. Con tu tía Margarita lo comentamos, con tu tía Jazmín no lo comentamos, con ella, ciertos temas se tocan y ciertos no, me dice "no, de esto no quiero hablar", ah, pues está bien. Y es así.

¿Y hay ciertas personas con quienes no lo comentas?

No, yo con todos. Apenas, no tiene mucho que vi a una prima, de las de acá y platicamos y ellas nos tenían...tenían en otro concepto a mis hermanas. Y le dije - no, ¿cómo crees? nosotros trabajábamos en la casa - - Ay, ¿apoco? - -Sí -. Porque ellas siguen trabajando así, en casas, ellas. Y yo le digo - no, como no -. O sea, yo lo puedo hablar con cualquier persona y no me, no me causa ningún conflicto, ni me da pena ni nada.

O sea, no lo ves como algo que no debas...

No, pues no. A lo mejor, como tú dices, no lo platico con la vecina de enfrente, pero, porque no hay confianza, ¿no? O con la de abajo, tampoco, o sea, no. No, aquí hay vecinos, pero no, mantenemos la distancia, ni ellos...o sea, si coincidimos nos saludamos. No hay amistad, no hay amistad, entonces también ¿cómo? ¿cuándo nos vemos nos ponemos a platicar? Pues no. Pero, con mi familia sí [...] a mí no me causa ningún problema.

En el fragmento anterior se muestra la complejidad del fenómeno que me atiende.

¿Cómo se sienten cuando hablan al respecto? A pesar de que mi tía Jazmín me dijo que a ella

no le avergüenza, mi tía Liliana comenta que es un tema que la hace llorar. Por supuesto, no se trata de cuestionar la veracidad de sus palabras, más bien, es observar qué deciden compartir conmigo, y porqué deciden compartirlo.

Sobre su experiencia, Jazmín dice:

Trabajar en casa no es algo vergonzoso, que es, a lo mejor, una actividad que no se reconoce, que la gente cree que porque eres sirvienta eres...mmm... de la clase más baja, será humilde, pero, baja no. Ser una persona de apoyo o *sirvienta*, te ayuda a ser mejor persona y tú aprendes a hacer tus cosas, eso es lo mejor. Es algo que te forma, que te ayuda, y que, para mí, fue un medio, no fue mi fin. Fue un medio para que yo siguiera estudiando, y yo nunca me sentí avergonzada, nunca me sentí humillada, nunca me sentí mal por haber sido sirvienta, hasta ahorita que me estás diciendo, pero, nunca lo había pensado. Fue algo que me ayudó, aprendes a ser organizada, a *eficientar* el tiempo, cuidar el jabón, o sea, es como una tecnología. Es algo muy valioso, a mí me ayudó mucho. Nunca me sentí avergonzada.

De acuerdo con Liliana, a Jazmín no le gusta hablar al respecto porque es algo que la hace llorar, pero, en el fragmento anterior no se observa tal cosa. Entonces, tal vez no sea vergüenza lo que asocia con su experiencia, pero, sí cierta tristeza. Considero que esa tristeza está más asociada con las carencias económicas que experimentaron en su infancia que con la experiencia de ser trabajadora. A pesar de considerar sus infancias como felices, todas tienen ciertos recuerdos dolorosos. Mi madre menciona que hubo un tiempo en el que mi abuelo vendía su sangre para solventar los gastos económicos, y describe esta temporada como triste y dolorosa, pues lo notaban decaído. Aquí regreso a la idea que, sus empleos e identidades como trabajadoras del hogar, eran un recordatorio y marcador de sus carencias económicas.

Por otra parte, en las palabras de Jazmín se nota su apreciación del trabajo doméstico, lo reconoce como tal, trabajo. Así que requiere de diferentes habilidades y conocimientos, que se aprenden. Sobre todo, Jazmín admite que es poco valorado, y que existen estereotipos

sobre las trabajadoras del hogar. Al igual que Liliana, Margarita menciona que ella habla sobre su experiencia abiertamente:

Sí, yo sí lo hablo abiertamente. David lo sabe. Belén lo sabe. Amigas, no tengo. Mis amigas son mis hermanas. ¿Entonces a quien se lo platicó? Y no me avergüenza, al contrario, me da orgullo decir “yo fui sirvienta, criada, gata, Y no me da vergüenza”.

Ahora, Margarita menciona que lo habla abiertamente, pero, ella sólo incluye en su círculo social a sus hermanas, personas con las que comparte un pasado y ejercieron la misma profesión. En el caso de que ella incluyera a no-familiares dentro de su círculo social, ¿también lo hablaría abiertamente? Así pues, mi madre fue la única que se mostró abierta sobre su ocultamiento. Cuando le pregunté porque no lo había compartido con mi padre a pesar de llevar 30 años casados, ella respondió:

¿Por qué no le has contado a mi papá?

Es lo único que no le he contado. Porque, *ay no...* no sé, no sé, como que siento que dijera “ay, era *sirvienta*”. Aparte, te digo, no duré un año ahí, duré un mes o tres meses. O sea, no creas. Yo me acuerdo de que, al niño sólo lo conocí así, en la andadera, ya no lo volví a ver hasta una vez que volví a preguntarles a ver si me prestaban una calculadora.

Ante este escenario, donde sólo mi madre y yo admitimos ocultar nuestras experiencias, podría descartar mi hipótesis. Sin embargo, al leer entre líneas y escuchar otros comentarios por parte de mis tías, resultó evidente que comparten sus experiencias con pocas personas.

Casi no tocamos ese tema, la verdad. Luego, cuando volvíamos a saber de una de ellas, que se murió el niño que yo cuidaba, que Tamara visita a tu abuela. A veces sí llegamos a hablar, pero, no es nuestro tema, llegamos a platicar y a recordar, pero, no es un tema que siempre salga. Pero sí es algo importante, pero no, no es un tema que salga mucho a relucir, la verdad [...] No es algo vergonzoso, es...es una actividad importante, hija, que a lo mejor no tienes un título, no fuiste a la universidad, pero, es

una actividad muy importante y necesaria, y a lo mejor no necesitas una buena preparación, pero, sí es algo importante y a lo mejor no lo platicamos porque fue algo que vivimos y que fuimos dejando atrás. Pero yo me acuerdo de eso con mucho cariño. Si yo no hubiera trabajado, no hubiera terminado la escuela. Yo no me avergüenzo. Yo estoy contenta, yo estoy feliz, es algo que me formó, que me ayudó, que a lo mejor no lo digo a los cuatro vientos, pero es algo que a mí me ayudó. Me ayudó a pagar mis pasajes, mi papá después sí me ayudaba y todo, pero, de ahí yo tuve dinero y pude pagar mi inscripción, pagar mis pasajes. Fue muy importante y fue muy valioso y nunca me dio vergüenza, iba de mi casa como si nada. O como era chica, a lo mejor no sabía que me debía avergonzar, o algo. Para mí fue normal. Mi vida era tan sencilla que no sabía que se podía vivir de otra manera, entonces para mí fue bonito, nunca me sentí menos, nunca me sentí menospreciada (Jazmín).

De nuevo, Jazmín menciona que no se avergüenza ni ahora ni cuando era trabajadora, pero, es interesante notar como dice que “a lo mejor no sabía que me debía avergonzar”. Esto refleja la explicación que Sabido Ramos da sobre la vergüenza, que es una señal que alguien más nos da, necesitamos de alguien que la recalque (2020, 300). Otro elemento que me parece importante recalcar es que reconoce que el trabajo fue su “medio y no su fin”. Es decir, estaba consciente de que sería un trabajo temporal y que le permitiría movilidad social. Respecto al trabajo del hogar y movilidad social, Margarita y yo discutimos al respecto:

Margarita: Y ahora yo te pregunto a ti, ¿por qué te da vergüenza?

Mayte: Pues sí, si hay un elemento de vergüenza, pero también está este miedo...

¿Por qué te da vergüenza?

Porque justo era esto de... ver cómo era la dinámica con mis amigas y las señoras que estaban en sus casas...

[Interrumpiendo] ¿Por qué decidiste, para el nivel económico y cultural que tienes, por qué decidiste trabajar en eso?

Porque mi permiso de residencia...eran las opciones de trabajo que tenía.

¿Sólo lo hiciste por salirte del país, aunque ese fuera el trabajo?

No, yo me fui a estudiar, y ya estudiando encontré el trabajo. Que, ¿si me iría ahorita a hacerlo? no. Porque conozco las experiencias de las chicas, no lo haría.

¿Lo harías aquí?

No

¿Por qué no? ¿Porque te avergüenza?

No, pero, sería como que...

[Interrumpiendo] Retroceder

Ajá... y yo pienso que no vale la pena porque aquí es como trabajar todo el día, la paga es mala. Me daría flojera porque siento que aquí están atrás de ti.

Sí, cuidándote...

Entonces no, no lo quiero hacer, porque yo siento que no la pasaría bien.

Pues, a mí no, nunca me ha avergonzado, ni me he arrepentido, y lo saben quién lo tiene que saber y si ahorita me ofrecieran un trabajo con una buena paga, sí lo haría. No lo haría porque digo, dejé un trabajo donde ganaba bien para irme otra vez de chacha por una miseria, no, mejor no.

Mjm, sí, o sea, si aquí fuera bajo el mismo esquema que en Dinamarca, que podía estudiar y me pagaban “bien” pues sí, sí lo hacía. Allá a veces solo trabajaba hora y media y me iba, lo máximo que estaba en una casa eran 4 horas, y era una sola vez al mes. A veces si extraño mi vida allá, el tener mi trabajo, estudiar...

Y el dinero

Sí, el dinero.

Mi tía señala lo que Ayse menciona, que hay trabajos que consideramos como culturalmente inapropiados para nosotros (2007), en mi caso, el trabajo del hogar no es una profesión que se espera de mí. Para ella, no hay vergüenza en la experiencia, sin embargo, desde nuestra posición social, retomar el empleo es descrito como “retroceder”. Y no sólo es retroceder económicamente, también es retroceder socialmente, pues es regresar a la posición de “chacha”. A pesar de que mis familiares reconocen el trabajo que implica el mantenimiento del hogar siguen usando términos despectivos para referirse a las trabajadoras del hogar. Algo que parecen no cuestionar es la paga baja que reciben las trabajadoras, quizás esté relacionado con que el trabajo de ellas también fue devaluado por ellas. Mi madre lo ha expresado, si su trabajo fue precarizado, ¿por qué debería de valorar más el de alguien más?

Por lo que se refiere a Liliana, ella afirma que su experiencia no le causa conflicto, así que no es algo que oculta. De igual modo, no me cuestionó sobre mi vergüenza o decisión de empleo, y no hizo comentarios similares a los de Jazmín y Margarita, donde reconocían los estereotipos sobre las trabajadoras del hogar. Sin embargo, es conciso señalar que mi tía Liliana fue quien experimentó movilidad social ascendente en momentos más tardíos de su vida, ya cuando sus hijos eran profesionistas. Asimismo, cuando le pregunté si alguna vez empleó a alguna trabajadora del hogar, me respondió que no, que nunca lo había hecho. Sin embargo, yo sé de diferentes relaciones laborales que mantuvo con las hermanas de su madre; es posible que no considere esto como trabajo, sino ayuda. A lo que voy es que, Liliana perteneció a la clase trabajadora por gran parte de su vida, y su círculo social eran personas que igualmente pertenecían a ésta, es decir, no veía una necesidad de diferenciarse de ellos, y no tenía las herramientas para hacerlo, como un título universitario o un esposo con un empleo prestigioso.

Exceptuando a mi tía Liliana, mi madre y sus hermanas hablaban de sus tiempos como trabajadoras del hogar como si desde ese entonces supieran que eventualmente dejarían el empleo. Esto es especialmente evidente con el relato de Margarita, cuando menciona que, contrario a la joven indígena que llegó a tomar su lugar en casa de Carla, ella *sí* tenía oportunidad de ascender socialmente. Si bien, ese razonamiento de Margarita está meramente basado en el racismo, es probable que ella y sus hermanas consideraran que el trabajo del hogar era algo temporal por la época en la que crecieron. Como lo mencioné en el segundo capítulo, vivieron su niñez en los últimos años del Estado de Bienestar mexicano, lo cual les permitió cierta movilidad, mudándose de la vecindad a una casa propia.

Rescatando el fragmento de entrevista de mi tía Liliana, le menciono que, con mis compañeros de universidad me es muy difícil hablar sobre mi experiencia, especialmente si estos son hombres. Aun no puedo articular con claridad los motivos de ese sentir, pero, pienso que está relacionado con la división jerárquica de géneros, donde lo femenino es lo inferior (Gutiérrez-Rodríguez 2010), también, el trabajo doméstico es asignado a las mujeres (Federici 2013). Entonces, siento que, al compartir mi experiencia con un hombre, es como si admitiera mi inferioridad, como si aceptara mi mandato de género. Y no quiero ser percibida de esa manera.

Mis compañeras y amigas de universidad saben sobre mi experiencia solamente porque me he visto obligada a compartir mi tema de investigación en diferentes clases. Cada vez que lo hago, siento los mismos nervios y reluctancia a hablar al respecto. Recuerdo una clase de documental, donde, debía de compartir el tema a trabajar en clase, pensando que podía controlar la información que compartiría, dije que quería realizar mi cápsula documental sobre el trabajo del hogar. Sin esperármelo, la profesora comenzó a hacerme varias preguntas y terminé comentando que yo había sido trabajadora del hogar en Copenhague. Continuó con las preguntas y yo me sentía en un interrogatorio, estaba sudando y tenía ganas de apagar la computadora para ya no hablar más. Era la primera vez que compartía mi experiencia con gente completamente desconocida, y a pesar de estar detrás de una pantalla, me sentía muy vulnerable.

Hablar sobre mi experiencia me hace sentir vulnerable sobre el qué dirán los demás. Yo recuerdo mi experiencia con cariño, pero, al parecer, tiene más peso lo que los demás digan sobre esta. Si bien, con mis compañeras de la universidad ya me siento más cómoda hablando al respecto, tengo otro grupo de amigas a las que nunca se los he comentado. Son

amigas de la secundaria, la cual era privada y pequeña, y las apariencias importaban mucho. Después de leer la tesis de La Hidalga, describiría a la población de esa secundaria como una clase media aspiracional, o que habían pertenecido a las capas altas y ahora sólo conservaban el apellido. Mi mamá sintió que sólo pudo encajar con otras pocas, que también venían de la clase trabajadora. A pesar de que les tengo mucha confianza y cariño, me aterra comentarles, también, pienso que tal vez no me incomoda que ellas sepan, sino, que sus mamás sepan. He visitado sus hogares lo suficiente para escuchar comentarios discriminatorios salir de sus bocas, claro, sin que ellas sepan que los comentarios son despectivos. En ese círculo social, donde las apariencias son lo que más importan, no me permito ni deseo vulnerarme.

Continuando, Magnolia, mi madre, sólo lo comparte conmigo y sus hermanas:

Mayte: Yo, hablando desde mi experiencia y también platicando un poco contigo, siento que...ajá...casi no hablas de tu trabajo con la señora Andrea, o como del trabajo del hogar, pero ¿con tus hermanas sí lo hablas?

Magnolia: Pues sí, porque saben eso.

¿Y con quien más lo comentas?

¿De que trabajé en una casa? Nada más con mis hermanas, bueno, y tú. Tal vez ya les dije a mis otros hijos.

¿Por qué?

No sé, puede que me dé pena.

¿Por qué?

Pues es una etapa que no me gusta.

¿Por qué?

Pues a quien le gustaría ser una persona que trabaja en casa, pues a nadie.

Admito que, si fuera una trabajadora del hogar en la actualidad, no me gustaría escuchar las anteriores palabras. Sobre todo, me parece impactante por la relación que mi madre mantiene con Laura, la trabajadora del hogar que ha laborado por más tiempo en nuestra casa. Como es común en las relaciones entre trabajadoras y empleadoras, está llena de tensiones, pero, también de amor y cariño (Oosterling 2016). Mi madre respeta su trabajo y lo reconoce como tal, entonces resulta contrastante que diga lo anterior. Sin embargo, considero que está relacionado con que ella es quien ha experimentado una mayor movilidad social, de igual modo, los espacios educativos y recreativos donde nos desarrollamos mis hermanos y yo estaban conformados por personas que “sí pertenecían” a la sociedad poblana. Probablemente mi madre sienta una presión más fuerte por marcar su no-pertenencia a la clase trabajadora, por ende, recurre a expresiones como la anterior. Exploraré esto a mayor profundidad más adelante.

En cuanto a mis tías Jazmín y Margarita, cuando me comenzaron a platicar sobre las diferentes trabajadoras del hogar que habían empleado a lo largo de su vida, les pregunté si alguna vez compartieron con ellas sus experiencias pasadas, a lo cual respondieron que no. Magnolia comenta lo mismo, que nunca les ha platicado a las diferentes trabajadoras del hogar que ha empleado sobre su pasado. Me pregunto por qué sucede esto, ¿por qué si tienen una experiencia en común no la comparten? Considero que el compartir sus experiencias implicaría igualarse a las trabajadoras del hogar, lo cual significa “retroceder” en la jerarquía social. Si bien, mis familiares no ejercen prácticas explícitas de diferenciación, como comer en lugares separados, comida diferente, prohibirles usar espacios del hogar, es necesario recordar que, en este tipo de relación laboral, siempre hay una jerarquía, como dicen Durin,

De la O y Bastos, el trabajo del hogar implica más que relaciones laborales, también hay implicaciones ideológicas y de clase (2014, 32).

Respecto a mi caso, he mantenido una relación laboral con dos trabajadoras diferentes. Una de ellas, Ilce, fue empleada por una amiga antes de que yo llegara al departamento. Entre las diferentes pláticas que mantuvimos, le comenté que yo había trabajado en casas. Esta relación fue breve y terminó porque yo dejé de vivir en ese departamento. Por el otro lado, mi relación con Laura ha sido mucho más larga pues trabajó en casa mis padres, al igual que con Ilce, he compartido mi experiencia sin problema alguno. Esto puede ser considerado como algo positivo, no obstante, me preocupa que también se deba a lo que Constable explica como “Los empleadores pueden sentirse libres de contarles a los domésticos secretos que no compartirían con sus amigos o familiares precisamente porque el doméstico está muy lejos de ser social y psicológicamente significativo para el empleador” (2007, 214). O sea, reconozco la falta de influencia que ambas trabajadoras presentan en mi vida social, y, por ende, me siento cómoda compartiendo una experiencia estigmatizante. Puede que este, a cierto grado, sea el caso, sin embargo, también veo el compartir mi experiencia con ellas como una manera de conectar.

También, con Laura han surgido conversaciones muy interesantes respecto a mi aprehensión por compartir mi experiencia. Fuera de mis directoras de tesis, ella es con quien más he discutido este trabajo. Me costó trabajo comentarle que la vergüenza que siento es lo que me impulsó a escribir, sin embargo, me respaldé tras los argumentos que aquí presento. Ella lo reflexionó y me dijo que le parecía muy duro, pues ella no se avergüenza de su trabajo, pues es su medio de subsistencia y le ha permitido ciertos lujos.

No obstante, al pensarlo con mayor profundidad, me comentó de una ocasión en la que diferentes mamás de la escuela de sus hijos se reunieron por una junta escolar. Para charlar, empezaron a preguntar qué hacían de sus vidas, muchas simplemente respondieron que “trabajaban” pero no especificaron en qué, hasta que una de ellas dijo que trabajaba en casas. De ahí, la mayoría agregó que ellas también trabajaban en casas. Del mismo modo, me comentó que nunca se había cuestionado cómo se sentían sus hijos respecto a su trabajo, si les daba pena compartirlo o no. Aquí cabe destacar que Laura comenzó a reflexionar sobre esto después de que yo comentara sobre mi vergüenza. ¿Acaso es lo que Sabido Ramos menciona? Que la vergüenza es algo que los demás nos dicen que debemos sentir.

5.2 ¿Orgullosa de ser trabajadora?

Cuando Margarita me dijo que ella no se avergonzaba de haber sido trabajadora, y me confrontó sobre mi sentir, yo le regresé el cuestionamiento preguntando si, entonces, era algo que compartía abiertamente en su trabajo como contadora. Ella respondió que no, pero, me explicó que no era porque le diera pena, si no, porque en realidad no compartía detalles sobre su vida personal con personas ajenas a su familia, más aún, ella comentó lo siguiente “Jamás conté mi vida en la empresa, pensaban que mi mundo era color de rosa. Nadie sabía mi vida, pensaban que era feliz porque tenía a mi hija y esposo. Eso nos lo enseñó mi mamá y mi papá, solo si cuentas van a saber tu vida. Entonces nadie sabía sobre lo que pasaba en mi casa, *ni la vida que tuve.*”

Mi propuesta es que el ocultamiento es una herramienta para confirmar su posición social, y, si bien Margarita no dice algo sobre vergüenza o necesidad de ocultar su

experiencia, habla sobre la creación y mantenimiento de apariencias. Su papel de madre y esposa daban información positiva sobre ella, no era algo que la hacía resaltar de manera negativa; era como una protección ante el estigma que implica su pasada pertenencia a la clase trabajadora.

De manera similar, Jazmín argumenta que ella no se avergüenza sobre su pasado, sin embargo, conforme fue avanzando nuestra conversación, se empezó a dar cuenta que es algo que ha compartido con muy pocas personas:

Fíjate que tienes razón, porque nunca se lo he platicado a nadie, así a mis amiguitas, pues a lo mejor una que otra. A lo mejor a Fátima, a Mercedes les he comentado, a ellas sí, pero, que sea un tema a sacar en las reuniones, no. Sí lo he platicado a mis amigas más íntimas, ellas también tuvieron que hacer esa actividad, y ya. Con otras personas, no. No es un tema que salga a relucir, no. Pero a mis amigas más allegadas sí he platicado con la confianza, pero, no a todos. También como fue algo que fue sucediendo así, de mi desarrollo personal, fue como parte, como un medio, así que solamente lo he platicado con las personas de más confianza.

Entonces, sólo les ha platicado a sus amigas más cercanas, quienes también fueron trabajadoras del hogar en su juventud. En cierto punto me dijo “pues, tienes razón, no es algo que uno va gritando a los cuatro vientos”. Es decir, Jazmín reconoce la importancia que el trabajo del hogar tuvo en su vida, pero, también reconoce que es algo estigmatizante, pues es tratado como algo confidencial. Sin la intención de hablar por mis tías, me imagino que admitir que no lo comparten por vergüenza resulta algo retador, pues sería admitir y reconocer un pasado que las pone en un lugar vulnerable, al ser considerado como negativo.

Por el otro lado, mi madre se mostró abierta respecto a su deseo por ocultar su experiencia. A pesar de que mi padre también proviene de clase trabajadora, ella se rehúsa a compartir su experiencia trabajando en una casa. Cuando le pregunté por qué, me explicó

que le daba vergüenza. Considero que sus palabras son duras, tanto de escuchar y decir, pero aprecio su honestidad. Aquí cabe señalar que, desde antes de la entrevista, el trabajo del hogar se había convertido en un tema de conversación, abriendo un espacio de reflexión para ambas. Así que, pienso que mi madre sintió la confianza suficiente para compartir algo como lo anterior.

A simple vista, el admitir la vergüenza parece que sólo alimenta la desvalorización del trabajo del hogar, sin embargo, yo considero que también cuestiona a éste. Después de que mi madre dijera que a nadie le gustaría trabajar en casa, explicó que era por la noción de servir a alguien, de sentirse y que te hagan sentir inferior. Así pues, Cumés (2014) explica que:

La mayoría de las empleadoras entrevistadas ven a las trabajadoras como personas que han tenido oportunidades diferentes. “Ellas necesitan tanto de nosotras como nosotras de ellas. Lo que hacen es un trabajo como cualquier otro”. Parecieran ser palabras progresistas, pero justamente son estas expresiones las que recogen la normalización de las dependencias asociadas a la servidumbre. Si en este contexto, darle una categoría de ser humano a la trabajadora es una idea progresista o de gente educada, significa que apenas se está rompiendo con una suerte de deshumanización normalizada. Pero la humanización que aquí se enarbola no llega a causar asombro respecto a las desigualdades que trazan la vida de empleadoras y empleadas. O quizá esa noción de humanización reproduce deshumanización, como las ideas progresistas siguen reproduciendo jerarquía entre humanos (214).

Tal vez sea más aceptable y políticamente correcto tomar la postura de mi tía Margarita que la de mi madre, o sea, decir que se siente orgullosa de haber sido *servienta*. Sin embargo, yo considero que eso refleja la normalización y perpetuación de la cultura de la servidumbre que discute Cumés. Pienso que ese orgullo normaliza la jerarquía entre humanos, pues impide hacer una crítica al porque ciertas personas *sirven*, mientras que otras *mandan*. Así que, considero que admitir la pena que rodea su experiencia, es una forma de

cuestionar aquella normalización. Mas aun, Margarita constantemente recalco cómo su padre le enseñaba la división de clases, donde aquellos que tenían dinero son los que mandan, ella recuerda las palabras de su padre cuando le mencionó que quería trabajar un tiempo en Chicles Adam's: "No me dejaba, me decía 'Te va a dominar el dinero y no vas a querer regresar. Escoge, quieres ahorita sufrir y en cierto tiempo tener un título y ser alguien en la vida, o conformarte con 600 pesos que deslumbre y ser una gata toda tu vida, porque un obrero es una gata'".

Jazmín también demostró una normalización por contar con servicio doméstico:

Ese trabajo es un medio. Es algo que está a tu medida, que se acomoda a tus necesidades, que te está sirviendo y después vas a dar otro salto. Y yo creo que hay gente de todo tipo, hay personas que siempre van a estar al servicio, y no es malo, porque a lo mejor no pudieron prepararse, hay mucha gente necesitada, mucha necesidad, y si no se preparó, pues entonces se va a quedar ahí, pero para ti y para mí, fue un medio que nos ayudó a salir, a dar el otro paso, bueno, y tú por gusto, por elección, te pudiste haber quedado paseando todo el tiempo, y sacaste provecho, eso es bueno, Mayte, porque aprendiste a hacer las cosas, *ahora cuando tu tengas personas a tu servicio, tú vas a saber mandar, porque hay personas que tienen y no saben mandar*. Hay que hacer de lo sencillo para que lo sepas hacer, es bueno porque creces como persona como ser humano, y el trato, y así es esto. ¿No? A lo mejor nacimos con ventaja o sin ventaja, esta es nuestra vida, nuestra realidad, ya estamos acá, ahora hay que moverse, acomodarse, pero somos afortunadas. Y sí, a nadie le gusta lucirse así de "ay pues yo soy sirvienta" Pues sí, tienes razón, porque tenemos una visión equivocada de esas personas, pero, pues hay que cambiarlo ¿no?

En un inicio, Jazmín reconoce el valor del trabajo del hogar, sin embargo, también lo describe como un trabajo de gente necesitada, que si no se "prepara" permanecerá ahí. Más aun, una de las ventajas que obtuve, de acuerdo con ella, fue el aprender a *mandar* de forma correcta. Posteriormente, Jazmín admite que existe una visión equivocada de las y los trabajadores domésticos, sin embargo, usa expresión que detona cierta diferenciación "esas personas". "Esas personas" que, como empleadora, representan al otro.

A pesar de que las hermanas de mi madre niegan ocultar sus experiencias, resultó ser que son pocas personas con quienes lo comparten. Conversando con mi tío Geranio, él tampoco asoció la vergüenza con su experiencia y se mostró agradecido con la ayuda que este empleo significó para él, sin embargo, cuando le pregunté con quién lo conversaba, la lista se limitó a los miembros de su familia. Posteriormente, le pregunté que, si comenzara a platicar con un extraño en la calle, le compartiría su experiencia, a lo cual él respondió que no. Sin embargo, cuando se trata de su profesión como contador, no tiene problemas compartiéndolo. Esto me hace pensar en lo que Javaid menciona sobre la vergüenza y el estigma, que son acechadores, por ende, constantemente debemos hacer esfuerzos para ocultar ciertos aspectos de nuestras vidas (2019).

5.3 “Trátame como quieres que te traten” de trabajadoras a empleadoras

Una característica muy importante de mis familiares es que pasaron del rol de trabajadoras del hogar a empleadoras de las mismas. A lo largo de la tesis he argumentado que trabajadora y empleadora son figuras opuestas, la empleadora necesita de la trabajadora para definirse a sí misma. Entonces, ¿cómo se percibe una empleadora que ha sido trabajadora? ¿cómo influye su experiencia pasada en su actuar como “patrona”? Ya he mencionado que mis familiares se rehúsan a compartir sus experiencias con las diferentes mujeres que han empleado, lo cual, desde mi perspectiva, es una muestra por ese deseo de diferenciación. Sin embargo, aun cuando les ocultan esta información, reflexionan sobre el trato que recibieron para relacionarse con las trabajadoras.

Margarita es quien más enfatizó esto:

Si yo me sentí humillada, entonces yo no debo ser así. Y además mi papá siempre nos enseñó el respeto hacia las demás personas, así de, trata como te gustaría que te

trataran. El mismo respeto merece la persona que recoge la basura, que el presidente. Y todas las personas mayores a ti, les debes hablar de usted. Y tener atenciones, cederle el paso, tener atención a las personas adultas, pero ahorita en la actualidad ya no hay.

Margarita había mencionado que la entristecía el trato que recibía en la casa de la señora Carolina, así que no desea repetir la dinámica. No obstante, comienza a hablar sobre el respeto, y según ella, una manera de mostrar respeto es hablándole de usted a las personas adultas, sin embargo, señala, eso ya no existe. Retomando lo que dice Rollins, la forma de dirigirse a las personas marca jerarquías, siendo el usted un ejemplo de esto. Cuando Margarita señaló esto, lo hizo con cierto desagrado, como desaprobando la falta del uso del usted. Magnolia hace un señalamiento similar “El trabajo en la ferretería era divertido, pero ahí era otra cosa, había respeto. Le tenías que hablar de usted a los patrones, y luego ves, por ejemplo, el mensajero a tu papá le hablaba de tu, *que está bien, no hay problema*”. De nuevo, se iguala a la jerarquía entre personas como respeto.

Cabe señalar que mis familiares asumen que, al no participar en dinámicas de diferenciación explícitas, no existe una jerarquía entre ellas y las trabajadoras:

Yo nunca me he sentido más o menos, incluso me pregunta cómo se vestiría (Laura), me contaba sus combinaciones de ropa de cuando iba a fiestas. Yo creo que ahí se pierden las diferencias...de... no de clase, porque todos somos iguales, pero hay gente que sí no, no puedes hablarle como quieras (Magnolia).

En ese fragmento, Magnolia se refiere a Laura, quien ha laborado en nuestro hogar alrededor de ocho años, ella menciona que, en su relación con ella, se pierden las diferencias. Sin embargo, yo me pregunto ¿por qué no comparte con ella su experiencia como trabajadora? De igual modo, Magnolia menciona como con ciertas personas sí es necesario

remarcar las diferencias, en ese caso, entre ella y sus patrones en la ferretería. Considerando lo anterior, Magnolia define a una buena patrona de la siguiente manera:

Que no sea tan exigente, pero, hay muchas cosas, que también luego se encajan las personas. Hay de todo, hay gente abusiva y hay gente que se encaja. Yo creo que está bien que tengan su sueldo, su horario, a lo mejor también cubrir sus alimentos. Pero luego no les gusta la comida que haces. Yo creo que hay que ser buena persona, y no ser tan explotadora.

Es interesante notar como, a la hora de describir a una empleadora, Magnolia recurre a la figura de la trabajadora, sobre todo, recurre a una imagen negativa, el ser encajosa. Es decir, el no ser tan exigente, como la señora Carolina, conlleva un riesgo, pues la trabajadora se puede aprovechar de eso. Otro aspecto importante a señalar, es que se toman los derechos laborales como un tema a decidir con base en opiniones. Finaliza diciendo que, para ser una buena patrona se debe ser una buena persona.

Por otro lado, Margarita define a una buena empleadora de la siguiente manera:

Una buena jefa, o patrona es la que te exige sin humillarte, sin lastimarte ni sobajarte. Tú, en general, como trabajadora, si te vas a alquilar por un sueldo, debes hacer tu trabajo al 100%, lo mejor, no sólo “ay, voy a cumplir el horario, entregar por entregar”. Dar lo mejor de ti y un extra. Que te pida las cosas, tal vez no por favor, porque es tu chamba, pero sí de manera amable, no con gritos ni con malas palabras ni con miradas feas. Todo con educación. Para mí, eso es un buen patrón, un buen jefe.

De nuevo, para definir a la empleadora se recurre a la trabajadora. Me atrevo a decir que, de acuerdo con las anteriores descripciones de una buena empleadora, ser una no implica algo extraordinario o difícil de lograr, es decir, se espera lo mínimo. Una buena empleadora no es aquella que respeta derechos laborales, es alguien que muestra la mínima consideración por la trabajadora. Con esto no quiero decir que el trato que describen mis familiares sea uno basado en la violencia y falta de consideración, sin embargo, el trabajo del hogar, como dice

Durín, es producto de una desigualdad social, por ende, es injusto en sí. Mi tía Margarita señaló eso:

Es necesario saber respetar. Saber llevar un liderazgo, y no tiene que ser en forma prepotente. Todo se puede pedir y conseguir. Puedes ordenar, porque es diferente a hacer un favor, pero hacerlo de forma amable, pero, yo te doy las cosas como me las pides. Pero como tú eres mi patrona me lo vas a pedir en forma grosera, y yo voy por necesidad te voy a tener que soportar. Si todo fuera con educación, sería un mundo mucho mejor. Y no tratar del que está abajo pisotearlo. Pero desgraciadamente en México la mayoría de la gente así piensa “como tengo el dinero, tengo el poder. Como tengo el dinero, tú tienes que obedecer, y lo voy a hacer de la forma que yo quiera, y como tú estás necesitado lo vas a aguantar”. Debería ser “trátame cómo quieres que te traten” Pero eso no existe.

Margarita reconoce que, en una relación laboral, donde una persona tiene ingresos económicos más altos que la otra, hay una asimetría, y si una de las partes involucradas se encuentra en una situación económicamente precaria, esto la vulnera y convierte en explotable.

En la actualidad, de sus hermanas, mi madre es la única que continúa contratando a trabajadoras del hogar. Jazmín comenta que al vivir sola y estar recién jubilada, prefiere hacer sus deberes domésticos ella misma. Liliana, por el otro lado, recibe gasto por parte sus hijas, por ende, considera la realización de las deberes domésticos como su responsabilidad y obligación. Como Margarita ya no tiene un empleo formal considera un gasto innecesario contratar a alguien. Sin embargo, cabe destacar que los hijos de Liliana, Jazmín y Magnolia contratan a trabajadoras del hogar.

Esto último resulta sugerente, tanto Jazmín como Margarita mencionaron que esperaban que sus hijos no tuvieran las mismas vidas que ellas, refiriéndose a las carencias económicas. Entonces, me atrevo a decir que, sus hijos empleando a una trabajadora, funciona como una confirmación de esto. De igual modo, me parece sorprendente escuchar

la manera en la cual mis primos y primas hablan respecto a las trabajadoras, como lo describí en el segundo capítulo, hay una creencia compartida de que todas son unas “malhechas”.

Respecto a mí, no había prestado atención a cómo me relacionaba con trabajadoras del hogar antes de comenzar esta investigación. Incluso, cuando fue momento de escribir sobre Laura en mis escritos auto-etnográficos me di cuenta de que sabía muy poco sobre ella. A pesar de que había sido parte de mi cotidiano por alrededor de siete años, no me sabía su apellido o demás información similar. Darme cuenta de lo anterior también me resultó vergonzoso, pues me encontré repitiendo dinámicas de poder, Laura sabía muchas cosas sobre mí y me demostraba su cariño, mientras que yo nunca me tomaba el tiempo para preguntarle sobre su vida. Hoy en día, Laura, además de las otras casas que limpia, trabaja en casa de mis padres, la mía y de mi hermano. Si bien, ahora intento llevar una relación más horizontal con ella, el hecho de que continué trabajando conmigo y mis hermanos me hace pensar en la cultura de la servidumbre y la dependencia que se desarrolla entre trabajadora y empleadores.

En una ocasión, mientras Laura estaba limpiando mi departamento comenzamos a hablar sobre tener hijos. Cuando yo le expresé mi deseo por tenerlos, ella empezó a bromear diciendo que aún no era mi momento, pero que, cuando lo fuera, ella cuidaría de mi hijo mientras yo trabaje. Siendo honesta, el comentario me hizo sentir bien y lo tomé como una expresión de amor. No obstante, considero que refleja lo que Durin dice sobre el trabajo del hogar, que más allá de ser una ocupación, es una institución, y está llena de relaciones de dominación, dependencia y desigualdad normalizadas (2017, 380).

5.4 Reproducción de estereotipos

Preguntándoles a mis familiares cómo definirían a una buena trabajadora, descubrí que, si bien, no esperan una mujer sumisa y obediente, su percepción de las trabajadoras sí está basada en ciertos estereotipos, como, que son deshonestas y roban. Por eso, el “ser honesta” era la cualidad más importante. Nótese que, de acuerdo con los relatos de mi madre, Jazmín y Margarita, las tres han experimentado robo por parte de las diferentes trabajadoras del hogar que han empleado.

Mayte: ¿Qué es para ti una buena empleada?

Magnolia: Que sea honrada.

¿Qué significa eso?

Que no tomen nada de tus cosas, que puedas dejar tus cosas, tu dinero. Con Laura puedo dejar todo, hasta tiene llaves de la casa. Antes eran muy estrictos con las señoras del aseo, ahora ya te hacen lo que quieren. En el tiempo de mi mamá lavaban el piso a rodillas, incluso Margarita sí trabajó en una casa así. Ahora ya no les puedes decir nada, porque se van.

La última frase me recuerda a lo que dice Goldsmith, hay un anhelo por seguir precarizando y explotando por las trabajadoras (1998). Continuando con la discusión sobre los robos experimentados, diez años atrás, mi mamá, a través de la recomendación de la mamá de Laura, quien también laboró en nuestro hogar por 4 años, contrató a Karina, una mujer joven que vivía en la misma zona que nosotros. No recuerdo bien cuanto tiempo trabajó en mi casa, pero recuerdo muy bien que la relación laboral terminó porque mi mamá descubrió que había robado dinero y unos anillos. Se dio cuenta del robo del dinero por la desaparición de sus anillos, los cuales tenían un valor sentimental. Debido a la seriedad del asunto, mi padre se vio involucrado en la terminación de la relación laboral. Mis padres

pidieron una restitución del dinero, pero, en ningún momento consideraron atender el asunto de manera institucional.

Jazmín también recuerda una experiencia similar:

Tú dices que una buena trabajadora es honesta. ¿A qué te refieres con eso?

Honesta, que cumplas con lo que tienes que hacer y que respetes, sí, o sea, no debe ser caro ni debe de ser barato, debe de ser justo, lo que tu das y el otro da, entonces, porque si no, pierdes, entonces yo creo que tú debes hacer bien tu trabajo y sobre todo debes ser honesta, es lo que necesitas. Hacer bien tu trabajo y ser honesta, porque si eres honesta, pero no haces bien tu trabajo, no sirve, y viceversa. Yo creo que es “tú me das y yo te doy, pero, la misma carga, lo mismo de valioso, entonces para que tu estés a gusto”. Yo, la última persona siento que yo di mucho y no valía la pena. Es justo lo que tu pagues y lo que tu recibas. Aunque sea un trabajo de casa, es importante, lo debes hacer bien.

Con honesta, me refiero a no robar. Mira, yo me di cuenta de que esa persona que yo aprecio, que mi casita y todo, viene, y te das cuenta y dices no. No hay necesidad, si tú estás pagando lo justo, pues, que hagan bien su trabajo y ya. Tú sabes lo que tienes, cómo están las cosas y te das cuenta y dices, ay no, no tiene caso. Y duele porque es una persona que aprecias, que quieres ayudar. Pero tampoco puedes regalar las cosas, y muchas veces le ayudé sin, así (le daba dinero sin que laborara en su casa).

De igual modo, Margarita experimentó una situación de robos pequeños:

El primer fin de semana lo hizo todo perfecto, no comió ni nada. La segunda vez también lo hizo bien. Y ya después se tardaba menos tiempo, y ya no hacía las cosas igual. Y ya luego empezó, me di cuenta que se robó la leche en polvo de Belén. También, el café estaba bajado cuando nadie había tomado. Una vez desaparecieron dos piezas de pollo, yo dije “¿por qué no se sienta y come?”. Se desaparecieron varias cosas o las cosas se acababan rápido. Ella no me dijo adiós, sólo dejó de ir.

¿Entonces no fueron satisfactorias, que vinieran a limpiar?

En un principio sí. Después no. Se le está dando la oportunidad de no estarlas checando, porque escoge lo fácil. Ellas mismas se cierran las puertas.

Para ti, una buena trabajadora es...

Para mí, desde un principio le dices sus obligaciones, ellas las acepta, y no necesita que la estés vigilando. Arreando. Y ella te da el 100% de lo que se está comprometiendo a su trabajo. Hazlas porque tú quieres, porque para eso te estás empleando, si no, no lo hagas.

En cuanto a sus relatos como trabajadoras del hogar, la única que abiertamente admitió haber robado fue Magnolia. Me preguntó si eso influyó en la forma en la que terminó la relación laboral con Karina, reduciendo la hostilidad lo más que se pudiera. Margarita sólo mencionó tomar un vaso de jugo de naranja, acción que estaba prohibida para el personal de servicio doméstico. Estas experiencias, el hacer algo considerado como incorrecto pudieron influir en su manera de terminar las relaciones laborales con aquellas trabajadoras. Sin embargo, también existe la posibilidad que se deba al trato maternalista que Rollins describe, donde, el tolerar conductas negativas, como el robo, crea un sentimiento de superioridad en la empleadora, pues es una confirmación de estereotipos negativos (1985, 202).

5.5 Reflexiones finales: las trabajadoras no son parte de la familia

A pesar de que la mayoría de mi vida la misma trabajadora del hogar, Laura, ha laborado en mi casa, nunca prevaleció la idea de que era parte de la familia. Por supuesto, la relación entre ella y mi madre ha estado llena de tensiones y conflictos, resultando en una interrupción de la relación laboral por dos años. Sin embargo, considero importante señalar este aspecto, que ni mi madre ni sus hermanas hayan mencionado que una buena trabajadora se siente como alguien de la familia. Pienso que esto se debe a sus experiencias como trabajadoras, donde constantemente les recalcan que ellas no pertenecían a esas familias, tenían las obligaciones de un miembro familiar, pero, no disfrutaban de los privilegios que esto conlleva.

Me parece importante discutir esta expresión, no sólo porque en ocasiones es usada como pretexto para la explotación laboral, sino también porque es algo que escucho

constantemente, y que cuando era niña, anhelaba experimentar. Mis compañeras de escuela constantemente hablaban sobre las relaciones que sus familias sostenían con las trabajadoras que contrataban. Hablaban de cómo no solamente limpiaban sus casas, también cocinaban, las cuidaban, y, en ciertas ocasiones, eran las cuidadoras de las y los niños en las fiestas familiares. De cierta manera exotizaban a las trabajadoras, y a mi me llamaba mucho la atención. No entendía porque mi familia mantenía una relación tan “distante” con las trabajadoras de nuestra casa.

En la actualidad me doy cuenta de que, lo que presumían mis compañeras, eran las diferentes formas de explotación laboral que se ejercían en sus hogares. Sin embargo, eran esas formas sutiles, ocultas detrás del cariño y del amor. Ahora, no quiero decir que mis familiares no sean partícipes en dinámicas discriminatorias en sus relaciones laborales, sin embargo, no mostraron creer en la idea de que el amor es una moneda de cambio en este empleo.

En un inicio, pensaba que mis familiares devaluaban el trabajo doméstico, por ende, ocultaban sus experiencias y reproducían ciertos estereotipos negativos. Sin embargo, me doy cuenta de que debido a su experiencia sí lo valoran, y las actitudes anteriormente mencionadas se deben a otros asuntos. A pesar de los comentarios negativos, mis familiares demostraron reconocer a las trabajadoras como mujeres con sus propias vidas, para quienes el trabajo del hogar es un medio de subsistencia.

Cuando ellas trabajaron en casas, apreciaban los buenos tratos y que no existieran dinámicas explícitas de diferenciación. Reconocieron el cariño que se desarrolla con las personas con quienes se trabaja, pero, no mencionaron haber deseado que la relación fuera

más cercana o íntima. Para ellas, el trabajo era algo temporal que les permitiría cumplir sus planes de vida, así sentirse parte de las familias con las que laboraban no era la meta final.

CONCLUSIONES

Recientemente, fui a desayunar con dos amigos a un sencillo local. Mientras decidíamos qué comer, una vendedora ambulante entró a ofrecernos revistas con sopa de letras. Casi sin dirigirle la mirada, le dijimos que no y continuamos nuestra discusión. Segundos después, mis ojos se desviaron de los rostros de mis amigos, regresé mi mirada a la vendedora y observé su ropa, unos pantalones viejos y una blusa agujerada. Me inundó una inesperada tristeza y nostalgia. De pronto, sentí que veía a mi abuela materna en esa señora. Mi abuela, que alguna vez fue vendedora ambulante.

Me sentí culpable por no mirarla en un inicio, cuando rechacé sus productos, porque fue como afirmar la idea de los “no-identificables” (De la Hidalga Rios 2017). Luego sentí vergüenza por sentir lástima por la vendedora ambulante. Sin saber nada de su vida, asumí que era *pobre* y una relegada social. Tal vez esa blusa agujerada sólo es parte de un disfraz, un uniforme de vendedora ambulante. Tal vez llegue a su casa, se lo quite y *sea otra*. ¿Qué responderá cuando le preguntan en qué trabaja?

Me acerqué a este tema con mucha reluctancia, sin esperar que terminase hablando sobre mí. Aun no puedo decir que no me da vergüenza hablar sobre mi experiencia, pero ahora al menos ya no siento vergüenza por sentir vergüenza. Esta tesis me ha ayudado a entender porque se me revuelve el estómago y me sudan las manos cuando digo las razones por las cuales me interesa el trabajo del hogar como tema de investigación. Exceptuando a mi tía Liliana, para mí y mis familiares, el haber sido trabajadores del hogar resulta

desacreditador en nuestro entorno social. A pesar de que mis tías insisten en que no ocultan sus experiencias, resultó ser que sólo las conversaban entre familia o con personas que compartieron la profesión y también se convirtieron en empleadoras.

En un principio mencioné que estudiar a trabajadoras del hogar devenidas empleadoras es importante, pues de ahí podemos comprender diferentes aspectos sobre la movilidad social ascendente, construcción de imaginarios sociales negativos, y la continuidad de la cultura de la servidumbre. Después de revisar las historias de vida de mis familiares, me queda claro que, para ellas, la movilidad social es un asunto de esfuerzo individual. Poco tienen que ver las estructuras de desigualdad que existen en la sociedad en la que se desarrollan.

El ver la movilidad social como un asunto de esfuerzo individual facilita la reproducción de imaginarios sociales negativos sobre trabajadoras del hogar. Ser deshonestas y encajadas fue el estereotipo que más mencionaron. De acuerdo con mis familiares, las propias trabajadoras con sus actitudes “se cierran las puertas” para una movilidad social ascendente. Sobre todo, fue interesante notar la normalización del robo en el ejercicio laboral. Rollins (1985) menciona que la aceptación de actos negativos se puede interpretar como una confirmación de estereotipos. En el contexto de la investigación de Rollins, el estereotipo era que las personas afroamericanas tienden a robar. En el caso de mis familiares, el estereotipo era más una cuestión de clase, y más aún, ellas piensan que esos actos deplorables solo confirman cómo las trabajadoras no quieren hacer el esfuerzo para experimentar movilidad social ascendente.

Complementando a la discusión sobre la movilidad social como un asunto individual, Durin y Vázquez (2013) discuten sobre cómo trabajadoras que pasaron al rol de “patronas”

celebran este cambio de rol, viéndolo como un ejemplo de superación personal. Asimismo, tienden a reproducir ideas paternalistas a la hora de contratar a trabajadoras del hogar, considerando el empleo como una ayuda para las mujeres. A pesar de que mis familiares no lo expresaron con esas palabras, sí prevalece la idea de que las personas que realizan este empleo son “necesitadas”, y el empleo les puede abrir la puerta a un estilo diferente de vida, como les sucedió a ellas.

Respecto a los sentimientos negativos que experimentan trabajadoras del hogar, fue recurrente en la literatura encontrar la frustración y enojo como resultado de un trato maternalista. También, mencionan cómo este trato es común cuando se emplea a una trabajadora joven. Sin embargo, aun cuando mis familiares eran trabajadoras adolescentes, no mencionaron haber recibido un trato maternalista. No sentían que sus empleadoras quisieran controlar sus vidas personales. Liliana sí platicó cómo le daba vergüenza admitirle a sus empleadores que se casaría, pues pensaba que la regañarían por casarse siendo una adolescente, no obstante, ella sentía vergüenza porque ese suceso marcaba sus diferencias de clase; la gente *rica* no se casa durante la adolescencia.

Otro estereotipo que fue encontrado dentro de la literatura revisada fue el de las trabajadoras como personas sin educación y poco inteligentes. A pesar de que mi familia se mostró de acuerdo con la idea de que la escolarización es el camino óptimo para la superación personal, no repitieron discursos donde cuestionaba o negaban la inteligencia de las trabajadoras. Me atrevo a decir que esto está estrechamente relacionado con su pasado como tales, al haber realizado el trabajo, reconocen que requiere de diferentes conocimientos y habilidades, donde usas tanto tu lógica como el cuerpo. De hecho, mi madre reconoce que la

escuela no es el único indicador de inteligencia o lugar de obtención de conocimientos, pues aprecia los conocimientos populares que Laura comparte con ella.

Respecto a mí, durante mi ejercicio laboral sí me encontré identificada con los sentimientos de asco, inferioridad y vergüenza, esto se debía principalmente a mi condición de migrante del Sur. Un sentimiento que no experimenté fue el del aislamiento, de hecho, el trabajar en los hogares de las personas me hizo sentirme más conectada y entender mejor diferentes aspectos de la vida cotidiana en Copenhague. Sin embargo, yo sólo trabajaba por horas y no de planta, lo que me permitía desarrollar mi propia vida personal. Cabe señalar que sí experimenté un cierto trato maternal por parte de unas de mis empleadoras, sin embargo, en ningún momento provocó enojo o frustración, al contrario, era agradable comparado con el trato distante que mantenía con la mayoría de mis empleadores. No obstante, también considero que podía poner límites en ese trato debido a que sólo era por unas pocas horas cada quince días.

Si bien, la movilidad social ascendente es, generalmente, considerada como positiva, me resultó inmensamente interesante ver cómo se vive esto. El ganar un salario que cubra mucho más allá de las necesidades básicas no es el único marcador de la no-pertenencia a la clase trabajadora, se necesitan otras prácticas. Unas se tienen que demostrar, como lo es contratar a una trabajadora del hogar, tener un coche y asistir a escuelas privadas. Por el otro lado, ciertos aspectos de nuestra vida personal deben ser ocultados, como relatos de la infancia que evidencian las carencias económicas vividas, o profesiones devaluadas y precarizadas. Aquí cabe señalar, que, si bien la historia de mi padre no fue explorada, puedo decir que él no demuestra la misma resistencia a hablar sobre su infancia y múltiples empleos

que tuvo para pagar sus estudios y demás. Mas aun, estas historias son contadas con orgullo. ¿Qué es lo que le permite a mi padre esto?

Probablemente, esté relacionado con su género y el hecho que él tenga un empleo prestigioso, esa es su protección. Así como la universidad es mi escudo ante el estigma, él cuenta con su trabajo. Pero ¿qué hay de mis familiares que no cuentan con un empleo? Sus herramientas para protegerse se ven más limitadas, siendo el ocultamiento la principal.

Navegar el estigma que da un profesión despreciada y sin valor social es complejo. Por más que sintamos orgullo, como dice Javaid (2019), siempre corremos el riesgo de sentirnos humilladas, y es que ese sentimiento no es algo de decidimos, lo deciden los demás. Los demás me dicen cómo sentirme respecto a mí misma. Por supuesto, hay formas de contrarrestar ese sentir, y la principal estrategia que presenté fue el ocultamiento, que resulta una forma de protección, por ende, no debe ser juzgada como buena o mala.

Por el otro lado, si es necesario hablar y problematizar sentimientos como el orgullo y la vergüenza. En el primer capítulo me limité únicamente a hacer una revisión sobre sentimientos negativos, los cuales fueron expresados por mi familia. No consideré al orgullo por ser visto como positivo, por ende, no cabía en mi hipótesis. Sin embargo, éste resultó igual de complejo e interesante que la vergüenza. Me gusta el ejercicio de señalar lo “negativo” del orgullo y lo “positivo” de la vergüenza. Sí, todas las profesiones son importantes, el trabajo del hogar debería ser valorado, pero, ¿acaso no resulta peligroso repetir discursos como que “todos estamos para servir”? Porque, como lo he demostrado, en la organización social, basada en la cultura de la servidumbre, unos (unas) están asignados para servir y otros para mandar. Si defendemos con orgullo la profesión, ¿estamos defendiendo el orden colonial?

Por supuesto, no es mi intención decirles a trabajadoras del hogar activas cómo deberían sentirse respecto a su profesión. Yo hablo desde un lugar donde observé una normalización de las jerarquías sociales, una añoranza y romantización de las mismas. Lo cual, considero, sí debería cuestionarse y modificarse. En la actualidad, observo que la discusión sobre el trabajo del hogar está creciendo en la esfera pública, y si bien, es necesaria la discusión sobre la urgencia e importancia de derechos laborales para las trabajadoras, creo que también es importante una discusión sobre la existencia del mismo, ¿de dónde viene? ¿cuáles son sus raíces históricas?

Como dicen Durin, De la O, y Bastos el trabajo del hogar representa más que relaciones laborales, también hay implicaciones ideológicas y de clase (2014). Para acertar su posición social, mis familiares deben de hacer más que sólo contratar a una trabajadora del hogar, deben de ocultar su pasado como tal. Esto reafirma la idea de (Skeggs 2004a), que la clase está en constante construcción y bajo amenaza, nunca es fija e incuestionable.

Respecto a este último punto, el estigma juega un papel muy importante en ese cuestionamiento. Goffman y Javaid mencionan que en nuestras interacciones sociales corremos el riesgo de encontrarnos humillados y rechazados, por eso, aprendemos qué aspectos de nuestras vidas compartir y ocultar, dependiendo de las personas y situaciones en las que nos encontremos. En ocasiones, cuando nuestro atributo estigmatizante es descubierto, somos reducidos a tal, lo cual resulta aterrador. Resulta más aliviante ser considerado como “normal”. Mas que el ocultamiento se deba a los sentimientos negativos que se experimentan en el ejercicio del trabajo del hogar, el ocultamiento es una forma de ser percibidas como “normales” dentro de nuestro círculo social.

Aquí cabe señalar que el no pertenecer también conlleva emociones negativas, como menciona De La Hidalga. De acuerdo a las mujeres pertenecientes a la capa alta de la sociedad poblana, aquellas personas que no pertenecen a su círculo social, no pertenecen a la sociedad. Y las personas que no pertenecen a la sociedad son *nacas*, sin educación y con malos modales. Al menos en el caso de mi madre, yo he podido observar la incomodidad que esto le causa.

Como ya lo he mencionado, mis familiares consideran la movilidad social como un asunto individual, por ende, no consideran su color de piel u origen étnico como factores influyentes en su historia de movilidad social ascendente. Pienso que esto también facilita la reproducción de imaginarios sociales negativos, pues Margarita fue la única que reconoció que su color de piel le otorgó ciertos privilegios, sin embargo, normalizó el trato discriminatorio que la mujer indígena que la reemplazó recibía. Asimismo, naturalizó el ser trabajadora del hogar con el ser mujer indígena.

Aún quedan muchos temas para explorar respecto al trabajo del hogar, por ejemplo, en esta investigación sólo me enfoqué en las mujeres de mi familia, asumiendo que habían sido las únicas que tuvieron este empleo, sin embargo, mi tío Geranio y David también fueron trabajadores del hogar. Esto demuestra que, más allá de ser un mandato de género, el trabajo del hogar está enclavado en otras estructuras jerárquicas, como la cultura de la servidumbre. Hablando de ésta, considero que es una de las razones por las cuales el trabajo del hogar genera vergüenza en mi familia, porque, sin importar que tan amable sea el trato con los empleadores, implica una estratificación social, donde las y los trabajadores son colocados en una posición inferior.

Me pregunto de qué maneras se puede contrarrestar esto. Entiendo que la solución requiere un cuestionamiento y rechazo por la cultura de la servidumbre, lo cual me parece difícil de articular de una manera que resuene. Una forma de empezar, pienso yo, es reconociendo a las tareas de cuidado y limpieza como lo que son: trabajo. De igual modo, es necesario romper con la idea de que realizar estos deberes es parte de la naturaleza de las mujeres. Se necesitan años de entrenamiento para aprender cómo realizarlas, no hay nada natural dentro de esta asociación.

También, es crucial reconocer que, el trabajo del hogar, por más liberador que sea para la mujer empleadora, sigue reforzando la heteronorma, donde las mujeres son vistas como las únicas responsables del trabajo doméstico. Considero que es de igual importancia dignificar el trabajo del hogar, hay que reconocerlo como un empleo que requiere habilidades y conocimientos especializados. Por supuesto, también es importante reconocer a las trabajadoras como seres humanos, que tienen una vida más allá de los hogares empleadores. Entendámoslas como mujeres a quienes el trabajo del hogar representa la opción más viable para cumplir sus planes de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Abramowski, Ana, y Santiago Canevaro. 2017. "Introducción." En *Pensar Los Afectos: Aproximaciones Desde Las Ciencias Sociales y Las Humanidades*, editado por Edit Marinozzi, Primera ed, 9–28. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Ayse, Ajalin. 2007. "Hired as a Caregiver , Demanded as a Housewife: Becoming a Migrant Domestic Worker in Tukey." *European Journal of Women's Studies* 14 (3): 209–25. <https://doi.org/10.1177/1350506807079011>.
- Benza, Gabriela. 2014. *El Estudio de Las Clases Medias Desde Una Perspectiva Centrada En Las Desigualdades En Oportunidades de Vida*. Primera ed. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Blanco Abellán, Blanca. 2014. "Negociación y Resistencia: Relaciones Diádicas En El Empleo Doméstico de Mujeres Guatemaltecas En Tapachula, Chiapas." En *Trabajadoras En La Sombra. Dimensiones Del Servicio Doméstico Latinoamericano*, 201–26. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Boylorn, Robin, and Mark Orbe. 2016. "Introduction. Critical Autoethnography as Method of Choice." En *Critical Autoethnography: Intersecting Cultural Identities in Everyday Life*, editado por Robin Boylorn and Mark Orbe, First ed, 13–26. Walnut Creek: Left Coast Press.

- Brown-vincent, Layla D. 2019. "Seeing It for Wearing It: Autoethnography as Black Feminist Methodology Seeing It for Wearing It Autoethnography as Black Feminist Methodology." *The Journal of Culture and Education* 18 (1): 109–25. <https://doi.org/10.31390/taboo.18.1.08>.
- Camus, Manuela, y María Eugenia De la O. 2014. "El Encanto de La Colonialidad Tapatía: Notas Sobre La Cultura de La Servidumbre." En *Trabajadoras En La Sombra. Dimensiones Del Servicio Doméstico Latinoamericano*, edited by Séverine Durin, María Eugenia De la O, and Santiago Bastos, Primera ed, 145–72. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Constable, Nicole. 2007. "Household Rules and Relations." En *Maid to Order in Hong Kong: Stories of Migrant Workers*, Second edi, 90–118. London: Cornell University Press.
- Corossacz, Valeria Ribeiro. 2018. "Sexual Harassment and Assault in Domestic Work : An Exploration of Domestic Workers and Union Organizers in Brazil" 24 (2): 388–405. <https://doi.org/10.1111/jlca.12348>.
- Cuéllar-Gutiérrez, Tania. 2020. "El Trabajo Como Vínculo Socioafectivo: Empleadoras y Trabajadoras Domésticas Inmigrantes En La Ciudad de México." En *Las Emociones En La Vida Social: Miradas Sociológicas*, edited by Virginia Careaga Covarrubias, Primera ed, 255–92. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México, Instituto de investigaciones sociales.
- Cumés Simón, Aura Estela. 2014. "La 'India' Como 'Sirvienta': Servidumbre Doméstica, Colonialismo y Patriarcado En Guatemala". Disertación doctoral (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social).

- Durin, Séverine. 2017a. “De Buenos y Malos Tratos, Resistencias e Impunidad.” En *Yo Trabajo En Casa: Trabajo Del Hogar de Planta, Género y Etnicidad En Monterrey*, 105–28.
- . 2017b. *Yo Trabajo En Casa: Trabajo Del Hogar de Planta, Género y Etnicidad En Monterrey*. Editado por Mario Brito. 1era ed. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Durin, Séverine, María Eugenia De la O, y Santiago Bastos. 2014. “Introducción.” En *Trabajadoras En La Sombra. Dimensiones Del Servicio Doméstico Latinoamericano*, edited by Séverine Durin, María Eugenia De la O, y Santiago Bastos, Primera ed, 23–34. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Durin, Séverine, y Natalia Vázquez. 2013. “Heroínas-Sirvientas. Análisis de Las Representaciones de Trabajadoras Domésticas En Telenovelas Mexicanas.” *Trayectorias* 15 (36): 20–44.
- Federici, Silvia. 2013. *Revolución En Punto Cero. Trabajo Doméstico, Reproducción y Luchas Feministas. Traficantes de Sueños*. Primera ed. Madrid: Traficantes de Sueños. <https://doi.org/10.1177/0886109913496047>.
- García Palacios de Juárez, Emma. 2008. “El Barrio de Santiago.” In *Los Barrios Antiguos de Puebla*, 6º edición, 89–96. Puebla: Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla.
- Goffman, Erving. 2006. *Estigma: La Identidad Deteriorada*, Primera ed, 176. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldsmith, Mary. 1998. “De Sirvientas a Trabajadoras . La Cara Cambiante Del Servicio

Doméstico En La Ciudad de México’.” *Debate Feminista* 17: 85–96.

Gutiérrez-Rodríguez, Encarnación. 2013. “Trabajo Doméstico-Trabajo Afectivo: Sobre Heteronormatividad y Colonialidad Del Trabajo En El Contexto de Las Políticas Migratorias de La UE.” *Revista de Estudios Sociales*, no. 45: 123–34.
<http://res.uniandes.edu.co/view.php/827/view.php>.

Gutiérrez-Rodríguez, Encarnación. 2007. “The ‘Hidden Side’ of the New Economy. On Transnational Migration, Domestic Work, and Unprecedented Intimacy.” *Frontiers* 28 (3): 60–83.

———. 2010. “Valor Afectivo. Colonialidad , Feminización y Migración.” *Transversal*, 1–11.

———. 2015. “Espacios Transculturales-(Des)Encuentros Afectivos. Una Perspectiva Decolonial Sobre Intimidad Translocal, Migración Latinoamericana y Trabajo Doméstico En Alemania.” *Clivajes. Revista de Ciencias Sociales* 2 (4): 12–27.

Hochschild, Arlie. 2012. *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Tercera ed. Berkeley: Berkeley: University of California Press.

———. 2016. “Global Care Cahins and Emotional Surplus Value.” In *Justice, Politics and the Family*, edited by Daniel Engster and Tamara Metz, 1st editio, 249–61. New York: Routledge.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. 2015. *Estadísticas a propósito de día internacional del trabajador doméstico (22 de julio)*.
<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2015/domestico0.pdf>
(Consultado el 08 de junio del 2021).

- Jara Holliday, Oscar. 2018. *La Sistematización de Experiencias : Práctica y Teoría Para Otros Mundos Posibles*. Editado por Alba Lucía Bernal Cerquera. Primera ed. Bogotá: Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano CINDE.
- Javaid, Aliraza. 2019. “The Haunting of Shame : Autoethnography and the Multivalent Stigma of Being Queer , Muslim , and Single.” *Symbolic Interaction* 43 (1): 72–101. <https://doi.org/10.1002/SYMB.441>.
- De la Hidalga Rios, Andrea. 2017. “Amas de Casa Poblanas: El Imaginario Sobre Sí Mismas y Sobre Sus Empleadas Domésticas.” Disertación maestría (Universidad Iberoamericana Puebla).
- Lagarde, Marcela. 2005. *Los Cautiverios de Las Mujeres*. Cuarta ed. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Montero Pantoja, Carlos. 2002. *Colonias de Puebla*. Puebla: Museo Amparo.
- Mora, Manuel. 2005. “Emoción, Género y y Vida Cotidiana : Apuntes Para Una Intersección Antropológica de La Paternidad.” *Espiral, Estudios Sobre Estado y Sociedad* XII (34): 9–35. <https://doi.org/1665-0565>.
- Moreno, Rubén. s.f. “El Barrio de Santiago En El Olvido.” Puebla: Intolerancia Diario.
- Oosterling, Y. 2016. “Ambiguous Affection: An Ethnography of the Relationship Between Domestic Workers and Employers in Brasília.” Disertación maestría (Utrecht University).
- Portilla Marcial, Octavio Carlos. 2005. “Política Social: Del Estado de Bienestar Al Estado

- Neoliberal, Las Fallas Recurrentes En Su Aplicación.” *Espacios Públicos* 8 (16): 100–116.
- Ray, Raka, y Seemin Qayum. 2009. *Cultures of Servitude. Modernity, Domesticity, and Class in India*. Primera ed. Stanford: Stanford University Press.
- Rodríguez-Rocha, Eduardo. 2018. “El Papel de Las Percepciones de Movilidad Social de Los Padres y Su Relación Con Las Posibilidades de Logro Educativo de Sus Hijos.” En *Desigualdad, Movilidad Social y Curso de Vida En La Ciudad de México*, edited by Patricio Solís, Primera ed, 188–203. Ciudad de México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos.
- Rodríguez Enríquez, Corina. 2015. “Economía Feminista y Economía Del Cuidado.”
- Rollins, Judith. 1985. *Between Women. Domesticity and Their Employers*. Edited by Paula Rayman and Carmen Sirianni. Philadelphia: Temple University Press.
- Rosaldo, Renato. 2000. *Cultura y Verdad. La Reconstrucción Del Análisis Social*. Edited by Agenor Martí and Catalina Vélez. Primera ed. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Sabido Ramos, Olga. 2011. “El Cuerpo y La Afectividad Como Objetos de Estudio En América Latina : Intereses Temáticos y Proceso de Institucionalización Reciente.” *Sociológica* 26 (74): 33–78.
- . 2020. “La Vergüenza Desde Una Perspectiva Relacional. La Propuesta de Georg Simmel y Sus Rendimientos Teórico-Metodológicos.” En *Las Emociones En La Vida Social: Miradas Sociológicas*, edited by Virginia Covarrubias Careaga, Primera ed, 293–324. Ciuda: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

- Salazar-Parreñas, R. 2015. "The International Division of Reproductive Labor." En *Servants of Globalization: Migration and Domestic Work*, 2º, 28–53. Stanford University Press.
- Skeggs, Beverly. 2004a. "Making Class." En *Class, Self, Culture*, 1st editio, 8–26. London: Routledge.
- . 2004b. "Representing the Working-Class." En *Class, Self, Culture*, 76–92. London: Routledge.
- Solís, Patricio. 2018. "Introducción." En *Desigualdad, Movilidad Social y Curso de Vida En La Ciudad de México*, edited by Patricio Solís, 1era edici, 9–13. Ciudad de México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos.